EL
LIBRO AZUL,

NOVELITAS

Y

BOCETOS DE COSTUMBRES,

POR

EDUARDO BUSTILLO.

MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXIX.

Digitized by Google

Es propiedad.

MADRID, 1879.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

Digitized by Google

EL
LIBRO AZUL,

NOVELITAS

Y

BOCETOS DE COSTUMBRES,

POR

EDUARDO BUSTILLO.

MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXIX.

Digitized by Google

Harvard College Library
AUG 2, 1910
Minot Fund
Span 5658.5.38

Digitized by Google

Al Sr. D. José María de Pereda.

Al que, con su primer libro, **Escenas Montañesas,** *empezó ya conquistando fama legítima de maestro en el difícil arte de pintar costumbres, dedica estos bocetillos de aprendiz, su leal amigo, admirador y agradecido compañero de letras,*

EDUARDO BUSTILLO.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRÓLOGO.

La diplomacia europea tiene, como ustedes saben, libros de varios colores.

No es de mi competencia explicar el por qué del color de cada uno de los libros de la diplomacia.

Cuando los diplomáticos pintan, ellos sabrán cómo y por qué usan unas veces el verde y otras el negro para el nombre, por lo ménos, de esos libros que los pueblos no conocen.

Yo sólo lamento que los diplomáticos, con sus plumas, pinceles y colores, no eviten con más frecuencia que se tiñan de sangre los campos del mundo civilizado.

Porque, para que lo de *civilizado* sea una verdad completa, preciso es que los cuadros que ofrezcan esos campos no nos espanten con el *negro* y *rojo* de las desgarradas y flameantes vestiduras de la Guerra, sino que nos consuelen y alegren con el hermoso *verde oliva* de la corona que ciñe la frente serena y augusta de la Paz.

Digitized by Google

Pero el lector me hace aquí de seguro la observacion justísima de que, con lo dicho, no puede explicarse el por qué del color del libro que le ofrezco.

Débole verdaderamente una explicacion, y, como la cosa tiene algo de capricho, ha de serme difícil explicarla.

Cuenta ya diez años el proyecto de la formacion de este librejo.

El lector no ha de extrañarlo, porque sabido es que, entre nosotros los españoles, los proyectos tienen una vida muy larga y azarosa ántes de realizarse, si es que al cabo se realizan.

Pues bien; en el proyecto, el color de este libro salió verde, y *El Libro verde* habia de titularse, con razon y todo; porque, componiéndole en su mayor parte bocetillos de *malas costumbres*, el autor se acordó del modo más natural del mundo de una frase vulgarísima que venía á dar color á la portada del libro.

«Te apuntaré en el *libro verde*», suele decir aquél á quien alguno le ha jugado una mala pasada, y muchas veces aunque ésta sea bien merecida.

Y de tal modo se menudea la frase, que voy creyendo que, no sólo es de uso particular de cada uno el *libro verde*, sino que sus páginas curiosísimas no tienen cuento.

Digitized by Google

Y como en las de mis bocetos, cuentos y novelitas iba apuntando yo todo lo malo que observaba en tiempos, hombres y costumbres, no hay para qué decir que tenía su razon de ser el color de la portada.

Pero andando, andando, el proyecto de mi libro tropezó con la súbita publicacion de otro que se llamó *verde*, no por la razon indicada, sino porque en sus páginas habia ido acumulando el curioso colector todas esas gracias de sobra salpimentadas por la falta de aprension y el atrevimiento más arrojado de los ingenios españoles.

Es decir, que el libro se llamó *verde*, precisamente porque habia de poner coloradas á las honestas doncellas que cayesen en la tentacion de su lectura.

Y yo, aunque con más arrojo que feliz ingenio, no soy capaz de tal premeditacion y alevosía en mis crímenes literarios. La verdad es que tuve que renunciar forzosamente al color primitivo de mi proyecto, hasta por conveniencias editoriales, y esto me produjo tristezas y preocupaciones de niño voluntarioso.

Y para que se vea hasta qué punto es indisputable aquello de que

«Todo es segun el color
Del cristal con que se mira»,

cuando el libro va á publicarse, encuentro, en mi

Digitized by Google

tenaz resolucion de pintar la portada, un color todavía más simpático, sobre todo para los corazones en flor de las gentes sin picardía.

Y es porque he visto á traves de otro cristal el fondo de mis novelitas y bocetos de malas costumbres.

Aunque mi tarea ha sido principalmente apuntar todas las fealdades y malas pasadas del humano comercio, mi libro habia de tener ese tinte *verde mar* que se confunde con el azul, como confundimos á una viva luz artificial el azul y el verde de las telas de seda.

¿Qué pintor, por mal artista que sea, no procura presentar á los ojos del observador estudioso las tintas del claro-oscuro en sus cuadros?

Pues bien; al lado de las oscuras figuras de mis bocetos, he procurado, ya presentar, ya dejar que se entrevean, figuras iluminadas por luz suave y consoladora.

Entre las densas nubes del mundo moral diviso yo, como entre las nubes de un cielo amenazante, ese espacio de limpio y trasparente azul que constituye el fondo, que constituye, por decirlo así, el punto culminante y lleno de resplandores de las miradas íntimas del pobre corazon humano.

Pintar lo feo buscando lo eternamente hermoso, es ir apartando á uno y otro lado las sombras,

Digitized by Google

para ver más dilatado aquel espacio azul y trasparente.

Por eso el título de mi libro toma al cabo el color del fondo de los cuadros que presenta, como si quisiera más señalar el propósito y el fin, que los medios y recursos que en el libro se emplean.

No te sorprendas, pues, lector benévolo, ni te asustes tú, lectora piadosísima, si me oyes llamar artículos *de malas costumbres* á la mayor parte de los que aquí te ofrezco.

Son bocetos inofensivos, al ménos por la intencion, y pueden ponerse en manos del niño, por lo que tienen de juguetes, y en manos de la doncella, por lo que puedan tener de espejos. Juguetes morales en que se procura enseñar á no tomar á juego cosas dignas de formal atencion, y espejos en que se retrata la fealdad con el fin de rendir culto á la belleza.

Mis bocetos de *malas costumbres*, en una palabra, se dirigen á la conservacion, por lo ménos, de las costumbres buenas.

En gracia del objeto, mis articulillos son artículos de primera necesidad, aunque, por la gracia con que *debieran* estar escritos, sean artículos verdaderamente desgraciados.

De las desgracias que puedan sobrevenirme por meterme con esta fecha y esta facha á *pintor de género*, cabe gran parte de culpa á un amigo

Digitized by Google

mio, escritor popular, inteligentísimo en cuadros (1), que me dió á conocer las figuras originales de algunos que aquí presento, diciéndome: «Pinta.»

Si alguna vez se acentúa algo el *verde* entre los colores que he tomado de mi paleta, crean ustedes que la cosa sucederá sin pizca de malicia de mi parte; y en tal caso, conviene, como para curarse de espantos, que se acuerden VV. de que allá, en el fondo del lienzo, ha de haber siempre una cortinilla del color de mi libro.

Tambien conviene que les advierta que, en las figuras sombrías de mis bocetos, yo no pretendo pintar *á los más*, porque, en medio de todo, la humanidad no es tan mala como la pintan.

Bástame con que haya no pocos originales de mis copias; y, al fin, preciso será que nos conformemos con los malos con cristiana resignacion, y á veces como si fueran un mal necesario; pues ya el cristiano poeta Juan Ruiz de Alarcon dijo á su siglo:

«Los malos honran los buenos,
Como honra la noche al dia;
Que, sin tinieblas, tendria
El mundo la luz en ménos.»

Réstame sólo añadir,—para terminar este abigarrado prólogo,—que, habiéndose publicado

(1) D. Antonio de Trueba.

Digitized by Google

ántes de ahora, en su mayor parte, las novelitas y bocetos que hoy por primera vez colecciono, he procurado, al corregirlos y ordenarlos, que no riñesen al verse juntos con un mismo propósito.

Si lo he conseguido; si he logrado tambien justificar de algun modo el título de la coleccion que ofrezco, y si los lectores no hallan del todo mal empleados el papel y la tinta de imprenta con que mis amigos los editores A. de Cárlos é Hijo la sacan á la luz pública, para mí *El Libro azul* habrá cumplido su destino y tendrá un verdadero color de cielo.

De otro modo, he de sentir que mi *Libro azul* pueda llegar á ser más conocido que los libros de varios colores de la diplomacia, que no evitan que se tiñan de sangre los campos del mundo civilizado.

EDUARDO BUSTILLO.

Madrid, 21 de Febrero de 1879.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL SOL DE PERICO.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL SOL DE PERICO.

I.

Hay en la parte oriental de Astúrias, de la que soy oriundo, un pueblecito llamado Celorio, casi olvidado por los geógrafos, distante una legua escasa de la villa de Llánes, que es la cabeza del partido judicial y cuna de hacendistas y ex-ministros, pero cuna tan arrinconada como la misma sagrada cuna de la restauracion de nuestra monarquía, que los hijos de Pelayo avaramente guardan, rezagados de un modo lamentable en la brillante marcha que han emprendido nuestros pueblos.

Los asturianos orientales, sobre todo, pudieran creerse reos de gravísima importancia, á juzgar por lo incomunicados que se encuentran.

Niño era el que mal traza estos renglones, y ya por aquel tiempo se disfrutaba en el concejo de Llánes de un trocito de carretera que, desde el pié de la cuesta llamada del *Cristo del camino*, poco más de un cuarto de legua de la villa de Llánes, llega hasta las *Conchas de Po*, cerca de las que, y pasada una estrecha calleja, se halla una portilla que marca los límites de los terrenos jurisdiccionales de los alcaldes pedáneos de Po y Celorio.

Digitized by Google

Y allí tienen ustedes al pobre camino de tres ó cuatro cuartos de legua, alargando sus brazos para pedir un ochavito más por el amor de Dios (1), por el Este al santo y milagroso *Cristo*, y por el Poniente á la gloriosa Vírgen del Cármen, venerada particularmente por los celorianos en su iglesia parroquial.

Y ustedes me dirán: ¿qué han hecho y qué hacen los hijos de ese país desventurado?

—Velay usted, como diria un castellano viejo.

—Puede ser que se hayan aficionado demasiado á ver el sol, como diria el pobre Perico.

Pero ahora que me acuerdo del sol y de Perico, dejemos que pidan y tracen caminos los que pueden hacerse oir y allanar dificultades, y encaminémonos lisa y derechamente al asunto de nuestro cuento, entrando en el teatro donde pasa la escena.

II.

Celorio es una pobre aldea cuyas casas desiguales se extienden harto diseminadas sobre un terreno quebrado y pedregoso, bañado al Norte por las olas del cantábrico mar, y cerrado al Sur por elevadas montañas, entre las que se ocultan otras pequeñas aldeas.

Dando la espalda á la doble playa, se eleva cimentada sobre rocas la iglesia, que es lo más notable del pueblo,

(1) Quince años hace ya que se publicó esta sencilla narracion en *El Museo Universal*, y todavía aquel camino está pidiendo limosna, que le van dando á paso de buey y en malos remiendos, para no conseguir una buena carretera.

(*N. del A.*)

Digitized by Google

como que pertenecia á los famosos frailes Benedictinos, señores que sabian servir á Dios sin dejar de servirse á sí mismos, pues bien claro lo dice el hermoso monasterio unido á la iglesia, levantado en aquellos tiempos bienaventurados en que España caminaba á ser un gran convento.

No léjos de la iglesia habia, en la época en que ocurrieron los sucesos que me propongo narrar, una casa situada al N. E. de la aldea, en extremo decente y curiosa como casa de labrador, que tal era el dueño, llamado sencillamente Juan Fernandez, y que en el pueblo era conocido por el tio Juan *Boñicas*.

El tio Juan *Boñicas* tenía un hijo, ya mozo, que no estaba muy conforme con el apodo de su padre.

El hijo del tio Juan *Boñicas* se llamaba Perico, y era un excelente muchacho, fuera de su poca conformidad con el apodo, no muy decente, pero extremadamente honroso, del padre, y dejando á un lado su excesiva aficion á la holganza, que no la podemos dejar, pues esa aficion es precisamente el orígen de todas las desgracias del pobre Perico, y el punto de partida ó de apoyo, si ustedes quieren, de la moral del cuento.

III.

En una hermosísima tarde de Junio, hallábase el tio Juan á la puerta de su casa, sentado sobre un banco de piedra que allí habian construido sus propias manos, y al lado del cual trepaba una anciana parra, cuidada por él con esmero y que, ya que por sus achaques y enferme-

Digitized by Google

dades conocidas é incurables, no podia pagar las atenciones de su dueño con el fruto, muerto siempre en agraz, ofrecíale fresca sombra en las calurosas tardes, extendiendo sus amistosos brazos.

El tio Juan, por no estar un instante ocioso, componia una vieja guadaña, enderezando su hoja á golpe de martillo.

Al pié de una higuera que enfrente de la casa y entre peñas se alzaba, hallábase Perico, tumbado á la bartola, como vulgarmente se dice; y, aunque entre las anchas hojas del árbol penetraba un rayo de sol que bañaba enteramente su rostro, Perico no se movia, y sólo de tarde en tarde se daba algun manotazo en la frente para sacudir las moscas que zumbaban tenazmente á sus oidos, como si no pudiesen ver con calma el quietismo y la pachorra del robusto mozo ante el ejemplo de actividad que el pobre viejo le daba.

Cerca del banco de piedra estaba echado un hermoso mastin, cuya enorme cabeza sombreaban las hojas de la parra, teniendo el resto del cuerpo al sol, que le daba de plano, hostigándole ya de tal modo, que el mastin, despues de enderezar las orejas al oir los golpes que con el martillo daba el tio Juan en la hoja de la guadaña, se levantó lanzando un sordo gruñido y meneando impacientemente la cola, y fué á desperezarse junto á su viejo amo mostrándole su boca abierta y bien armada de aguzados colmillos.

—¡Hola, Leal! Parece que ya hemos dormido bastante, ¿eh?—dijo el tio Juan suspendiendo su tarea y acariciando al mastin, y dirigiendo una mirada hácia Peri-

Digitized by Google

co, como si á éste y no al perro se encaminaran sus palabras.

Leal, despues de lamer la mano que le acariciaba; como si hubiese comprendido la intencion de las palabras y la expresion de la mirada del viejo, y constituyéndose en poder ejecutivo de su voluntad, se plantó de un salto debajo de la higuera, escarbó la tierra con sus patas, lanzó un aullido prolongado al oido de Perico, y se quedó mirándole inmóvil, como si aguardase el efecto de aquel primer llamamiento.

Perico no se movió. Leal dió con impaciencia una vuelta alrededor de Perico, olfateándole y gruñendo; y parándose de nuevo y fijando sus ojos centellantes en el rostro del perezoso muchacho, se puso á ladrar con el mismo ruidoso empeño y con tan mal talante como cuando veia acercarse á la casa alguna persona desconocida.

Incorporóse lentamente Perico, murmurando una maldicion; abrió los brazos para desperezarse, y al bajar el brazo derecho, pegó un fuerte puñetazo al perro, gritando: «Anda, demonio, y cargue contigo el mismo Satanas. Más valiera que te fueras á la cuadra con el ganado, que venir á incomodar á tus amos.»

El perro agachó la cabeza y fué coleando lentamente á lamer la mano del tio Juan, fijando en éste una triste é inteligente mirada, que parecia una protesta contra la brutal agresion de Perico.

—¡Diablo de animal! continuó el mal humorado mozo, alzándose trabajosa y pesadamente, poniéndose el sombrero hongo de paño negro que tenía sobre una pie-

Digitized by Google

dra, colocando sobre el hombro la chaqueta que le habia servido de almohada y recostándose en el tronco de la higuera, con la cara hácia el viejo.

—El diablo del animal es ménos diablo y más racional que tú, dijo el tio Juan, fijando en su hijo una mirada severa. Leal adivina mis deseos y trata de cumplirlos; lo que tú no has hecho en tu vida. Leal gana el pan que come, y tú comes el pan que no ganas, y que está amasado con el sudor de la frente de tu padre.

El perro miró á Perico, como diciéndole «¡chúpate esa, anda!» Lamió otra vez la mano del viejo, como para darle gracias por los elogios que acababa de dispensarle en su breve cuanto elocuente discurso, y se echó pausada y gravemente á sus piés, poniéndose así desde luégo de parte de la razon en el diálogo que comenzaba entre padre é hijo.

—¡Padre!—dijo al cabo de un rato Perico,—usted tiene tema contra mí, y voy figurándome que ya quiere usted más que á su hijo á ese inútil animalucho.

Leal sacudió la oreja izquierda, como despreciando aquella alusion personal con que se le provocaba.

—Mira, Pedro, ya puedes ir entrando en cuentas contigo, que ya vas teniendo edad para ello y yo estoy muy cerca del fin de la última edad.

El tio Juan no llamaba Perico á su hijo más que cuando su hijo le tenía algo contento, lo que rara vez sucedia.

—Desde que murió tu pobre madre, continuó, no he tenido un dia mediano. La santa de Dios subió á la gloria con una espina clavada en el alma. «Ese muchacho

Digitized by Google

no ha de tener buen fin, decia: ese muchacho huye del trabajo, que es una ley de Dios, y Dios no puede ayudar al que no obedece sus leyes.»

—Mi madre, con ser vieja y todo, era una niña.

—Los niños dicen las verdades, Pedro.

—Pero, padre, ¿no trabajo yo lo mio?

—Trabajas contra tí, con tu holgazanería.

—Pero ¿por qué, padre? ¿porque paso un rato viendo el sol? ¿porque me gusta ver el sol?

—¡Dale con el sol! ¿Y llamas un rato á todo el santo dia? Va á llegar la hora en que esa higuera que yo planté y en que tú te recuestas pesadamente, se venga al suelo por no sufrir más el peso de ese cuerpo inútil.

—Pero tambien digo yo, padre, que es mucha droga trabajar tanto, tanto, para llegar como usted á viejo, y con un mote acuestas como el que le han regalado los vecinos. El que alcanza adonde usted, debiera tener un *don* como una casa; y en vez de llamarle don Juan, le llaman el tió Juan Boñicas... ¡Boñicas! ¿Estuvo bueno, padre?

—Ya te he dicho cien veces que ese mote es muy honroso; más honroso para mí que el *don* y áun que el *usía*. Apañando boñicas y apilando abono empecé á ganar el pan, y hoy que me ven con un buen pasar, los vecinos envidiosos me recuerdan con el sucio mote el orígen de mi fortuna; sin pensar que, sucio y todo, es para mí más limpio y noble que los más dorados blasones de nobleza. Y mira, Pedro; yo me atengo á lo que dice don Rafael el indiano, que ha corrido y leido mucho, y el correr y el leer dan el saber. Don Rafael el indiano dice, y

Digitized by Google

repito que á su dicho me atengo, que no hay riqueza como la que da el trabajo, ni nobleza como la que se funda en la honradez. Conque, Pedro, ten presente el dicho de don Rafael, sobre todo porque me lo oyes á mí, que soy tu padre, y quiero que no se cumpla lo que temia tu pobre madre, la santa de Dios que subió á la gloria con la espina en el alma de que su hijo no habia de tener buen fin.

El tio Juan pronunció esta breve y sentida réplica profundamente conmovido; y, enjugando con la manga de su camisa de Vivero algunas lágrimas que asomaban á sus párpados, recogió la guadaña y el martillo y entró en la casa. Leal se levantó pausadamente, dió un par de vueltas alrededor de la higuera mirando con algun recelo á Perico, y alzándose luégo y poniendo sus dos manos sobre el pecho del aficionado á ver el sol, dejó oir un suave y cariñoso aullido, como en perdon de las recientes ofensas, y luégo siguió cabizbajo los pasos del tio Juan.

IV.

Perico no comprendia el lenguaje del inteligente Leal; pero, como ya he dicho, aunque holgazan y mal avenido con el apodo de su padre, tenía un buen fondo, un bello corazon, que hubiera hecho maravillas si la cabeza le hubiese acompañado con la base de un buen temple de alma.

En una palabra, Perico sentia; pero falto de fuerza de voluntad y débil de espíritu como flojo de cuerpo, caia en una especie de enervamiento físico y moral que

Digitized by Google

le inclinaban constantemente á la inaccion y al amor al ocio, que él habia traducido desde niño por gusto de ver el sol.

No bien hubo quedado solo, empezó á dar vueltas á las sentidas palabras de su padre, y, por la primera vez de su vida, se lamentó formalmente del tiempo perdido, recordando los afanes de su madre, que, con ese nobilísimo orgullo propio de las buenas madres, habia sugerido al tio Juan la idea de que su hijo único cultivase la inteligencia en vez de destripar los terrones que formaban su riqueza. El tio Juan, á fuerza de sacrificios, habia llegado, en efecto, á poner á su hijo en camino de lograr una buena instruccion y de ser algo en el mundo.

El *algo* que hubiera podido ser Perico se habia puesto cien veces en tela de discusion, con el candor admirable con que tratan los padres del porvenir de sus hijos, por el tio Juan y su mujer, que al fin abandonó la tierra con el fundado temor de que su hijo no llegaria á ser nada, si bien la ciega aficion que á ver el sol mostraba el chico, hubiera podido hacer confiar en su futura fama de eminentísimo astrónomo, tal que el canónigo Copérnico con sus *Revoluciones celestes* y Kleper con sus *Leyes*, fuesen á su lado niños de teta.

La verdad es que alguna de las tumbaderas en que el sol le cogió bien de plano, costó á Perico una terrible insolacion y á la tia Antona muchos dias de angustia y noches de pena á la cabecera de la cama del muchacho.

—Perico,—le decia la pobre mujer cuando le encontraba tumbado á la puerta de la casa, con la vista fija en el firmamento y con las manos cruzadas sirviendo de al-

Digitized by Google

mohada á su cabeza, miéntras que el caton y el catecismo yacian á sus piés, faltos de las hojas del principio y del fin, que una tarde se habia merendado Leal, porque el rapazuelo se las habia arrojado, envolviendo algunos pedazos de borona, que así se llama en Astúrias al pan de maíz.

—¡Perico!—digo que decia la pobre madre,—¿qué *jaces* ahí, rapaz, maldito de cocer, que siempre te has de encontrar con las cuerdas flojas?

—Madre, déjeme ver el sol. ¡Si viera, madre, qué gusto es ver el sol!

—Para tí siempre hace sol, Perico. Aunque llueva, truene, granice ó caiga nieve, dentro ó fuera de casa, de noche lo mismo que de dia, tú siempre *quies* ver el sol. Dios haga que no llegue la hora en que te dé el sol más que quieras.

—Pero, Vírgen del Cármen, ¿á quién *sal* este rapaz? continuaba en tales ocasiones y hablando consigo misma la tia Antona. A quién *diañi* se *paez?* El padre siempre está afanando en el trabajo, y por su *man quier* que pase todo, por ir ahorrando, ahorrando *pa* este *mangollon* de rapaz, que me ha de quitar la vida. Y, lo que es á su madre, *maldita* la que se *paez* tampoco. ¡No, *mi alma!* que, del hogar á la cuadra, de la cuadra al pajar, del pajar vuelta á los pucheros, yo no huelgo un minuto ni me siento más que *pa dale* á la rueca y *pa reglar* la ropa del *mio* marido y de este destrozon de rapaz que me ha de quitar la vida.

Á la mitad ó al fin de las lamentaciones de la tia Antona, solia aparecer el maestro del pueblo, gritando:

Digitized by Google

«¡Tia Antona, tia Antona! Ese chico no asoma por la escuela, ó, si asoma, es por ver si asoma el sol, como él dice, y para tumbarse en el banco. No puedo hacer carrera de él; por lo que voy creyendo que es inútil que piensen usted y el tio Juan en darle carrera, como no sea de baquetas.»

—Calle V. por Dios, señor maestro, le contestó un dia la tia Antona; que me veo perdida con este demonio y se me parte el alma viendo que no aprovecha los sudores de su padre. El domingo fuí á la villa y le compré un catecismo, por ver si *deprende* siquiera los mandamientos de la ley de Dios y los pecados capitales, *pa* que *deprenda* de paso á *tenenos* ley, y á *honranos* y á desechar la pereza, que ése ha de ser siempre su pecado capital.

—Pero, tia Antona, ¿á qué gastar en catecismos, si áun no lee en el caton el muchacho? ¡Bonitos tiene Perico los libros! Échese V. á discurrir, tia Antona, en qué se parece el caton de Perico á Dios.

—¡Buena estoy yo *pa discurrimientos*, cuando el rapaz me tiene ya rota la cabeza!

—Pues el caton de Perico se parece á Dios en que no tiene principio ni fin. Y lo mismo le sucederá al catecismo. Y en cuanto á lo de honrar padre y madre, obedeciéndolos y siguiendo su buen ejemplo, y á lo de desechar la pereza poniendo en contra la diligencia, santo y bueno es aprenderlo en la doctrina cristiana; pero malo es que no salga ello de adentro, como de fuente natural de las prácticas del cristiano. Que algunos conozco yo que no ignoran que el segundo y sétimo mandamientos dicen *no jurar* y *no hurtar*, y que juran y votan y echan por

Digitized by Google

la boca sapos y culebras y llevan al su monton *maquilas* enteras del grano ajeno, con tal aficion á hurtar, que con el filo de su lengua rebanan la honra del prójimo, sin echar remiendos á la propia.

El sentencioso maestro del pueblo, que era á la vez el sacristan de la iglesia y maestro de capilla; bajo, tenor y hasta soprano que canta en las misas solemnes su *Credo* con más fervor lírico y religioso que el mismo *Poliuto* y en variedad de tonos, segun el estado de la atmósfera, ponia tambien en conocimiento de la madre acongojada lo incomodado que con el rapaz se hallaba el señor cura, porque todos los chicos de la aldea, áun los menores que Perico, sabian ayudar á misa y hasta *echar* un *Gloria* que daba gloria de Dios oirles, miéntras Perico, que no mostraba inclinacion á *tirar por la iglesia*, como suele decirse, se tiraba sobre la hierba que crece delante del convento á ver el sol, por no perder la costumbre.

El maestro, un si es no es interesadillo, hacía todas esas y áun muchas otras advertencias á la tia Antona, porque ésta, con la esperanza de que al cabo pudiera el maestro hacer carrera de su hijo, solia, para robustecer el principio de autoridad del magisterio, mandarle algun rico pernil, algun plato de sabrosas morcillas aderezadas limpiamente por sus propias manos y acompañadas del redondo y orondo *butiello*, no faltando por San Juan su cesta de peras y cerezas, y por San Miguel, de los más escogidos higos de la higuera que delante de la casa tenía, que iban, destilando miel, á dulcificar la severa palabra del maestro.

Digitized by Google

Éste, desde los primeros dias de Agosto empezaba ya á custodiar á su modo la higuera del tio Juan, y, temiendo que le faltase su parte de la melosa fruta si no se contenian las irrupciones vandálicas de los muchachos, les presentaba en sus discursillos de Historia sagrada el árbol de la tia Antona como un fiel traslado del árbol prohibido por Dios á nuestros primeros padres, con lo cual bastaba para que los chicos cayesen en la tentacion, sin necesidad de otra Eva que los indujese á dar el asalto.

Llegó al fin un dia en que el maestro, que, aunque golosillo, era hombre de conciencia, no pudo ménos de manifestar franca y formalmente al tio Juan y á la tia Antona que habia agotado todos sus recursos para hacer entrar en vereda á Perico, y que no queria tenerlos engañados, cuando el desengaño estaba tan patente en la absoluta ignorancia del chico, que continuaba en sus trece de querer ver el sol aunque estuviese nublado.

Los atribulados padres acudieron entónces al padre José, que era el cura de la aldea, hombre tambien de recta conciencia, aunque de ciencia escasa, que les aconsejó hiciesen un esfuerzo para mandar á Perico al colegio de Escolapios de Villacarriedo, y que, si allí no se verificaba el milagro de quitar á Perico lo mucho que de borrico tenía, renunciasen á su paternal y laudable empeño de hacer al hijo sabio.

Consultó el tio Juan con su caja de ahorros, concertóse al fin el viaje á la Montaña, preparó y enmaletó la tia Antona con lágrimas en los ojos las ropas del chico, poniendo entre ellas el caton y el catecismo sin

Digitized by Google

principio ni fin, y al cabo le vieron los dos esposos trasponer las *Conchas de Po* en una mañana fria de Setiembre, en que el sol se negó á salir al encuentro de su amigote Perico.

A lomos de un caballejo tropezon, iba restregándose los llorosos ojos, guiado por el tio Plácido, hombre del mismo pueblo, alegre y decidor, que habia conocido frailes en el convento de Celorio, y que ganaba su vida alquilando sus bestias, sabiendo perfectamente el camino que conducia á la tierra de los pasiegos, pues ya habia llevado al mismo colegio de Villacarriedo á algunos chicos de familias acomodadas de Llánes.

En estos ligeros antecedentes de Perico, sólo me resta decir que un año despues de su viaje (quince contaba ya el rapaz), le devolvieron los escolapios de Villacarriedo á sus padres tan robusto y tan borrico como siempre.

Perico habia visto el sol á su sabor tumbado en los prados de Avionzo y en la elevada montaña de Giniro y sentado á la puerta de la tienda de Prudencio en Selaya, y hasta comiendo grandes trozos de queso y de bacalao crudo en la Vega del Pas.

Los reverendos PP. Escolapios habian agotado con Perico todos sus recursos, incluso el que indica el refran que dice: «La letra con sangre entra.» Ni á sangre y fuego entraba la letra en la cabeza de Perico, no por lo dura, sino por lo dispuesta que estaba siempre á recibir á su modo los halagos del rubicundo padre del dia, como diria un poeta clasicon.

Perico, en la lectura, no habia podido pasar del *Mañana, Bajará*, y nunca acababa de bajar la ciencia infusa

Digitized by Google

que le hacía falta. Y en cuanto á la escritura, palotes siempre y siempre torcidos, con lo cual derechamente llegó á alcanzar el esclarecido nombre de Perico *el de los palotes.*

Por Perico *el de los palotes* era ya conocido entre sus compañeros, cuando fué á buscarle el tio Plácido, que, cantando coplas alegres y bebiendo copas que le alegraban; echando *latinajos frailunos* que hacian vacilar á Perico sobre el caballejo tropezon, y requebrando graciosamente á las mozas que llevaban cestos de cerezas, de las que solia sacar grandes *embozadas* para sí y para el caballero á quien de escudero servia, llegó á la puerta de la casa del tio Juan Boñicas á la caida de una tarde de Junio, saliendo á recibir al muchacho la tia Antona, que lloraba de placer porque volvia á ver á su hijo, y de pena porque su hijo volvia lo mismito que habia ido al colegio, es decir, enseñando las grandes orejas de su ignorancia tostadas por un sol que sabía tomar Perico con la mayor cachaza del mundo; por el sol de la ociosidad, que seca las fuentes de la vida.

V.

Cuando quedó Perico solo y recostado en el tronco de la higuera, dando vueltas á las sentidas palabras de su padre, presentábanse todos esos nada honrosos antecedentes de su vida en su memoria poco ejercitada, encontrando muy aceptable en aquel momento el apodo del tio Juan comparado con el de Perico *el de los palotes,* que hacía siete años le habian regalado en el colegio entre pullas epigramáticas.

Digitized by Google

Perico pensó tambien un instante en sú pobre madre, y algunas lágrimas le subieron del corazon á los ojos, en la duda de si los disgustos que él la habia causado podrian haber hecho acelerar la muerte de la bendita tia Antona.

En aquella disposicion de ánimo se hallaba, cuando á él se acercó una muchacha como de unos quince años, que llevaba una vara en la mano, y que conducia cuatro hermosas vacas y un par de triscadores y bonitos *jatos*, como en aquel país llaman á los terneros.

María, que tal era el nombre de la muchacha, llevaba el ganado del tio Juan á beber á una gran poza que tenía no léjos de la casa y al pié de unos viejos nogales, cerca ya del camino en que se alza una enorme cruz de piedra, frente á la cual una portilla de madera señala la senda que conduce á los pintorescos pueblecillos de Barro y Niembro.

—Buenas tardes, Perico.

—¡Hola, prima! exclamó el muchacho, saliendo de su situacion excepcional al oir la voz dulce y apacible de María.

—¿Qué *jaces* ahí tan triston, rapaz? ¿Riñó padre? *Paezme* que no le tienes contento.....

Perico, por toda contestacion, extraordinariamente preocupado al sentir á su conciencia levantarse contra él en aquellos momentos en que el sol descendia majestuoso á su ocaso, cogió maquinalmente la vara que la muchacha tenía, hizo un esfuerzo heróico y se adelantó á conducir el ganado á la poza.

La muchacha le siguió con un palmo de boca abierta,

Digitized by Google

pues le sorprendia aquel rasgo de laboriosidad de su primo que, ni por distraccion, habia tomado nunca parte en las faenas de la casa.

En Perico debia tenerse como trabajo, y como trabajo fuerte, el llevar el ganado al agua, cuando los labradores lo consideran sólo como un paseo, y hasta como un descanso de las labores del dia.

Perico, de pié junto á la poza, miéntras bebia el ganado, miraba unas veces al agua distraido y otras hacía con la vara rayas en la arena, como si quisiera ensayarse en trazar palotes más derechos que los que pudo presentar en sus planas de colegial.

María consideraba atentamente á su primo, retratándose en su rostro, blanco y dulce como la inocencia, ya la alegría, ya la compasion.

Estaba verdaderamente bella áun en su desaliño, con el breve pié descalzo, el refajo encarnado por falda, en mangas de camisa, no de fina holanda, pero blanca como la nieve, y el pañuelo á grandes cuadros en la cabeza, recogiendo detras las magníficas trenzas, pero dejando despejada la tersa frente, sobre la que caian buclecitos rubios y naturalmente rizados que agraciaban en extremo el rostro de María.

Las vacas bebian sosegadamente, levantando de cuando en cuando la cabeza y sacando la lengua para lamerse el hocico, del que caian á la poza guesas gotas de agua.

Los *jatos* ó ternerillos, inquietos y retozones, entraban en el agua, y salian, y volvian á entrar; acercaban el morro á las tetas de las madres, que volvian hácia ellos

Digitized by Google

la cabeza, mugiendo cariñosamente; corrian y saltaban bufando, recelosos hasta de su sombra, y rascábanse contra los viejos nogales descortezando el tronco con sus nacientes cuernos.

Y las figuras de Perico, de María, de las vacas, de los *jatos* y de los árboles se reflejaban como en un espejo en la tersa superficie del agua, merced á la espirante luz del crepúsculo y al suave resplandor de la luna, que en Oriente aparecia melancólica.

En el mar parecia sumergirse el sol, despidiendo el dia con sus moribundos rayos, que bañaban débilmente el triste rostro de Perico. Del mar salia aparentemente la luna, como majestuosa reina de la noche, á la que saludaba con suaves resplandores que iluminaban el rostro interesante de María.

Poco á poco se extinguian los últimos rumores de la tarde.

Alguna vez el canto chillon que hace oir la pesada rueda del carro que atraviesa lentamente la ería, ó el grito del arriero que castiga impaciente á sus bestias para entrar en la carretera que á la villa conduce.

A lo léjos y á intervalos, el ladrido del perro vigilante y el canto monótono que produce el roce de las incansables alas del grillo; y como una voz solemne que domina todos esos vagos rumores, el toque de *la oracion* con sus acentos pausados y melancólicos, que hacen que el alma se recoja para saludar con el ángel á la Vírgen, y para abismarse en el mar de los más dulces y santos recuerdos.

Perico se quitó el sombrero al oir el sonido de la cam-

Digitized by Google

pana, y María, despues de murmurar la oracion, se dirigió apresuradamente á una pared de piedra, ó *murio*, como dicen en aquellos pueblos, y miró hácia un crucero de caminos que dividian varios *pedazos* de maíz.

—¿A que ya está esperándote el fantasmon de tu novio?—dijo Perico, interrumpiendo la larga cadena de recuerdos que le asaltaban.

—Allí está ya, replicó María, volviendo al lado de su primo. A estas horas, añadió riendo sencillamente, se planta todas las tardes entre los maizales, y ni más ni ménos *paez* que un *espantapájaros*.

—Y lo que es por lo largo, dijo Perico, bien se le puede confundir con esos monigotes de trapo que se ponen sobre varas para espantar á los gorriones. Pero esos monigotes se colocan donde crece el trigo, que en este país anda escaso. Entre esos maizales debe crecer alguna espiga.

—¿Si seré yo esa espiga de trigo, Perico?

—Voy creyéndolo, prima. Y así Dios me salve como es el *espantapájaros* de tu novio el gorrion sin alas que *vien* en busca del grano. Y el caso es que no hay quien espante á ese gorrion, como no sea una perdigonada.

—¿Y por qué se le ha de espantar? ¿Qué mal te ha hecho mi novio?

—¿A mí? No sé... ninguno... Pero me escuece ver tan rico grano en el pico de ese pajaron de mal agüero. Largo, largo... y nada valgo.

—¡Vaya si *val!* dijo sencillamente María. Pregúntaselo á tu padre que te le *pon* siempre como ejemplo, por lo trabajador y por lo... Él es pobre, eso sí; pero, poco á

Digitized by Google

poco, hilaba la vieja el copo, y él, trabajando, trabajando en las fincas de D. Rafael el indiano, ha conseguido que éste le prometa lo que yo me sé y tú verás tambien, Perico.

—¡Como no prometa D. Rafael, Marica!.....

—El tiempo es más largo que mi novio, y todo te lo enseñará el tiempo, primo.

—Verémos, verémos lo que promete y cumple D. Rafael, replicó con aire de duda Perico, volviendo maquinalmente á trazar en la arena rayas torcidas como los palotes de antaño.

María, que habia visto á las vacas y á los *jatos* subir hácia la casa, cánsados ya de tanta conversacion, echó á correr detras del ganado, gritando: *¡Pulida!... ¡Galana!....*

Detras de María subió lentamente Perico, quien, pasado aquel breve momento de extraordinario asalto de la conciencia que le habia aguijoneado, volvia á su habitual flojedad y abandono, dejando en paz los deshonrosos y tristes recuerdos, y cerrando el oido á los gritos interiores.

María arregló el ganado en la cuadra; le mulló la cama con hoja seca; echóle su racion de hierba y de puntas de maíz, que le arrebataban de las manos las impacientes vacas; ordeñó, ó *meció*, como dicen en el país, la *Galana* y la *Pinta*, madres de los *jatos;* entró luégo en la casa, dejando sobre el hogar un jarron de leche, y, saludando graciosamente al tio Juan y arrojando á Leal un mendrugo de borona que el perro cogió en el aire, salió otra vez y echó á correr en busca de su novio.

Digitized by Google

El tio Juan, que, seguido siempre del perro, habia asomado á la puerta precisamente en el momento de bajar muy decidido Perico hácia la poza, se habia animado un poco ante el engañoso impulso de su hijo, y ya le reservaba para la vuelta una palmadita de confianza paternal sobre el hombro, y el nombre de Perico pronunciado con suave acento.

Pero, viendo volver sola á la graciosa y diligente María detras del ganado, y al verla desaparecer de nuevo con la agilidad y ligereza de una corza, despues de hacer la cama y servir la cena á las vacas y los ternerillos, miéntras el muchacho se iba acercando con su pachorra de siempre y tomando al parecer por su amigo el sol, la luna que serena brillaba, exclamó para sus adentros: «¡Esta rapaza... es mucha rapaza! ¡Pero este Pedro de mis pecados, que se deja birlar la prima, cuando todos queriamos que todo quedase en casa!»

Y el tio Juan inclinó sobre el pecho la cabeza, moviéndola tristemente, como si se dijese á sí mismo: «Esto no tiene remedio.»

Perico, dando vueltas á la vara que habia cogido á María, se acercó paso á paso, y fué, como acostumbraba, á recostarse en la higuera que el tio Juan habia pronosticado á su hijo se vendria al fin al suelo, por no sufrir el peso de su cuerpo inútil.

Leal daba vueltas inquieto del tio Juan á Perico, de Perico al tio Juan, haciendo oir sordos gruñidos, y no paraba más que para mirar fijamente á la luna y ladrarla irritado, como si la luna tuviese la culpa del eterno *sol* del mozo y de las tristes cavilaciones del viejo.

Digitized by Google

VI.

La prima de Perico, la hacendosa y diligente muchacha, la perlita de Celorio, que tal pudiera llamarse María por lo bella y por lo buena, baja hasta la pared ó *murio* que se halla junto á la poza; mira de nuevo hácia el crucero de caminos, donde sigue plantado el vespertino galan; salta, sin tocar casi en las piedras, y sabiendo, por la geometría que le enseña su amor, que la línea recta marca el camino más corto, no hace caso de los senderitos que encuentra, atraviesa como una sombra por los espesos maizales sin tronzar un solo pié, se para cautelosamente junto al crucero, y, poniendo las dos manos junto á la boca á manera de embudo para ahuecar la voz, grita, sonriendo picarescamente: «¡Anton, Antooon!...»

—¡A ver si sales de tu escondite, Marica! dice el mozo, volviendo la cabeza hácia donde oye la voz disfrazada de su novia.

María se pone de un salto junto á Anton, riendo á carcajadas y celebrando inocentemente la gracia con que pretendia asustarle.

—¿Tú *quies matame* á sustos, Marica?—dice el muchacho riendo tambien y dirigiendo sus pasos hácia la portilla que, para evitar la invasion del ganado, allí cerca cierra el camino marcando el tortuoso y encallejonado que conduce á las aldeas de Valmori, Quintana y Posada.

María y Anton torcieron despues por un camino pe-

Digitized by Google

dregoso y temible en noches ménos claras que aquella, y bajando á una calleja intransitable en los dias de invierno áun para los celorianos, llegaron á una casa levantada sobre peñas, más humilde que la del tio Juan, y que es la habitacion de los padres de María.

Anton es un mozo de elevada estatura, como se habrá deducido de las burlonas frases que le dedicó Perico en su diálogo con la prima.

Su cara es larga, agraciada, morena, más de lo que parece á la luz de la luna que la baña en el momento en que la examinamos y que un tanto la blanquea, por decirlo así, como para disimular el paño oscuro que le ha regalado el sol, no el *sol* de Perico, sino el ardiente sol que le sorprende muchas veces en medio de la ería despuntando el maíz y en medio de los prados segando ó dando vueltas á la hierba.

Porque Anton es el reverso de la medalla de Perico; es decir, activo y trabajador como él solo, y tan solo, que apénas se encuentra otro ejemplar en la aldea, aunque se busque con candil de dos mecheros y áun con la misma escudriñadora y trascendental linterna de Diógenes.

El galan de María no las tenía todas consigo desde que por la aldea se corrió el empeño con que los padres de la muchacha trataron de casarla con su primo Perico, empeño anterior á la muerte de la tia Antona.

En efecto; tanto los padres de María como los de Perico quisieron que *todo quedase en casa*, como solia exclamar aquél, único heredero del laborioso labrador que habia hecho su capitalito bien claro á la vista, para que no diese lugar á dudas, en muchos y hermosos pedazos de

Digitized by Google

maíz y en un par de prados agradecidos que, con sendas carretadas de exquisita hierba, devolvian muy doblada á su dueño tres veces al año la riqueza que, en abono, en ellos iba depositando, amén de la fresca y abundante otoñada con que el ganado del tio Juan se regalaba sosegadamente, hasta alcanzarlo con la pezuña, ya que no con el dedo.

El tio Juan y la tia Antona vieron en María la muchacha hacendosita, humilde, inclinada al trabajo, *nada cortejadora*, como en el país llaman á las aficionadas á galanteos y amoríos, y poco inclinada á echar los brazos al aire en la *danza prima*, y á revolver el cuerpo y lucir las caderas en el *Pericote*, animado y gracioso baile característico y peculiar de las aldeas de aquella parte de Astúrias.

Pero la tia Antona, que murió con tan tristes temores acerca del porvenir del hijo de su alma; en los últimos dias de su vida perdió tambien la esperanza de que llegára á verse tan bien casado á Perico, á quien no disgustaba la prima, pero en quien no vencia el amor al eterno afan de ver el sol claro ó turbio, y por lo tanto, de revelar su implacable ódio al trabajo.

Desde que faltó la tia Antona, fueron entibiándose algun tanto los deseos de los padres de María. Esta, sin embargo, iba por mandado de ellos desde el amanacer hasta la noche á arreglar la casa y el ganado del tio Juan, quien la queria como si fuera hija, consolándole algo la solicitud y constante afan de la muchacha, de los disgustos que le proporcionaba el carácter incorregible de Perico.

Digitized by Google

El padre de María, á quien, por su corpulencia, llamaban los vecinos el tio Pepon, y que cifraba su orgullo en su apellido de Posada, notable á no dudar en aquel país, y cuyo orígen ilustre aprendió el tio Pepon en unas crónicas empergaminadas que poseia el señor cura; el padre de María, digo, era el que no desechaba del todo la idea de la boda de la chica con Perico, porque le ofuscaba un tanto la pór él exagerada riqueza del tio Juan, con la que soñaba que pudiera caminar su hija á tornarse princesa, no indigna, en su entender, de los timbres de aquel *señoron de campanillas* que, al llegar á tierra de Astúrias, echó á volar uno de sus halcones, exclamando:

En donde este halcon posáre,
Allí *faré* mi *posada*.

Y cuando al tio Pepon exponia su mujer el abandono de Perico: «¡Qué lástima!—solia replicar él; Juan es un pobre Juan Lanas, un infeliz padrote, que deja que se aflojen las cuerdas del hijo. ¡Que si por mi cuenta corriera el estirarlas!... ¡Oh! Entónces habia de andar el garrote listo, y, al sol y á la sombra y á la sombra y al sol, yo haria entrar al rapaz en vereda.

Más tarde, cuando Anton empezó á rondar tímidamente á María y, sobre todo, cuando el muchacho, desechando el miedo, declaró su pensamiento atrevido cantando coplas al pié de la ventana de la moza casi niña; empezaron á tener sus altercados el tio Pepon y su mujer, que concluia sus razonamientos comparando la laboriosidad de Anton, capaz de llegar por su camino á donde el tio Juan Boñicas, con la holgazanería de Perico, que se pin-

Digitized by Google

taba solo para dar en el suelo con la casa levantada por el tio Juan.

En la noche de luna en que hemos visto á María llegar á casa de sus padres acompañada de su galan, éste se mostró un tanto contrariado al ver sentado en un poyo al tio Pepon que, desde que divisó á la enamorada pareja, empezó, como tenía de costumbre cuando se ponia á cavilar, á rascarse la cabeza echando atras la montera con una mano y dando vueltas con la otra al bolsillo izquierdo de su chaqueton de bayeta amarilla, rebuscando tabaco por los rincones.

Miéntras tanto su mujer, con esa sagacidad natural que distingue al sexo, salió al encuentro de los muchachos, y dijo á María:

—Mira, Marica, corre en un instante á ver si la señora de D. Rafael el indiano te da naranjas ó limones para hacer un refresco que necesito, que me lo dijo Blas el cirujano, y la señora de D. Rafael cuando pasó el domingo á misa con las señoritas me dijo lo *mesmo* al *veme* los ojos *encendíos* como ascuas.

—Y yo, dijo Anton algo cortado, voy á preguntar al amo dónde *quier* que nos amanezca mañana, que en el prado del Toro y en Pozabal habrá que *day* vuelta á la hierba. Conque, buenas noches.

—Anda con Dios, hombre,—contestó la madre de María con un acento dulce y cariñoso, que animó el corazon enamorado del muchacho.

—Siempre la soga tras el caldero, exclamó poco despues el tio Pepon, interrumpiendo sus cavilaciones. Y no me gustan esos paseitos de noche que ya dan qué hablar

Digitized by Google

á los vecinos, sobre todo al tio Cuervo, ¡que tiene una lengua! ¡Dios nos libre!... Y luégo se la echa conmigo de apellido ilustre el *endino*.

—¿Y á tí que te importa la lengua del tio Cuervo?

—¡Vaya si me importa! ¡Y si fuera sólo la lengua! Y luégo tú siempre abusando de la bondad de la señora de don Rafael. Don Rafael y su señora son demasiado buenos, que siguen remediando las necesidades de los vecinos que á ellos acuden, ¡despues de *habelos dao* más *pataas* los *desagradecíos*! ¡Dígalo el tio Cuervo!...

—*Pa too* sacas á relucir al tio Cuervo, hombre. Otros hay que no son cuervos, y sí palomas sin hiel. Y, mira, ya que hablas de la bondad de D. Rafael y su señora, tú verás cómo saben pagar los servicios de Anton, vamos al *decir*, cuando llegue el dia de... vamos, yo me entiendo.

El tio Pepon, por toda respuesta, volvió á echar atras la montera, á rascarse la cabeza con una mano y á dar con la otra vueltas al bolsillo izquierdo del chaqueton, con grandes señales de entrar en profundas cavilaciones.

La mujer del tio Pepon, conociendo el efecto que en él hacian sus últimas palabras, dejóle solo, despues de haber visto desaparecer á lo largo de la calleja á su hija y al bueno de Anton, á quien no podian ménos de dar en qué pensar y qué temer las rascaduras de cabeza de su presunto suegro.

VII.

Ha pasado ya la romería del Cármen, celebrada en el

Digitized by Google

Cristo del Camino el mismo dia de la Vírgen. Dos años hace que Anton dirigió en aquella romería los primeros requiebros á la perlita de Celorio, miéntras Perico *veia el sol* tumbado junto á la capilla del Cristo.

María oyó aquellos requiebros como quien oye llover, en la apariencia, y contestándolos con risas burlonas, aunque cerrando sus hermosos ojos, para que en ellos no se revelase lo que su corazon sentia.

Anton, que no entendia de cierres de ojos, abrió la boca aquella noche para cantar junto á la casa de su amada, inspirado por no sé qué musa que le abrasaba el corazon aguzándole el ingenio:

En el *Cristo del Camino*
Se encuentra el monte Calvario;
Los judíos son tus ojos,
Mi amor el Crucificado.

El tio Pepon estuvo para salir con un garrote y hacer una verdadera judiada con aquella víctima de las gracias de su hija.

Ha pasado tambien la romería que en el mismo Celorio se celebra algunos dias despues del que dedica la Iglesia á la gloriosa patrona de la aldea.

Dos años hace que en aquella fiesta, miéntras Perico veia muy descansado bailar el *Pericote*, oyó María á Anton no como quien oye llover, mostrándole en sus hermosos ojos la luz de una bella esperanza.

Anton, que en los ojos de María vió el cielo abierto, abrió á su vez la boca aquella noche junto á la casa de la niña, para cantar con el aire dulce y melancólico

Digitized by Google

de la danza prima asturiana, y siempre inspirado por la sencilla musa de su propio corazon:

Los ojos de mi María
Me dicen, señor San Pedro,
Que aunque no me abras la puerta,
Ya tengo seguro el cielo.

Añadiendo el estribillo popular del país:

«Señor San Pedro,
Dame las llaves del cuarto
Donde está mi amor durmiendo.»

El tio Pepon es el que no pudo quedar dormido hasta que se fué extinguiendo la voz del mozo, que se alejó dejando oir un *ixuxu* y cantando todavía con fervor patriótico:

«Señor San Pedro,
¡Viva la Vírgen del Cármen!
Que yo á mi patria no niego» (1).

Las romerías del Cármen pasaron este año sin que apareciese en ellas María con su medallita de plata sobre el pecho, su zagalejo fino, su rebociño galonado de terciopelo, sus flamantes zapatos, y su chaquetilla adornada de dorados botones sobre el hombro; sin que apareciese en ellas Anton con su montera de vuelta de pana, ni Perico con su aficion á *ver el sol*.

(1) En este cantar no parece sino que la fe de los celorianos en su bendita patrona, se ha propuesto echar en cara intencionalmente al santo Apóstol, portero de la gloria, la debilidad de haber negado á su Divino Maestro. Si esa no ha sido la intencion del cancionero popular asturiano, al ménos se malicia fácilmente.—(*N. del A.*)

Digitized by Google

Estamos de luto, paciente lector de destripados cuentos. Ocho dias ántes del Cármen ha muerto el tio Juan Boñicas, consumido por los años, por los trabajos y por los disgustos. Ha muerto con los mismos temores con que murió su mujer, la tia Antona; llevando clavada en el alma la espina de que su desgraciado hijo no podia tener buen fin.

Perico se olvidó completamente del sol junto al lecho de muerte de su padre, cuyo cariño, sacrificios y sanos consejos se presentaron en su abandonada memoria conmoviendo profundamente su buen corazon, del que brotaron raudales de amarguísimo llanto.

Porque Perico, hasta que hubo perdido á su padre, no supo apreciar lo que su padre valia, en lo cual todos los hijos del mundo se parecen bastante al hijo del tio Juan.

Leal, el perro inteligente y fidelísimo, representó el segundo papel en aquel cuadro fúnebre. Sus tristes aullidos llegaron al corazon del tio Pepon, al de la mujer del tio Pepon y al de María, que allí estaba llorosa, despues de haber asistido al tio Juan con la solicitud y el cariño de una hija.

En el fondo de aquel cuadro, recogido entre las sombras del dolor verdadero, apareció una sombra negra, que era la pesadilla eterna del tio Pepon.

Aquella sombra era la del tio Cuervo, que, como los pájaros de su nombre, buscaba allí con avidez los despojos de la muerte, olfateando á Perico, á quien habia llegado la hora de recoger de una vez los frutos de los sudores paternales.

Digitized by Google

El tio Cuervo, chato, ojiverde, cargado de hombros, de pelo rojo y entrecano, con la boca torcida y con los labios lívidos por el exceso de la bebida, apareció con cierta expresion de hipócrita tristeza á la puerta de la alcoba. Nadie le sintió llegar más que Leal, que en aquel momento se levantó suspendiendo sus lastimeros aullidos y se dirigió, gruñendo y ladrando irritado, contra aquella especie de ave agorera y de rapiña que llegaba á profanar el tranquilo y eterno sueño de su amo.

Leal presintió, por decirlo así, las desgracias que para el hijo del tio Juan venian envueltas en las alas de aquel Cuervo.

El tio Cuervo examinó todo el ajuar de la casa con la mirada vaga de sus extraviados y encendidos ojos de gato montés, y, con la chaqueta de paño pardo sobre el hombro y echado hácia atras el hongo mugriento y de color indefinible, se detuvo al salir junto al banco de piedra, y dijo, mirando la parra:

—Esta parra empieza á secarse. Bien que *pa* las uvas que da...

La parra se secaba en efecto, y encogia, falta de jugo, sus brazos, dejando caer sus descoloridas hojas, ántes verdes y frescas, como si señalase la hora de su muerte la última hora de aquel á quien, áun vieja y enferma, habia dado sombra de gratitud.

—Esta *jiguera* se cae si no se *ajuntan* estas piedras que ya se van desmoronando, continuó el tio Cuervo. ¡Y sería *llástima*, así Dios me salve! Que la miel de los *jigos* de esta *jiguera* es capaz de ablandar la mollera de un maestro. Que lo diga el de la escuela de Celorio,

Digitized by Google

que se engullía cada *cestao* con que le untaba el hocico la tia Antona! No hay cosa más rica despues de una copa de aguardiente ó un cuartillejo de sidra. Y, á propósito de sidra, tengo que hablarte de un buen negocio, dijo en voz baja á Perico. Y poniendo la boca más torcida de lo que ella estaba naturalmente, y arreglando la chaqueta sobre los cargados hombros, se despidió de los parientes del difunto y se alejó preocupado de la casa, no sin haber recibido un zarpazo de Leal, que, ademas de la zarpa, le hubiera echado de buena gana el diente.

VIII.

En vano quiso el tio Pepon, con el auxilio de D. Rafael el indiano y el cura de la aldea, librar á Perico de las garras del tio Cuervo, que traia á mal traer al muchacho con el anunciado negocio de sidra.

El mal aconsejado hijo del tio Juan Boñicas, con su arraigado vicio de *ver el sol* hasta en los dias de truenos, sin fuerzas para vencer á su pecado capital, redujo á cuartos el ganado, las tierras que no habia de labrar y los prados que, como las tierras, estaban saturados del fecundo sudor de aquel labrador ejemplar, que ni un solo dia dejó de humillar su frente ante la dura, pero á la vez consoladora ley del trabajo.

El tio Pepon amonestó á Perico con el más desinteresado y noble fin. Pero el tio Cuervo, más sagaz, más elocuente y más rico de recursos, del peor género por supuesto; el tio Cuervo, que habia llegado á establecerse en Celorio, arrojado, como quien dice, de su pueblo por

Digitized by Google

ave de *rapiña*, y que en sus ratos de ingenio, de *chispa*, por mejor decir, contaba á los vecinos, para mostrarles la ilustre procedencia de su nombre, el paso de aquel valiente caballero que, al frente de su mesnada y dispuesto á arremeter á un escuadron de moros, apostrofó á una bandada de cuervos que hambrientos graznaban sobre su cabeza, prometiéndoles la panza llena de carne, como lo cumplió, abandonándoles los cadáveres moros que despues cubrian el campo; el tio Cuervo, digo, orígen de todos los pleitos y querellas que se habian suscitado en el pueblo, y autor de la muerte de muchas honras, se dió maña para atraer á Perico, haciéndole ver y creer que lo que queria el tio Pepon era atraparle para su hija.

El tio Pepon se vió entónces acosado de frente por su mujer, que le manifestó con energía que, para tapar bocas, era preciso abandonar á su suerte al descastado y *mangollon* (holgazan queria decir) del sobrino, y casar cuanto ántes á María con el laborioso criado de D. Rafael el indiano, que, puesto por su amo en la vereda de la fortuna, llegaria de seguro, con la hacendosa perlita de la aldea, al fin de la jornada y al logro del apetecido bienestar.

El tio Pepon dió con este motivo repetidos meneos á su montera, rascándose como nunca la cabeza, y abriendo en el bolsillo del chaqueton un agujero de á cuarta, de tanto rebuscar tabaco.

El resultado de aquellas tenaces y profundas cavilaciones, fué el arreglo definitivo de la boda de Anton y María, que recibieron llenos de gozo la bendicion del cura, siendo padrinos D. Rafael y su señora, quienes rega-

Digitized by Google

laron á los novios ropas y otros efectos, que constituyen lo principal del menaje de una casa, cediéndoles ademas para su cultivo y aprovechamiento un terreno conocido desde entónces con el nombre de *El robledal de la novia.*

Perico asistió á la boda bastante triste; pero á la puerta de la iglesia le aguardaba el tio Cuervo con su negocio de sidra, para alegrarle.

El negocio de sidra era una empresa en que, segun el taimado tio Cuervo, la misma fortuna les entregaba el único cabello que poseia, con lo cual no habia para qué llamar á la empresa descabellada, puesto que era la fortuna la que quedaba completamente calva con aquel sublime rasgo de desprendimiento.

En el negocio de sidra Perico puso el capital que representaba toda una vida de sudores y sacrificios, que él no podia apreciar, entretenido en tomar la filiacion al sol. El tio Cuervo era el socio de industria, que en el comercio del jugo de manzana iba á hacer el mismo papel que un lobo metido á traficante de ganado lanar.

El ladron del tio Cuervo (tipo rarísimo en el honrado país asturiano), como no le dolian prendas, compró mucha sidra y muy cara, y precisamente en el mes de Agosto, y sin tomarse el trabajo de visitar ántes las pomaradas que en toda aquella tierra de bendicion presentaban los árboles cargaditos, hasta el punto de abrazar con sus ramas el suelo que cria tan rico tesoro.

En Llánes almacenó la sidra el tio Cuervo. *Rompió* una pipa y acudió mucha gente curiosa, que en el socio de industria vió el primer borracho. *Rompió* otra pipa y

Digitized by Google

le hizo bajar el precio la poca gente que acudió, que toda consistia en marineros que nunca salian al mar, y en zapateros aficionados, no ménos que á la sidra, á *ver el sol* del capitalista infortunado y socio del boca torcida y más torcida concienicia del tio Cuervo.

Con el temor de que la sidra se volviese al fin vinagre, trasegó á su estómago cuanta pudo el tio Cuervo; manchó cien veces con sus borracheras los timbres y dorados blasones del caballero cristiano que á los cuervos regaló carne fresca de moros; vendió al desbarate las grandes existencias que del líquido quedaban, y, trasladándose á Celorio, presentó á su consocio sus cuentas, más largas, enmarañadas y originales que las cuentas del Gran Capitan, y que Perico no quiso tomarse el trabajo de examinar, si bien hubiera perdido bonitamente el tiempo examinando cuentas, quien nunca pudo salir en la escuela del *Mañana..... bajará.....*

Lo que habia bajado ya para Perico era el castigo de Dios, por no haber obedecido sus divinas leyes, obedeciendo á la vez á sus padres y siguiendo su intachable ejemplo.

Del miserable residuo del capital; con la mitad se quedó el tio Cuervo, por ser socio de industria, y del resto tomó otra mitad, porque el alimentarse de restos es muy propio de los pájaros de su casta.

Perico, deslumbrado por el sol que habia visto tantos años, no pudo ver claro el fondo de los manejos del tio Cuervo, y lo único que vió nada turbio fué el fin de sus fondos.

El tio Cuervo trató de comprarle el perro, único bien

Digitized by Google

que de su padre le quedaba, y Leal se encargó de contestar á aquélla proposicion acariciando tristemente á Perico, y volviéndose con los pelos encrespados y la boca abierta contra el socio *de industria*.

Perico se vió, pues, en mitad de la ería sin pan que comer, con el perro Leal lamiéndole resignado los zapatos y dispuesto á sufrir el hambre á que le condenaban los pecados del hijo de su difunto amo, y á alimentarse con los recuerdos de las sabrosas piltrafas y los huesos cubiertos que le echaba el tio Juan, y de los trozos de borona fresca que tiraba al aire, jugando con él, la graciosa y dulce María.

Perico sintió entónces á su conciencia levantarse contra él más terrible que cuando le impulsó noblemente á conducir el ganado á la poza; y, sufriendo dolores inexplicables, fué á despedirse de sus parientes, de D. Rafael y del señor cura, que tan bien y tan en vano le habian aconsejado.

Sus parientes, incluso el laborioso Anton, le ofrecieron compasiva y cariñosamente cuanto tenian y podian; Don Rafael le ofreció en su casa un sencillo y bien retribuido trabajo, y el señor cura le dió su bendicion, como primera limosna á aquel pobre que empezaba á sufrir el castigo del hijo pródigo, pródigo, sobre todo, de la riqueza de tiempo que Dios entrega á la criatura, y que la criatura dilapida cuando no sabe emplearla honradamente en el trabajo.

IX.

Perico, incapaz ya de contraer hábitos formales de

Digitized by Google

laboriosidad, y bastante orgulloso y bastante considerado, por otra parte, para aceptar la sopa boba al lado de sus parientes; se lanzó á la vida que es consecuencia necesaria, y en cuyo camino se ven tantos jóvenes de historia parecida á la de Perico, que se empeñan en hacer creer que no encuentran trabajo, porque para resignarse al trabajo han perdido la fuerza moral, aunque la fuerza física se muestre en toda su robustez.

Perico se echó á cuestas un zurron, se armó de una cachiporra, y, seguido del pobre Leal, anda, anda, anda, dia y noche, noche y dia; durmiendo hoy en un pajar y mañana al raso; comiendo unas veces pan de maíz y otras pan de trigo, y otras esperando el pan en vano, atravesó pueblos y más pueblos de Astúrias, de la Montaña, de Castilla, sin dejar nunca de oir palabras harto duras, pero dictadas con frecuencia por la severidad de la justicia.

—¿Hay qué comer para el pobre...? —Anda de ahí, zángano, y tira de una carreta, que fuerzas y salud tienes. — ¡Mira el bigardo con su facha de alcornoque! — Entra, entra, hijo, que aquí tengo una azada, que parece que la pintaron para esos brazos.—¿Cuándo se dedicará la Guardia civil á recoger todos estos vagos, ladrones de la riqueza pública, que consumen y no producen?

Y áun algunas veces, en los tres años de su primera excursion, hubiera llevado alguna paliza de ricos con obras comenzadas y faltos de brazos, á no haberle defendido el pobre Leal, que, extenuado por los años, el cansancio y el hambre, necesitaba sacar las fuerzas de su cariño y de su firme lealtad.

Digitized by Google

Al cabo de los tres años, anda, anda, anda, dia y noche, noche y dia; seguido lentamente del perro, volvió Perico á la aldea que le vió nacer, con un profundo afan de alimentar su alma de tristès recuerdos; encorvado el cuerpo por la fatiga, las privaciones y los trabajos, ya que no por el trabajo; avejentado por las inclemencias del tiempo, y quemado materialmente por el sol que en los llanos de Castilla se le pegó, haciéndole sudar el quilo y persiguiéndole con una tenacidad de antiguo amigo, capaz de hacer perder la paciencia á un santo.

Con santa paciencia, sufriendo todos aquellos sinsabores, Perico, sin encontrar goce de ningun género en su vida de pobre vagabundo; sin que hubiera ya la menor interrupcion en los asaltos de su inexorable conciencia, cuyos gritos le amargaban el duro pan y le robaban las breves horas del sueño; llegó por fin en una tarde de verano á la aldea, y el ya viejo y flaco Leal echó por delante meneando la cola y dirigiendo instintivamente los pasos de Perico hácia la casa donde nació y vivió á la sombra del santo amor de su madre, y educado en los sanos cuanto inútiles consejos de su padre, cuyos tristes pronósticos se veian cumplidos.

La casa estaba sola y abandonada por el nuevo dueño; la parra se habia desprendido, ya enteramente seca, arrastrando en su caida algunas tejas en que se habia apoyado, en su afan de dar sombra al triste anciano. La higuera, desmoronado el terreno que la sustentaba, habia venido al suelo, acaso por no sufrir más el peso del cuerpo inútil de Perico, como habia anunciado el tio Juan.

Digitized by Google

Perico cayó de rodillas y con los ojos arrasados de lágrimas, ante aquellos despojos de su felicidad pasada.

Perico veia en aquel momento solemne las sombras tristes, severas, y á la vez compasivas de sus padres, y sintió su buen corazon desgarrado por los lastimeros aullidos de Leal que, golpeando con las manos en la puerta de la casa, pugnaba inútilmente por abrirla.

Llegó la hora del crepúsculo; dejóse oir el toque melancólico de la Oracion, y Perico, despues de rezar pensando en Dios y en sus padres, se acercó á la puerta de la casa, junto á la que yacía Leal jadeante y desfallecido.

Perico creyó que Leal tenía hambre, y buscó inútilmente en el zurron algun mendrugo. Despues bajó hácia la ería, pasando por la poza, en cuya superficie tan risueños cuadros se habian retratado en tiempos mejores; y, saltando á los maizales, cogió sin recatarse una docena de panojas, y las fué á llevar al pobre perro, que no las tocó, ni se movió un instante de la puerta.

A la mañana siguiente, el pobre Leal apareció muerto á la puerta de la solitaria casa, y Perico el pobre, encerrado en la cárcel de Llánes, por robo de doce panojas de maíz.

Perico estaba completamente desconocido, y, de vergüenza, no quiso darse á conocer al pedáneo ni á los vecinos que le delataron, quienes, en honor de la verdad, en cuanto averiguaron que el ladron pobre era el pobre Perico, acudieron á rogar por él al juez en union de los parientes del encarcelado, que fueron todos verdadera-

Digitized by Google

mente afligidos, llevando Anton y María á un niño de dos años, fruto de su dulce amor, y que en su sonrisas de ángel revelaba la felicidad y el bienestar de sus padres, honrados y trabajadores siempre, y siempre puestos como modelos de esposos y de buenos vecinos en boca del señor cura.

Perico salió por fin de la cárcel, en donde habia encontrado al tio Cuervo, gravemente encausado por sus rapacidades, y por várias calumnias con que habia introducido la discordia en el seno de más de dos tranquilas familias.

Perico pasó algunos dias en el *robledal de la novia* con sus primos, que como novios seguian queriéndose, teniendo con ellos y con el tio Pepon y su mujer diálogos muy animados, en que Perico hacía llorar y reir al mismo tiempo, describiendo á su manera las aventuras y desventuras de su vida errante, viniendo siempre á parar á su encierro en la cárcel, y diciendo que nunca hubiera creido que su aficion á ver el sol le llegase á poner al fin *á la sombra.*

—¿Recogias muchas limosnas?—le preguntaba, sonriendo tristemente, María.

—Yo iba pidiendo, pidiendo, y muchos no me daban nada, algunos me daban poco, pero el que nunca me dejaba de dar era el sol, y de firme, y en *metá* de la mollera, *pa reblandeceme* los sesos y *pa recordame* los ratos *perdíos* de otros años en que mi madre y mi padre se morian de pena.

Perico estaba empeñado en que aquella vida triste y azarosa que pintaba, era el castigo que estaba obligado

Digitized by Google

á sufrir como una expiacion de sus culpas, ya que se encontraba inútil para el trabajo.

Y así, dejando la sopa boba de los parientes; despidiéndose de todos ellos; besando enternecido al chiquitin, y deseando á María y Anton un hijo poco inclinado á la astronomía del ocio; se echó al hombro el zurron, bien provisto por María; cogió su cachiporra; dedicó una lágrima á su difunto compañero, el benemérito Leal, y echó á andar otra vez por el mundo aquella especie de *Cristiano errante.*

Perico encontró al tio Cuervo en el camino, conducido entre guardias civiles á la Fortaleza de Oviedo, y á cuyo paso por Celorio, las medrosas aldeanas, que sabian el pájaro que perdian con el *socio de industria,* cantaban aquel cantar popular, hijo de sus preocupaciones:

« El cucliello se murió
Camin de la Tornería,
Mala *man* vaya con *elli*,
Que tan buen cantar tenía. »

Y aquí me despido yo, que ya es hora, diciendo al piadoso lector, en nombre del héroe de mi cuento: — «Con que, amigo y pariente, que aproveche la leccion y que Dios te dé salud para poder librarte del *sol de Perico,* que, con insolaciones para el cuerpo, trae siempre la desolacion para el alma.

1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS HOMBRECILLOS.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS HOMBRECILLOS.

I.

Constituyen mi asunto de hoy los niños no contentos con sus pocos años; los chicos que han salido de la escuela, que están pasando por el Instituto y que apénas han entrado en la Universidad; los chicos que leen medianamente y escriben un poco peor; que conjugan *algo* el *amo, amas;* que conocen *ya* las propiedades alcohólicas y espirituosas de ciertos licores, y que desconocen por completo la lógica, los principios de la filosofía moral y el órden admirable de las cosas que Dios ha dispuesto y que ellos tratan de invertir bonitamente.

Mis *héroes* de hoy son los chicos mal educados; los *niños terribles*, los niños que hombrean; los *hombrecillos*.

Dichoso el que no ha llegado á conocerlos y no ha tenido que sufrir, por lo tanto, sus insufribles impertinencias, que nacen del carácter condescendiente y hasta del orgullo cándido de los padres, cuando no de su abandono absoluto. De todo hay en la viña, y es ciertamente lamentable que haya tanto de esas verdaderas plagas de la sociedad.

Juanito es hoy un niño de doce años, que, más niño

Digitized by Google

aún, asombraba ya á sus maestros, sonriéndose maliciosamente cuando decia de memoria los mandamientos de la Ley de Dios.

Juanito echaba ajos y hasta cebollas, á los cinco años, con gran contentamiento y alborozo de la mamá, que lo celebraba en compañía de los amigos de la casa, diciendo, entre sus carcajadas: «¡Qué chico éste! ¡Jesus, qué diablo de chico!»

Juanito, á los ocho años, hacía cigarritos de papel con las páginas del catecismo; y la mamá, que vió que á los once aún seguia el chico con su manía de fumar papel sólo; para que no le saliesen *lamparones*, como ella decia, le enseñó el escondite del tabaco del papá, con lo cual el muchacho se puso en camino de fumar en pipa.

Juanito, en cuanto supo á lo que sabía el tabaco, creyó ya que no debia ser ménos que el aguador y que el escribiente de su papá, y empezó á echar piropos y á pellizcar á la criada, que á los pellizcos y piropos del chico, y no á los otros, echaba la culpa, cuando la señora encontraba los pucheros con mucha sal, ó quemado el chocolate, ó rabiando de vinagre la ensalada.

A todas estas cosas, la buena de la mamá decia, cayéndosele la baba: «Jesus! qué gitano de chico!», lo mismito que cuando el chico tenía cinco años.

Cuando el estudiantuelo, como *todos los borricos*, se atascó en el *quis vel qui*, empezó á cantar al oido de su madre que otros de su edad, y áun más pequeños, iban al colegio solitos, y que á él le hacian burla porque le llevaba y le traia pegado á la falda la criada, como si fuera un niño. (¡Miren VV. el hombron!)

Digitized by Google

Desde entónces dejó la débil madre que volase solo el pájaro, porque no fuera ménos que los otros, y, solito con los otros por esas calles de Dios, empezó á decir y hacer cosas que no las imaginára el diablo.

II.

Juanito, como llevo dicho, tiene hoy doce años.

Antaño, los chicos de su edad iban al colegio, llevando los libros atados con una correa para que no se cayesen en el camino.

Ogaño, Juanito y sus compañeros *de trinca*, van á la cátedra, si van, sin libros encorreados ni por encorrear; porque, ¿qué se diria de ellos, *hombres* ya hechos y derechos, si se les viese con los libros debajo del brazo como chiquillos de escuela? No, señor; ellos llevan en la cabeza la gran ciencia de adelantarse al tiempo, y en cuanto á las lecciones que señale el profesor, ya se enterarán, pues nunca falta algun *niño* que *todavía* lleva los libros á las cátedras y que asiste á éstas constantemente.

Juanito, como sus compañeros, ha logrado convencer á la mamá, que se deja convencer con facilidad suma, de que la gorra es impropia de los años del que lleva tres *medianos* de Filosofía y siete de uso de razon *notablemente aprovechados*.

Y ahí tienen VV. al *hombrecillo*, con su sombrero de copa alta echado sobre la oreja, hecho todo un maton; jefe de la *trinca* por sus callejeras aventuras; la mano izquierda en el bolsillo del gaban y la derecha acariciando la pelusilla del labio superior, que ya se afeita sema-

Digitized by Google

nalmente la criatura mal criada, con las navajas del papá desventurado.

Ahí le teneis, perdiéndose de vista entre el humo de su gran puro. Ahí le teneis *más cigarro que hombre*, como el *calavera lampiño* de *Fígaro*, con todo el aire de un *Tenorillo* de la época; persiguiendo modistas; tocando de cierto modo en las vidrieras de una zapatería, para llamar la atencion de las oficialas; saludando gravemente á alguna amiga de su mamá y preguntándole tal vez con tono de proteccion *por los niños*.

Ahí está con sus compañeros, dando en el billar al más pintado quince rayas y las tres bolas; buscando todos juntos *garitos* en que se admita moneda menuda, que no puede faltar en sus bolsillos; quedando, á pesar de ser pollos adelantados, entre *albur* y *gallo*, como el idem de Moron, esto es, cacareando y sin plumas.

Juanito apuesta un dia con sus compañeros á que se acerca á uno de los profesores y le pide lumbre con la mayor intrepidez del mundo. Los compañeros aceptan la apuesta por partes iguales. Juanito se sube el cuello del gaban; se echa el sombrero sobre los ojos; se dirige hácia el anciano profesor de Historia, que ya llega fumando; se empina, ahueca la voz y pide lumbre; dásela el anciano profesor, que no le ha conocido, y Juanito torna hácia sus compañeros, echando bocanadas de humo y creyéndose un Alejandro. Ha ganado la apuesta; es decir, ha ganado la batalla.

La apuesta consiste en una comida. Juanito ha convencido á su mamá de que debe comer en casa de un amiguito, ni más ni ménos que los otros. Dirígense todos á

Digitized by Google

una fonda, donde se sirven cubiertos al alcance de sus bolsillos.

III.

Vierais allí á mis *hombrecillos*, dando todos á un tiempo golpes en la mesa, llamando al mozo con voces destempladas; pegando en los vasos con las hojas de los cuchillos y echándose el sombrero hácia atras y frotándose las manos, como quien se prepara á una operacion de grave importancia.

Vierais allí á Juanillo, bebiendo y hablando y gesticulando más que todos juntos, y eso que todos hablan y beben de lo lindo; viéraisle, dando á su cigarro cuantas posturas y vueltas han estudiado los hombres *de verdad*, y martirizando más que nunca su bigote *en proyecto*.

Pero como los postizos hombres, por más que lo deseen, no pueden dejar de ser niños, revelan su condicion, al fin, con alguna grande impertinencia.

Y allí tienen VV. á los cinco héroes haciendo bolitas de pan y viendo quién da ántes al sombrero de un pobre viejo, que en la mesa de enfrente come con calma y apetito.

Apetito y calma pierde el buen hombre al descubrir las intenciones de aquella gentecilla, por una bola que le da en la nariz y que rebota en el plato. Pega un puñetazo en la mesa, paga con malos modos su cubierto, y sale, jurando no volver á una fonda en que se sirven chuletas á los que debieran estar comiendo papilla.

Digitized by Google

Perdido el objeto de la diversion de los rapazuelos, vuelven los *hombrecillos*, con aire de querer dejar el diminutivo, á dar entradas al vino y salida al humo de sus eternos cigarros, y dispónese, al fin, el pago del gasto, empeñándose reñidísima disputa sobre quién ha de ser el que recoja los cuartos y los entregue al mozo.

Triunfa al cabo el *Maranilla* primero, y entréganle entre los demas hasta cuarenta reales, que es el importe de los cinco cubiertos, y que le alargan con disimulo por debajo de la mesa.

Juanillo se pone grave; ahueca la voz cuanto puede; llama al mozo, despues de meter el dinero en el bolsillo; pregunta por el importe *de todo;* dícele el mozo que cuarenta reales, y, sacando él los dos duros del escote y añadiendo ocho cuartos, en calidad de propina, los entrega al mozo, que tiene que taparse la boca con el paño de limpiar, para que aquellos *caballeros* no vean la risa que ya en los labios le retoza.

IV.

Salen *mis hombres* de la fonda y se dirigen á un café de los más céntricos de Madrid, y buscan una mesa, precisamente en el centro del café, porque no es cosa de andar por los rincones, mozos que han de hacer sudar tinta á la imprenta y enronquecer de fatiga á las cien trompas de la fama.

En la mesa contigua, hállanse dos caballeros con dos hermosas señoras, rubia la una y la otra morena, la cual, por su desgracia de proximidad, tiene que oir á

Digitized by Google

Juanillo el imperturbable, todos los piropos del diccionario galante de los requebradores de su criada, y aún puede dar gracias á la compañía que no se le insinúe con algun pellizco expresivo.

Pronto el café puro y las copas de cognac hicieron su efecto, y sapos y culebras salieron á borbotones de los labios *inocentes*, enrojeciéndose las mejillas de las pudorosas damas y atufándose las narices de los prudentes caballeros y del mozo que los sirvió, hombre que deja descubrir su mucha filosofía en una enorme y brillante calva.

Acuérdanse al fin mis héroes de que son niños, y, si no tiran bolitas como en la fonda, empiezan á hacer experimentos, apostando quién vuelve mejor el vaso boca abajo con el líquido dentro. Arremángase Juanillo con el aire de un prestidigitador ó de un ayudante de cátedra de química, y tales vueltas da al vaso, sin dejar un momento el puro, que á la señora morena la pone hecha una lástima de agua y ceniza, precisándola á levantarse de mal talante y á dirigirse al extremo opuesto de la mesa.

Nótalo el mozo de la reverente calva, así como las miradas furiosas de los caballeros, y, perdiendo su natural filosofía, se acerca resueltamente á los muchachos, cóbrales *à fortiori* el gasto y, murmurando el consabido *quien con niños se acuesta*, echa del café á aquellos demonios, con lo cual las señoras y los caballeros quedan como en la gloria.

VI.

Así concluye para los *hombrecillos* una de sus más

Digitized by Google

brillantes campañas, que empezaron, como todas, dando la mano á sus artes de hombres, y á la que, como á todas, dan fin metiendo su patita de chiquillos mal educados.

La educacion, sí; la mala educacion es la que forma esa clase de piratillas callejeros que, acostumbrados á salirse con sus gustos cumplidos, por abandono, por condescendencia ó por orgullo inocente y mal entendido de los padres, llegan á ser donde quiera una terrible calamidad, y miembros, no ya inútiles, sino perjudicialísimos á la sociedad en que viven.

La mayor parte de lo que en este boceto aparece es histórico, y aseguro que la copia es más pálida que el original; pues hay colores tan subidos, que, áun tomados de la verdad pura, aparecerian inverosímiles en el lienzo.

Entre la tirantez y rigorismo de los padres de antaño, que llevaban de la mano á los mozos barbudos, y la flojedad y condescendencia de muchos padres de ogaño, que tienen á los niños dejados de su mano y de la mano de Dios, hay un término, que es el que adopta el cariño verdadero y la sábia prudencia de un buen padre.

Odioso era aquel espíritu de represion que producia á la sociedad hombres que babeaban; pero es más odioso aún el espíritu de independencia absoluta y de repugnante tolerancia, que nos regala frecuentemente *niños terribles*, niños hombreadores, *hombrecillos*.

1864.

Digitized by Google

LOS FARSANTES.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS FARSANTES.

I.

Nuestros padres dicen que ésta es la época de la farsa.

Los padres de nuestros padres dijeron en tiempo de éstos lo mismo, y es fama que los abuelos de los que nos dieron el sér no se mordieron la lengua para decir una cosa parecida de los felices dias en que sus hijos empezaban á peinarse el bigote.

De lo que se deduce que el orígen de la farsa se pierde *en la oscuridad de los tiempos*, frasecilla con que suelen salir bonitamente del paso los historiadores, cuando, al buscar el orígen de un pueblo, no encuentran un triste dato que, alegrándolos con su luz, disipe las tinieblas que los envuelven en los senderos por que caminan á tientas.

Que la vanidad es un achaque harto frecuente de la flaca naturaleza humana, es innegable. Que hija de la vanidad suele ser la farsa, no hay quien lo dude, y si le hay, háyale en buen hora. Que los farsantes pertenecen á todos los tiempos, debe, pues, creerse, y no me opongo tampoco á que no se crea, pues bien se estará la fe donde deba estar y la razon en quien la tuviere.

Digitized by Google

Dejaré, pues, que el orígen de la farsa se pierda en el fondo del corazon humano, ó *en la oscuridad de los tiempos*, que todo viene á ser oscuro; y, al fin, yo no soy el historiador que busca *orígenes*, sino el pintor *de género* que busca *originales*.

¿Hay farsantes? Sí. Pues basta; no necesito más. Los hay en que la farsa constituye el carácter, si no constituye una costumbre, una *mala costumbre*, con más fuerza que una buena ley. Y, por cierto, que todos los dias de Dios están saliendo leyes para matar costumbres, y, cuando las leyes no salen ya muertas, las costumbres se encargan de quitarles la vida.

No todas las farsas nacen de la vanidad; pero á la que nace de la vanidad me dirijo principalmente.

Yo bien sé que hay farsantes por ambicion; y ahí está mi amigo D. Lúcas, que por no dejar de ser ministro, nos vende una cadena con el título de libertad. Y el bueno de D. Inocente, que predica el ayuno por comer á dos carrillos; especie de diablo predicador que se tapa con la cruz, por si halla un tonto que no le conozca y que le ponga en un altar.

La avaricia ha hecho farsante á un pobre diablo que yo conozco y ustedes acaso traten, que el primer capital que poseyó fué el tal pecado, y hasta el punto en que se despertó en él el vicio, habia perseguido y condenado la farsa con toda la fuerza de sus pulmones y con todo el vigor y dureza de su brillante pluma de acero.

Buscó dinero, y encontrándolo en una respetable señora que esperaba el santo advenimiento del amor, cu-

Digitized by Google

brióse con las alas del travieso Cupido y se presentó más enamorado que el enamorado Macías. El pájaro fué *al grano* y cazó á la pájara con liga; con la liga de la farsa.

Por afan de popularidad, ¿no conocen ustedes ningun farsante? Pues ahí les presento á ustedes al caballero D. Angel, que en su casa es un domonio que trata á los criados y hasta á la mujer como esclavos, en guerra con todos, y que en la tribuna y en la prensa habla dulcemente de fraternidad humana; que en la portada de sus libros se quita el *don* y que de puertas adentro se hace llamar *usía;* que es un aristócrata impertinente con titulillos de demócrata.

II.

¿Conocen ustedes la farsa por hambre? ¿No? Pues tengo la triste gracia de presentarles á D. Desiderio Constante Flato, caballero pobrísimo de recursos pecuniarios, pero digno de mejor suerte por los recursos de su feliz ingenio, con que, á pesar de la necesidad, aparece casi siempre alegre, habiendo llegado á proponerse el bueno de D. Desiderio dejar por embusteros á sus dos apellidos, que desde la cuna empezaron á anunciarle las eternas soledades que á su estómago esperaban.

El Sr. D. Desiderio cumple perfectamente su propósito, y si el flato no deja de ser flato, al ménos deja de ser *constante* y pasa á ser intermitente, pues el estómago del pobrecito señor desaloja con frecuencia el aire para dar hospedaje á manjares suculentos.

Es mucho el ingenio de D. Desiderio. ¡Con qué facilidad maneja la *farsa!*

Digitized by Google

Don Desiderio aparece en los saloncillos de los teatros cuando acaba de tener lugar el triunfo de un poeta, y en el instante en que la mano de éste es estrechada por ciento. Don Desiderio huele una cena y abraza con la efusion de un antiguo amigo al laureado vate, que, en medio de la fascinacion de la gloria, reconoce la amistad de todo sér humano.

Don Desiderio cena, brinda, canta, bendice el éxito de la farsa dramática del aplaudido autor que el éxito de su propia *farsa* corona, y el entusiasmo *de corazon* no deja percibir á sus amigos *verdaderos* que allí hay un entusiasmo que nace sólo de un *estómago agradecido.*

Don Desiderio, que no tiene opinion política porque el hambre no se lo permite, en lo que conozco muchos políticos parecidos á D. Desiderio, se declara desde luégo partidario de todos los partidos de que él pueda sacar alguno.

¿Hay un banquete democrático? Trazas se dará para presentarse, en virtud del *sufragio universal.* ¿Comen los progresistas, *retraidos* y todo? Pues *no se retraerá* de comer con los progresistas. ¿Come *la union liberal?* Se *unirá* y ¡viva el duque! ¿Comen los *moderados?* Se *moderará,* ménos en el comer, y... ¡viva el otro duque! Y si unos y otros le mandan hablar, D. Desiderio consultará su hambre y, si es mucha, se callará y seguirá comiendo, por aquello de *oveja que bala, bocado pierde.*

Y ¡siga la *farsa,* Desiderios; que, para ella, no hay mejor ingenio que la falta de vergüenza y la sobra de hambre.

Digitized by Google

III.

Embadurnado el fondo con los brochazos que preceden, hagamos, con brochazos parecidos, que se destaque la nobilísima figura que de reserva se halla en el estudio y que es un farsante por vanidad, que da quince y falta en punto á desvergüenza á todos los farsantes que va dejando á la espalda, y eso que pecho se necesita para aventajar á los Desiderios.

¡Miren ustedes qué hermoso es mi amigo D. Pepito Trapalon Intruso! Acaba de levantarse, y ya empieza á dar tormento al espejo, colocándolo á todas luces para contemplarse á todas ellas y ver á cuál aparece con más esplendor su belleza que, para él, traspasa los límites de lo humano. Don Pepito hace seis años que cumplió los cuarenta, y en punto á fatuidad sigue tan incorregible como á los veinte. Don Pepito ni es calvo ni descubre todavía una cana; verdad es que todavía no ha tenido que rascarse una vez la cabeza para discurrir, ni siquiera una mentira, porque las mentiras son ya en él tan naturales como impropias la aprension y la vergüenza: y, por otra parte, aunque *no huye el mundanal ruido*, él hace muy *descansada vida*, si bien para otro sería de fatiga y tormento, porque, francamente, se necesita *nacer* para hacer la vida de D. Pepito.

Don Pepito tiene que cuidar especialmente dos cosas en su redonda cara; las guías de su bigote, que han de estar siempre engomadas y tiesas y, si puede ser, en forma de sortijillas, y la expresion de sus ojos, que han

Digitized by Google

de parecer árabes á tiro de ballesta y áun á tiro de cañon. Porque ademas de pretender seducir con sus ojos, D. Pepito pretende que sus ojos revelan su raza; como que no hay quien le apee de que por sus venas corre la sangre de los Zegríes ó Abencerrajes.

Don Pepito monta á caballo y tira la pistola y el florete y el sable, y en las reuniones á que asiste, entre señoras sobre todo, se descuelga con relatos de sus heroicidades, en que se ven los potros cerriles y casi salvajes domeñados y hechos unos corderos en cuanto *sienten* la mano y las rodillas de nuestro D. Pepito; las complicadísimas armas de la *nobleza africana* del héroe, dibujadas en una pared por los plomos de su pistola y á treinta pasos de distancia; escuadrones enteros de expertos y valientes oficiales desarmados por su invencible brazo.

IV.

La farsa de D. Pepito tiene mucho de inocente; y así no hablen ustedes delante de él de ningun personaje, porque en seguida manifestará la amistad que el dicho personaje le profesa, y hasta les contará á ustedes las veces que comió con él y las partidas de caza en que se hallaron juntos.

No hay poeta laureado que no le haya leido el drama ántes del triunfo, ni pintor de nota que no le consulte particularmente ántes de presentar el cuadro en la pública exposicion, ni compositor músico que no le hiciese oir la partitura de la ópera ántes de ser aplaudida.

En su álbum, que nadie ha llegado á ver, tiene notas

Digitized by Google

autógrafas de Rosini; bocetos de Gisbert; versos inéditos de Zorrilla.

Don Pepito va y viene, entra y sale, con la seguridad de que no pasa desapercibido de ninguna mujer que algo valga, y áun de que las más hermosas sienten en su alma el fuego de sus ojos árabes y dejan el corazon colgado de las aguzadas guías de su bigote.

Para que ustedes admiren más á D. Pepito, les diré que está casado; se casó por tener mujer y por una de las complicaciones de su farsa, que no son para dichas.

No se pasmen si les digo á ustedes que tiene hijos. ¡Y qué lastima sería que D. Pepito muriera sin herederos de su gloria! Porque hay glorias que no deben extinguirse en una familia cuyo orígen se remonta á los tiempos de la restauracion, y cuyo héroe ha hecho sudar tinta á la imprenta y sudar tambien á cuantos se vieron obligados á escuchar sus inauditas aventuras.

¡Oh! No se curen ustedes de contar los Lúcas, los Ángeles, los Desiderios y los Pepitos que, como una plaga, vienen lloviendo sobre esta bonachona patria en los tiempos que por suerte nos tocaron; porque si á contar nos detenemos, concluirémos por convenir con nuestros padres en que, esta y no otra, es la verdadera época de *la farsa*.

1864.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS CATADORES.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS CATADORES.

I.

Tengo la honra (si honra puede caber en ello) de presentar á usted unos solemnes bribones; los pícaros de ménos vergüenza, más despojados de aprension y más acaudalados de malas mañas que cubre la capa del cielo y que sustenta la tierra, y eso que esta madraza se ha dado hace tiempo á criar á sus pechos á tunantes bastante capaces de haberla matado á sustos, si, desde Caín, no estuviera ya la buena señora radicalmente curada de espantos.

Suelen los *catadores* de pura sangre revelarse desde muchachos en sus malas mañas y sus endiabladas artes, que conservan cuando hombres, hasta en cosas que denotan puerilidad é inocencia.

Luis, hijo de excelentes padres, es un golosillo *de gorra;* es decir, que ademas de gastar gorra, porque todavía es niño, gusta de comer frutas y dulces sin gastar un cuarto.

Luisito suele ir á la plaza muy formal y acercarse á los puestos de frutas, metiendo la mano en el bolsillo y

Digitized by Google

haciendo sonar los cuartos que lleva, que nunca son muchos, para inspirar confianza á los vendedores.

—¿A cómo son estas peras?

—A ocho.

—Carillas son: no me parecen cosa de tanto.

—Pruébalas y verás, hijo mio; son cosa buena—le dice la pobre vendedora de peras, esperando que la sabrosa fruta hará salir á relucir los cuartos del rapaz.

Luisito echa el diente á una pera, con aire de forzado por las circunstancias, masca y saborea despacio un cacho y otro y otro, escupe al final un pedacito del pellejo, avinagrando el gesto un tanto, y dice:

—Un poquillo amargan, buena mujer.

—No puede ser. Si son como la miel, hijo mio. Vaya, te pondré una librita.

—Si me las arregla usted, despues daré por aquí una vuelta.

Y el *catador* Luisito da, efectivamente, una vuelta por todos los puestos; y aquí y allá, y allá como aquí, en unas partes peras y en otras ciruelas, y en otras cerezas y guindas (¡échele usted guindas!), se va poniendo el cuerpo bueno á cataduras y se halla, al fin, en disposicion de dar una hoja al *Diario de Avisos*, con todos los precios de las frutas del mercado y con la expresion de la calidad, que es lo más importante, al ménos para él, y todo sin haber sacrificado un ochavo miserable.

II.

—Al buen requeson..... de Miraflores..... y á prueba.

Digitized by Google

¿*A prueba*, ha dicho? Aquí de nuestro Luis, que ya va siendo talludito y que conserva siempre la táctica de hacer que suenen los cuartos cerca de los comerciantes de su devocion.

—¡Eh, buen hombre! A ver, baje usted la cesta.

—Mire usted, señorito, ésta es la gloria de Dios. El requeson se confunde con el paño que le cubre y el paño con el requeson; todo es nieve pura.

—¿De Miraflores?

—Legítimo de la Sierra.

—¿A cómo?

—Por cuatro cuartos un cuarteron.

—¿Dos reales ménos dos ochavos la libra? Carillo me parece, por cierto.

—Pero, señorito; ¿así desprecia usted la gloria de Dios? Pruébelo, y si no se come detras la cesta, por mí es la cuenta, señorito.

Y ya iba á partir una tajadita el requesonero; pero Luis se adelantó á *catar* con el dedo, y tal prisa se dió, tanto menudeó las dedadas, que con las pruebas se iba la cesta, como con razon temia el hombre.

—Basta ya para prueba, dijo éste, al fin, un tantico escamado. ¿Cuánto peso?

—¿Usted? Podrá pesar siete arrobas.

—Quiero decir, que cuánto requeson le pongo; que cuánto lleva.

—¡Ah! bastante llevo ya. Debia estar algo agriada la leche.

—Así le siente como rejalgar de lo fino.—Al buen requeson..... de Miraflores..... de la Sierra!

Digitized by Google

No le quedó gana al requesonero de gritar otra vez «de Miraflores y *á prueba.*»

Los melones que Luis ha hecho *calar* en la plazuela de Santo Domingo no tienen cuento. Y, de *cala* en *cala*, se hincha hasta *calarse* de agua de melon el vientre, dejando el uno por verde, el otro por pasado y por poco pesado el otro, y todos por la razon sencilla de que el buen *catador* nunca es comprador.

A Luis le gusta mucho el lomo frito; pero la madre de Luis no está por lo caro, y una librita de lomo cuesta un ojo de la cara. Luis quiso almorzar lomo cierto dia, y creyó que era cosa *corriente*, como las peras y el requeson.

—¿Cuánto cuesta la libra de lomo, buen hombre?

—Tanto.

—Eche usted media libra.

—Ahí tiene usted, señorito.

—Voy á ver si echan esto en la sarten, y, si sale bien la prueba, por aquí vendrémos *á comprar*.....

—Usted perdone, señorito; aquí no se fía.

—Si esto es para probar.....

—¿Sí, eh? Lo que usted está probando ya es que es un pícaro *de tomo y lomo.*

—Pues *tomar el lomo* á prueba es lo que yo quiero; que, por lo demas, Dios me libre!....

—Pues ya está usted libre del lomo por esta vez. Con que, andandito, y usted perdone, y cuenta con ir á probar lomo donde salga usted deslomado.

Luisito se quedó sin comer lomo, porque, como no estaba á prueba, no podia *catar.*

Digitized by Google

III.

Luis tiene ya veinticuatro años. Ha logrado adquirir en el mundo muchos vicios, pero no ha podido despojarse de sus arraigadas mañas de *catador*.

Luis va á las *timbas* sin un cuarto, y juega; no lleva un cigarro en la petaca, y fuma; entra en el café, lo toma siempre y nunca paga. Luis es un solemne *gorrista* de sombrero de copa.

En el café se acerca á la mesa donde lo toma un amigo; empieza por catar el agua con un terroncito de azúcar, y concluye por echarse al coleto un gran sorbo de café y la mitad de la copita de marrasquino y coñac.

Para fumar, acostumbra sacar su petaca eternamente vacía, lamentándose de aquella *vaciedad* delante de sus amigos, que le ofrecen cigarrillo ó puro, con lo cual, excusado es decir que Luis *prueba de todo*.

En las casas de juego, *prueba* fortuna con el dinero con que *le arma* el amigo ganancioso; y, si no hay amigos, capaz es de *levantar un muerto*, sólo por *probar* la paciencia del prójimo.

Pero donde los *catadores* encuentran ancho campo (¡qué lástima de verde!) es en el campo del amor, en el que puede asegurarse que son más perjudiciales que la langosta en los otros.

Invaden el campo y lo talan, casi sin apercibirse la víctima. Los *catadores* son, por lo general, muy formales y muy finos, y sabido es que la formalidad y la finura son circunstancias muy apreciadas.

Digitized by Google

Luis se acerca asíduamente á Juanita con tanta formalidad y tan exquisita finura, que la mamá de Juanita creeria agraviar gravemente á Luis, preguntándole *con qué fin* se acerca á su hija.

Por eso no se lo pregunta. Cuando Luis se acerca á Juanita con tan buenos medios, no puede ménos de acercarse con un fin santo.

La confianza da la ocasion, y la ocasion hace al ladron, como es sabido. Bien es verdad que Luis, como todos los *catadores*, no necesita que le hagan. Há largo tiempo que, á su modo, es un ladronzuelo hecho, y no diré que derecho, pues sus mañas me parecen torcidas, aviesas y arteras en grado superlativo.

Desde los puestos de fruta, donde *probaba* las peras y las guindas, al gabinete donde *cata* en sabrosas pláticas el dulce amor de Juanita, hay, con permiso, diez ó doce años de distancia.

El *catador* es el mismo; pero el género varía. Esta ya es harina de otro costal. Acostumbrado el caballerito don Luis á catar peras, no teme que ahora venga quien *se las ponga á cuarto.*

El *catador* que, al acercarse á los puestos, hacía sonar los cuartos que llevaba en el bolsillo, hace hoy que suene al oido de una niña inocente la miserable calderilla de palabras falsas y de vanas protestas, que lleva siempre de reserva el demonio de la traicion.

El *catador* de fruta la saboreaba, y arrojaba al fin un poco de pellejo, para poder decir que amargaba y seguir adelante. El catador de amor saca el jugo de la seduccion, le paladea dulcemente, y, arrojando el amargo

Digitized by Google

desengaño en el incauto pecho, sigue su camino, imponiendo silencio á la víctima y estrechando la mano de los confiados, despojados de la honra.

Y ahí tienen ustedes por qué los *catadores*, los hipócritas, encubiertos por sus artes, son mil veces más perjudiciales que los aventureros de noble raza, que saltan y escalan: porque éstos dan la señal del combate, y, como se les ve venir, se pueden evitar más fácilmente.

IV.

Por fortuna, no siempre salen los *catadores* tan bien librados, ni áun con las niñas inocentes, cuanto más con las mujeres avisadas, entre las que hay algunas capaces de quemar el hocico al *catador* más juicioso y fino del mundo.

Dígalo nuestro don Luisito, que vió no hace muchos dias una señora, cuyo amor halló más difícil de *catarse* que el mismo lomo de antaño. Clotilde, que adora á su marido, es más que su marido adorable, no sólo por su hermosura, sino tambien por el talento que le adorna y con el que sabe salir á las mil maravillas de los más graves compromisos.

Clotilde aparece deslumbradora, acompañada de su marido, en la Fuente Castellana; y como el buen *catador* no puede faltar donde aparece la rica fruta, *cátate* á Periquillo hecho fraile, esto es, *caten* ustedes á mi don Luis hecho una pura jalea, que *llega*, *ve* y desea *vencer*, por no ser ménos que el gran capitan romano.

Don Luis se arregla entre sus relaciones de modo que aquella misma noche es presentado en casa de Clotilde,

Digitized by Google

en la que entra con la acostumbrada suavidad. A los ocho dias de visitas, Clotilde y su marido, que no tiene pelo de tonto, calan las intenciones del que tantos melones habia *calado* en las plazuelas de Madrid. Fraguan su plan; arman una trampa al raposo, y cierta noche que, muy seguro de catar, se acerca con el hocico aguzado como si el olorcillo del lomo de antaño le diese en la nariz..... .../*cata*plum! cae en la trampa, y es deslomado á palos por los criados de Clotilde, que tiene con su esposo la noche de más extremado regocijo.

Los *catadores* suelen verse tambien en la situacion de aquel aficionado á aguardiente, que allí, donde se trasegaba una pipa, llegaba, se sentaba con un panecillo, y se lo echaba al cuerpo, *remojado en el olor del líquido*, engañando al gusto con los privilegios del olfato.

No confundan ustedes, por Dios, al aventurero que se lanza abiertamente á probar fuerzas y fortuna, con el fullero que *cata* suciamente. Aquél podrá ser ladron de honras; pero éste es ratero. El uno asaltará las casas armado de pistola y cuchillo de monte; pero el otro se introduce en silencio, armado de la ganzúa y de la lima sorda.

El uno es malo; pero el otro es peor. Los dos son peores en definitiva, y debemos optar por quedarnos sin ninguno.

Con que, adios, lector amigo, y él te bendiga y bendiga tu casa y la libre de la terrible plaga de los *catadores*.

1864.

Digitized by Google

LAS CLASES.

Digitized by Google

Digitized by Google

LAS CLASES.

I.

El que haya oido á los personajes de *El último mono*, delicioso pasillo cómico-filosófico de Serra, exclamar con altivo despecho y egoismo refinado, y en el tono más claro de alarma: «pero, señor, ¿qué es esto? ¡Ya no *hay clases!*....», sin duda se habrá dado cuenta cándidamente de que sólo mirando *hácia arriba* se encuentra que *las hay*, si es que de ello no estaba convencido ántes de ver el pasillo; por los muchos *pasos* que habrá presenciado en el teatro del mundo, y por algo que, en circunstancias dadas, habrá pasado de seguro en su propio corazon, en la larga comedia de la vida.

¿No te parece que *hay clases?* Dímelo con franqueza, ilustrado lector, y perdona si te adulo al suponer que perteneces á la *clase ilustrada*.

—No hay de qué, me parece oirte decir por cortesía y delicadeza; y una voz que solo tú oyes, repite dentro de tí: «No hay de qué», como si dijera: «no hay adulacion, todo es justicia.»

Y ¿sabes, amigo lector, de quién es esa voz dulce, que muchas veces habrás oido y que seguirás oyendo cuantos

Digitized by Google

años te dé Dios de vida, que largos sean y de prosperidad colmados los encuentres? Pues esa voz, lector del alma, es la voz del caballero amor propio; del señor más antisocialista que he conocido; del pícaro que está más empeñado en que *haya clases*, y que hoy, como ántes, como siempre, se sale con la suya.

Y entiende que yo no echo toda la culpa al amor propio que se llama orgullo, sino tambien al propio amor, que se llama egoismo. Amor *propio*, interes *propio*, provecho *propio*, todo es *propio* cuando se trata de clases.

Con toda esta jerigonza de palabras que llevo escritas por afan de digresionar, ustedes se habrán quedado tan á oscuras como estaban ántes de leerlas, acerca de mis intenciones.

No intento, ciertamente, destruir la escala social, para que todos quedemos al mismo nivel; no quiero demostrar (¡Dios me libre!) que podemos ser todos *iguales* socialmente; deseo sólo manifestar que podiamos, y áun debiamos, ser *más hermanos*.

No habrá armonía en los colores del cuadro, y el lienzo, sin embargo, buscará su apoyo en el caballete de la fraternidad, colocado á la luz suave de la ley, de la ley divina, se entiende; porque la humana, ni puede ejercer su fuerza en las figuras, ni haria ver el *algo* que debemos buscar en el fondo.

Al escribir yo el epígrafe *Las clases*, me propuse poner á la vista, aunque á la vista del más topo se encuentra, la *mala costumbre*, que en gentes de todas las *clases* existe arraigada, de gritar insolentemente á aquellos que

Digitized by Google

ven un poco más abajo, como para aturdirlos con el estrépito de su soberbia, metiéndose la mano en el bolsillo, cuando se la piden para dar un pasito ascendente que á ellos los aproxime.

Las *clases* son necesarias para la vida social; pero las clases no deben exasperar á las clases, arrojándose á la cara, de lo alto á lo bajo, los títulos de distancias, como carteles en que quisieran presentarse aquella frase terrible de la *Divina Comedia*: «Abandonad toda esperanza.»

No coloquemos en nuestra puerta rótulos arrancados de las puertas del infierno, y pensemos piadosamente en Aquél que, desde el cielo, abate á los soberbios y eleva á los humildes.

II.

El amor, que dicen que todo lo vence, ha hecho en muchas ocasiones el milagro de unir *las clases* más distantes. Pero cuando entre los enamorados se levanta el fantasma frio del orgullo, al que nada importa el calor de dos corazones, el amor se convence de que *no lo vence todo* y hasta se llega á dar por vencido.

Don César Cifuentes, que ha bebido riquísimos caudales en las fuentes de la inspiracion, profesando con el más brillante éxito una de las artes liberales, es un caballero jóven, eminentemente *liberal*, como todo verdadero artista, que, si con las sublimes aspiraciones del arte pudiera obligar á la naturaleza, ya hubiera realizado su bello ideal de la sincera é íntima fraternidad hu-

Digitized by Google

mana por los nobles medios del mérito y la virtud, y sin reparar en peldaño más ó ménos de altura, ni en rollo más ó ménos de pergamino, ni en cifra mayor ó menor de numerario.

Don César Cifuentes, á quien un tanto velan el fondo del corazon humano las impalpables gasas de sus sueños de color de rosa, cree ciegamente que, si nobleza obliga, en cuenta han de tenerse los blasones del arte, si ya no fuesen suficientes los timbres de un alma noble y la patente de un corazon leal y honrado.

La fe de nuestro D. César hace que éste no oculte su amor profundo á la señorita Esperanza, hija única del Conde de la Estrella, grande de España de primera clase, aunque por el engrandecimiento de España nada hizo, y gran cruz de todas las creadas y por crear, ménos de la de Puerta Cerrada, que es la que precisamente le conviene, atendida la verdadera *grandeza* del señor Conde.

La señorita Esperanza acepta con mil amores el amor del caballero Cifuentes, que cerca se halla de volverse loco de ventura, creyendo que ya tiene la sarten por el mango, sin acordarse de que áun falta el rabo por desollar y que hay que contar con la huéspeda del papá, aunque el amor de la niña es un excelente huésped.

La señorita Esperanza, á quien tienen encantada los resplandores de gloria del caballero artista, dice á éste en un importante y decisivo coloquio que, *por ella*, muy bueno y muy santo sería el santo matrimonio; pero que ántes de llegar á la Vicaría y á los piés del cura es preciso pasar por el despacho del Conde y recibir la bendi-

Digitized by Google

cion paternal. Y aquí tienen ustedes la huéspeda con que no habia contado el bueno de Cifuentes.

Cifuentes se presenta al Conde con las mejores formas y confiado en el fondo en la justicia que asiste á sus pretensiones, dadas sus teorías sobre los timbres del arte y de la legítima nobleza del alma.

—Beso á V. la mano, Sr. Conde.

—Beso á V. la suya, señor mio. ¿Qué tiene V. que mandar?

—¿Mandar? Nada. Tengo que suplicar...

—¿Suplicar?... Usted dirá.

—Para decirlo sin rodeos y con la franqueza que me caracteriza, yo amo á su hija Esperanza y vengo á pedir á V. su mano.

—La franqueza de V., caballero, me ha sorprendido, y su súplica me conmueve profundamente. Evitando rodeos, de que tampoco gusto, y dando por supuesto que cuenta V. con el cariño de Esperanza, ¿me dirá V. con qué otras cosas cuenta?

—Con un nombre intachable, con mis blasones de artista y con mi nobleza de alma.

—No seré yo quien tache su nombre, ni quien ponga en duda su nobleza de alma. Pero los blasones del arte no son para colocados en la portada de una casa ni en la portezuela de un carruaje, ni creo que vengan acompañados de rentas suficientes para sostener en su rango á la que será Condesa de la Estrella. ¿Cuenta V. con álgo más?

—¡Señor Conde!

—¡Señor mio!...

Digitized by Google

—Creí siempre que los presentados fuesen bastantes títulos para...

—Usted me ofende y ofende á *mi clase.*

Cifuentes se empeña en hacer ver al Conde de la Estrella que él es el ofendido, mostrándole en un brillante discurso ejemplos históricos de alianzas hechas entre la nobleza de la sangre y la del arte; entre los blasones heredados y los adquiridos con el talento. Pero como la *clase ilustre* no suele ser la más *ilustrada*, el Conde se rie de la historia, que desconoce, y, dejándose de cuentos, vuelve á las cuentas.

—Todo eso está muy bien, replica. Pero repito que si usted cuenta con algo más.

—Con mi fe para el trabajo y mi esperanza de un brillante porvenir.

—Pues, amigo mio, siento no tener bastante caridad para que quedasen de ese modo en mi casa las tres virtudes teologales. Y en cuanto á mi hija Esperanza, pésame que no pueda V. contarla entre las esperanzas que forman su recomendable patrimonio. Pero, ¿qué quiere usted? ¡Mi rango!... ¡Mi *clase!*...

Cifuentes sale de casa del Conde de la Estrella, maldiciendo la negra y fatal que le persigue. El Conde enjuga las lágrimas de su hija, á quien *consuela* casándola con el Baron de la Luna, sexagenario, gotoso, sin un pelo en la cabeza y con algunos de tonto en la punta de la nariz; pero cuyo título está, por lo astronómico, tan alto por lo ménos, como el del Conde de la Estrella, cuya *clase* se da por honrada con la gota, la calva y la tontería del señor Baron.

Digitized by Google

En pleno siglo XIX la conducta del Conde de la Estrella no puede ménos de condenarse como hija de la *mala costumbre*.

El caballero Cifuentes hubiera hecho feliz á Esperanza con su amor, y con su talento y su genio hubiera aumentado las rentas del Conde de la Estrella.

Pero *¡la clase!*...

El Baron de la Luna hace ir en menguante las gracias de Esperanza, y apaga con la gota el brillo de su hermosura, y con su baba de caracol marchita la flor de la juventud de la Condesita, y hasta con sus achaques y tonterías consume las rentas del condado.

Pero *¡la clase!*...

Ahora bien; yo no intento, como llevo dicho, destruir la escala social para que *todos* quedemos al mismo nivel; porque entónces, más que hoy, resaltarian las *desigualdades* y sería cosa de desesperarse y de andar á calabazadas al verse el sabio con las consideraciones del ignorante, el trabajador y activo tan medrado como el que se tumbase á la bartola, y el honrado y pundonoroso por las mismas regiones que el que toda su vida hubiese llevado el alma á la espalda. Pero ¿será posible que, cuando el progreso viene haciendo tan grandes conquistas, no acabe de disipar el humo de las rancias preocupaciones sociales? ¿Por qué los Condes de la Estrella, que no brillan sino por la luz *que reciben*, no han de abrir los ojos ante los resplandores vivos de esos otros astros que tienen *luz propia?* ¿Por qué han de desesperar á los Cifuentes con los gritos de su infundada soberbia, en vez de darles la mano, para llevar así á las

Digitized by Google

muertas glorias de su casa la *vida* que nunca conocieron?

Haya clases, en buen hora; pero fraternicen por los nobles medios del mérito y la virtud.

El injusto espíritu *de clase* conspira en muchas ocasiones contra el éxito de la aspiracion de las clases mismas. Dejemos los salones del Conde de la Estrella, y entremos en los claustros de las Universidades, donde, si falta *el lustre*, germina y se ve crecer el árbol de la *ilustracion*.

Los estudiantes, que tienen fama de *unidos* y *liberales*, aunque, políticamente, no pertenezcan á la *union liberal;* los estudiantes, que son los que, por regla general, quisieran, más que otros, que no hubiera *clases*, se proponen un dia manifestar al Gobierno lo preciso que se hace rebajar los derechos de matrículas, disminuir los años académicos y aumentar las garantías de porvenir en ciertas carreras que, hoy por hoy, producen ménos beneficios que una mala *carrera* de caballos. Los estudiantes se proponen tal vez algo más trascendental; quizás la reclamacion de una nueva ley de Instruccion pública, más conforme con el espíritu de la época.

Trátase de hacer una exposicion, y los estudiantes disputan y gritan, de modo que ninguno se entiende, y hasta hay palos, que muchos sienten en sus costillas, sobre si ha de ser de ésta ó de la otra *clase* el estudiante que redactè el documento; sobre si han de ser de estas ó de las otras *clases* los individuos que han de formar la Comision que le presente; y al tratarse de firmar la exposicioncita, los *altos*, es decir, los de *facul-*

Digitized by Google

tad, excluyen, quizás desdeñosamente, á los que no lo son, sin pensar un instante que la union constituye la fuerza, y atendiendo sólo á la pícara condicion *de clase.*

El autor de estos bocetillos ha sido trece años estudiante, y los recuerdos de aquella alegre vida le unen cordialmente á la *clase* estudiantil; pero no lo bastante para hacerle injusto, declarándola exenta de una debilidad que constituye una *mala costumbre* del corazon humano. ¡Qué fuertes serian los estudiantes si venciesen aquella debilidad con el espíritu liberal, franco y noble que indudablemente los distingue!

III.

En un wagon de primera clase, las clases suelen confundirse.

La clase media, ya demasiado inclinada al lujo, lo es mayormente cuando su amor propio encuentra el pretexto de la comodidad.

Y en un wagon de primera ¡se viaja tan cómodamente! ¡Fuertes cristales en las ventanillas, que preservan del frio; cortinillas azules, que evitan las molestias del sol; mullidos almohadones en los asientos; caloríferos, que destruyen la influencia de las heladas!

Don Pedro Cabada, que en la montaña era conocido no hace muchos años por el tio Pedro de la Cabada, á quien han dado el *don* algunos piés de tierra, no puede renunciar á todas esas comodidades en su viaje á la córte, porque, si para sus convecinos ha subido un escalon,

Digitized by Google

conviene que el mundo le vea un par de ellos más arriba, sobre todo cuando asuntos de interes le llaman á Madrid.

Necesita un molino para su industria, y va á pedir al señor Ministro de Fomento el aprovechamiento de un rio.

Tiene un hijo que sabe leer y escribir bastante mal, y va, á pesar de su *don* y de sus piés de tierra, á solicitar un destinillo para el hijo. Por supuesto, va armado de sus correspondientes cartas de recomendacion.

El tren llega sin novedad á Valladolid á las once y media de la noche. Nada ha sucedido á D. Pedro digno de contarse. Pero en la estacion de Valladolid observa mucho movimiento, y ve por fin llegar tres caballeros, rodeados de otros muchos, que saludan y despiden respetuosamente al más anciano de los tres, con muestras de extraordinaria complacencia.

Los tres caballeros entran en el mismo wagon en que se halla tan á gusto Cabada.

—¡Adios, D. Antonio!... No deje V. de avisar por telégrama el resultado.

—¡Buen viaje, Sr. Aguiar!... ¡Qué gloria para la provincia si es de V. la cartera de Fomento!

La portezuela se cierra. Suena la campana de la estacion, responde el agudo y prolongado silbido de la máquina, y el tren empieza á marchar.

La curiosidad, el temor y la esperanza se han apoderado de Cabada al oir las exclamaciones con que han despedido en Valladolid al señor que tiene á su lado, á la derecha.

Digitized by Google

No cabe duda: se ha resuelto una modificacion ministerial, y el D. Antonio Aguiar tiene casi seguridad de ser ministro de Fomento. Y Cabada allí, codeándose con el D. Antonio, es decir, con el Excmo. Sr. D. Antonio, con el que ha de resolver su asunto de aprovechamiento de aguas y ha de proveer el destino vacante que conviene á su hijo.

Cabada se llega á mezclar en la conversacion del futuro ministro y sus dos compañeros; fuma un cigarro casi ministerial por gracia de D. Antonio, y la *igualdad de clase* hace para él del wagon un palacio árabe, y de aquella noche una de las más encantadas de los cuentos maravillosos.

Le parece inconveniente tratar de sus asuntos en el viaje, y se reserva. El sueño se apodera del excelentísimo en ciérnes, y se recuesta en el rincon que le cedió Cabada. Éste, mal acostumbrado, va entornándose poco á poco, hasta caer con suavidad sobre su Providencia.

¡Oh viaje! ¡Wagon comunista! ¡Noche protectora! ¡Socialista Morfeo! Vosotros haceis del ministro el colchon del pretendiente, y nos ofreceis al tio Pedro durmiendo sobre el Excmo. Sr. D. Antonio, contemplando en su dulce sueño el rápido movimiento de las ruedas de su molino y el tono de oficial de Administracion civil del bruto de su hijo.

«¡Ilusiones engañosas!»

Han pasado ocho dias. Las distancias se alargaron. Cabada está en Madrid, en una mediana casa de hués-

Digitized by Google

pedes. Aguiar es ya el excelentísimo señor Ministro de Fomento, y habita un magnífico palacio.

Cabada se ha fatigado corriendo á pié detras del coche de S. E., y se ha aburrido de esperar entre sus lacayos y entre los porteros y mozos del Ministerio.

Al fin ha logrado, como otro cualquiera, una audiencia.

Con el sombrero en la mano, á respetable distancia, y despues de mil reverencias, se atreve con voz turbada á recordar al ministro que fueron compañeros de viaje desde Valladolid.

—Sí, creo que sí; tengo una idea... Pero estoy extraordinariamente ocupado. Déjeme V. la nota de lo que usted pretende... y... verémos. Pásese V. por la secretaría dentro de quince ó veinte dias... Se hará lo que se pueda.

Cabada queda del todo desencantado en la audiencia. Lo que habia visto en sueños, durmiendo *sobre* el compañero de viaje, no lo cree enteramente sueño hasta que se ve *ante* el ministro.

Á los quince dias se confirma plenamente. El secretario particular de S. E. manifiesta á Cabada que el influjo de un personaje de elevada *clase* se ha llevado las aguas que necesitaba para su molino, y un padre de la patria, que vota con la mayoría, el destino que solicitaba para su hijo el mísero montañés.

Cabada arregla tristemente el equipaje y se vuelve á su pueblo en un wagon de segunda clase, convencido de que en los de primera se camina muy deprisa al desengaño.

Digitized by Google

IV.

Mi imaginacion descubre mil y mil episodios parecidos á los presentados, como si asistiera realmente á la comedia de la vida humana.

En todos esos episodios, la existencia de relacion entre las *clases* sociales ofrece detalles que á un mismo tiempo hacen reir y llorar, encarnándose con igual fuerza en el espíritu del observador los encontrados espíritus de Demócrito y Heráclito.

Caminemos, querido lector, al episodio final de la vida, que es la muerte. Vén conmigo á uno de esos entierros de gran acompañamiento.

Ya van llegando carruajes.

¿Ves aquel modesto coche *simon* que se acerca el primero al carro fúnebre? Dentro va, compungido, un pobre pariente, no heredero, del difunto.

Pero, mira; ya llegan el Conde de A, y el Marqués de B, y el Baron de X, con sus magníficas berlinas, y van echando atras al atribulado pariente con su *simon* modesto. Dicen que el dolor hace hermanos; pero el órden de *clases* no reconoce grados de dolor, y en esos entierros no impera el pesar oculto, sino *las clases*, ostentando sus títulos y arrojándoselos á la cara de lo alto á lo bajo, hasta en los últimos límites de la vida.

Pero ¿qué digo de límites de la vida? Entremos en la morada de los muertos, entremos... ¡Cuántas *clases* de sepultura!

Magníficos panteones; nichos con lápidas de mármol;

Digitized by Google

losas de tosca piedra; tierra cubierta de pobres cruces y de sencillas flores.

Dicen que la muerte nos hace hermanos. Desde lo alto á lo bajo; desde los soberbios panteones á la humilde tierra, los muertos, por mano de los vivos, se arrojan los títulos que tuvieron con coronas de todas clases, doradas inscripciones y brillantes epitafios.

Bajo los sauces y sobre el suelo, donde no se lee un nombre, y junto á las modestas cruces de palo, brotan las sencillas flores, cuyo perfume sube al cielo como una súplica á Aquel que abate á los soberbios y ensalza á los humildes.

1864.

Digitized by Google

COSTUMBRES LITERARIAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

COSTUMBRES LITERARIAS.

I.

GRATIS ET AMORE.

Grátis y con todo el amor de mi corazon quisiera poder presentarte, lector *carísimo*, este cuadrito de á cuarta, en que he de tratar de medir por varas la inocencia de muchos y la desvergüenza de no pocos, cuyas abigarradas figuras pertenecen á un mundo que tal vez tú no conozcas, y que yo, por mis pecados, me he visto obligado á conocer.

Mi mundo es el mundo de las letras, incobrables á veces *á la vista* ni á los mil años *vistas*, aunque su importancia, por lo alta, suele *perderse de vista*, y cuyo papel no tiene cotizacion en las Bolsas, de España por lo ménos, aunque suele llenar de oro los bolsillos de algunos traperos que le echan el gancho.

Las operaciones de ese *papel* no hay ejemplo de que hayan producido funestas consecuencias, de *quiebras*, pongo por caso, como no sea para los desventurados que le firman, que no tienen *de qué quebrar*, pero que siempre

Digitized by Google

están *partidos por medio* de necesidad, si no de hambre; de rotos y desarrapados, si no de desnudos.

Dígote, mi amigo, que por mis pecados me he visto obligado á conocer el tal mundo de las letras, porque pecador, y grande, vengo siendo hace muchos años, que me metí por primera vez en este *mare magnum et totum revolutum;* mar con una *resaca* ó *remete* de todos los diablos, pues apénas le llega á uno el agua al tobillo cuando se siente arrastrado sobre la arena movediza, y no hay quien llegue á verse con el agua á la cintura que para volver á la orilla tenga fuerzas, y que no crea que le sobran para seguir engolfándose como navío de tres puentes, aunque sea una chalupa miserable, tamaña como cáscara de nuez.

¿En qué consiste que los que escribimos para vivir vivimos mal, y que viven bien los que se dan á publicar *lo que se escribe?*

Esta pregunta, que me hizo no há muchos dias todo un buen escritor, cuya legítima popularidad apénas le produce para el papel que consume, me puso, como vulgarmente se dice, á parir, y parir quise ántes que reventar con las muchas cosas que me ocurrian para responder á la pregunta de mi amigo, el popular escritor.

Ocurrióme desde luégo que los que viven publicando, publican *todo lo que se escribe*, y que si mi amigo da *por dinero* sus escritos, que desde luégo le proporcionan la gloria, cien *enemigos* escriben sólo por verse y enseñarse en letras de molde, á cuyo precio se amoldan mejor los que publican, inclinados por naturaleza á los publicistas *gratis et amore*, aunque el amor á la gloria de

Digitized by Google

éstos sea una especie de amor platónico mal correspondido.

Y díganme VV.: ¿No es una *mala costumbre*, digna de ser denunciada en mis emborronados bocetos, la de los que escriben *grátis* y la de los editores *ganguistas?* Y ¿de qué modo contestaria yo á la pregunta de mi amigo, mejor que presentándole en las figuras del lienzo algunas razones de lo que él no sabe ó no quiere explicarse?

***

La frasecilla proverbial rimada que dice: «De poeta, músico y loco, todos tenemos un poco», es la que empezó á volver los cascos del reves al hoy *distinguido* poeta D. Apolodoro de Silva y Soneto, que desde muy niño dió señales de no querer ser una excepcion de la regla.

Alguna vez, mostrando su locura, habia entrado ya en el despacho de su padre, pasito á paso, y se habia echado al coleto de un sorbo una botella de tinta, tomándola por una de las botellas de rico Jerez que en un estante solia haber de reserva. Más de cuatro veces entró en casa á las doce y media de la noche, y áun á las dos de la mañana, cantando la *Soleá*, la *Tirana* y el *Ole*, miéntras rabiaba la desolada madre con las locuras del hijo trasnochador. Y en cuanto á lo de músico, dejando aparte el *cantaor* el solfeo con sus escalas y otros dibujos, tomóle la embocadura á la flauta, con tal aficion, que llegó á resentirse del pecho, aunque sin tocar más que el *Mambrú* y las *Habas verdes*.

Dejó para lo último lo primero, y el loco y músico en-

Digitized by Google

tró bien preparado en el campo de la poesía, en que empezó siendo coronado de arrayan, mirto y rosas por una hermanita que Dios le habia deparado, y á la que dedicó en un cumpleaños nada ménos que un *soneto*, que esa fué su primera tentativa poética, con sus puntas de atentado contra el sentido comun.

El soneto empezaba así:

« Ya sale el sol de tu dia venturoso. »

Con cuya salida llevaba una sílaba de ventaja á la entrada más sonora y dulce del más hermoso soneto de nuestros clásicos, y manifestaba ya ser más aventajado poeta que aquel que dijo:

« Sale la luna vomitando estrellas. »

¿Qué importaban la armonía y la melodía al que habia dedicado sus años musicales á las *Habas verdes* y al *Mambrú se fué á la guerra*, con que se la dió, y terrible, á la familia y á los desventurados vecinos?

Así es que el soneto, que sonaba peor que un almirez, á él le sonó mejor que un violin en manos del mismo Paganini, y á fe que no se paró en los catorce versos, pues habia leido algo del *estrambote*, y como tenía que decir tantas cosas á su hermana, *estrambote* fué tan estrambótico, que vino á constituir un sonetito no ménos disonante que el primero.

Como nuestro poeta ponia de hermosa y pura á su hermana, que no habia por dónde desecharla, el papá abria la boca de á palmo, y á la mamá se le caia la baba al ver el talentazo que descubria su chico, traido y lle-

Digitized by Google

vado en palmas por los amigos de la casa y considerado altamente por la cocinera, que fué robando hojitas de laurel á los guisados para ofrecer una corona al señorito Apolodoro de Silva, á cambio de alguna idem dedicada *á su virginal candor.*

Apénas oyó nuestro Apolodoro los elogios de familia, cuando le entró la comezon de dar á la estampa su soneto, verdadera estampa de la herejía, por no ser ménos que algunos señores, señoras y señoritas, cuyas firmas habia leido al pié de versos y artículos de varios colores en un periódico á que estaba suscrita su hermana, titulado *El Buen gusto*, semanario de literatura, ciencias, artes, incluso el arte del toreo, conocimientos útiles, sin olvidar los de cocina, teatros, beneficencia, filantropía, etc., etc., redactado por nuestros primeros escritores y con patrones trazados por las modistas de mejor traza de París.

Un tanto desalentó á nuestro vate lo de *redactado por nuestros primeros escritores;* pero, desengañado de que la mayor parte de las firmas que habia visto, por lo desconocidas, debian ser, como la suya, de escritores *primeros* empezando por la cola; y animado por su hermana, que deseaba ver á Apolodorcito en letras de molde y limpiamente impresa la larga letanía de sus alabanzas, se decidió al fin á llevar su soneto al director de *El Buen gusto*, que le tuvo malísimo al publicarle con un encabezadito muy cuco, en que lo ménos que llamaba al neófito era *genio prematuro*, animándole á que diese nuevas muestras, olvidando el director del dirigido que para muestra basta un boton.

Digitized by Google

El director-propietario de *El Buen gusto*, que lo que deseaba era llenar las columnas de su periódico de cualquiera cosa que no valiese, ó que, al ménos, no costase dinero, explotó á las mil maravillas el filon que se le presentaba, y Apolodoro se dió á parodiar á los buenos poetas, y así encajaba sonetos *de estrambote* como odas odiosas, y octavas reales de siete versos, y cuartetas de consonantes más *forzados* que presidiarios en Ceuta, y redondillas con más esquinas que el barrio de Lavapiés, y romances más largos que la paciencia de un santo y con más tropezones que mula de alquilador.

En fuerza de la costumbre, los suscritores de *El Buen gusto* dieron el suyo por bien estragado, y sólo al fin de cada año veian alguna poesía ó algun artículo de un verdadero escritor, que se les regalaba como una especie de taza de té ó manzanilla para que les sentasen los manjares fuertes que habian ido atravesando con buenas tragaderas y estómago á prueba de bomba.

Al inocente Apolodoro llegaron á llamarle algunos editores el *Apolo de oro*, porque cada *descomposicion* suya evitaba la compra de una composicion, y cada articulejo suyo que entraba en cartera era oro de ley que entraba en caja. Porque han de saber VV. que el *genio prematuro*, no contento con figurar en *El Buen gusto*, tendió por otras regiones su vuelo, y nuestro Apolillo era una verdadera *polilla* general de las publicaciones, algunas de las cuales han muerto consumidas por el fecundo y perjudicial polvillo del fatal insecto, pues no todos los suscritores tienen el fuerte estómago de los de *El Buen gusto*, ni bastante candor para recibir

Digitized by Google

gato por liebre ó *geniecillos prematuros* y talentos en flor, en vez de genios maduros y talentos fortalecidos y embellecidos por el estudio y el noble y verdadero amor de la gloria.

***

Los que escriben *grátis* pertenecen, por lo general, á casas en que encuentran la cama hecha y la mesa puesta; y, como no necesitan *ganar* el pan de cada dia, escriben *simplemente* por amor á la sonrisa de algunas amigas de la casa, que se dignan llamarles con la más admirable inocencia *poetas* y *escritores*. Por eso suelen publicar despues *lo* que han ido entregando á las columnas de *El Buen gusto*, coleccionado en un tomito, bien impreso, eso sí, y con títulos parecidos á los de *Ocios de mi juventud*, *Ratos de ocio*, como si dijéramos, *Dias echados á perros*.

Editores *gorristas* hay que van á caza de los que escriben *grátis*, armados de la escopeta de la adulacion y del reclamo del *bombo*, y que les regalan, como una gran cosa, el periódico, para que vayan enseñando á todo el mundo las pasmosas producciones, despilfarrándose alguna vez, dentro del despacho editorial, con un cigarro y un café oportuno, que ponen en combustion al *geniecillo* y le hacen echar coplas y cuartillas á borbotones.

Estos editores son los que suelen poner á la cabeza de su periódico una larga lista de *colaboradores*, en que figuran los más distinguidos y celebrados como una brillante estafa editorial, pues los que se suscriben no hallan despues aquellos nombres esclarecidos al pié de

Digitized by Google

ninguno de los artículos que van recibiendo, y que leen con la esperanza de que Dios mejore sus horas.

Y ahí tienen VV. al buen escritor, que vive de lo que escribe, que se presenta con su artículo ó su poesía *para cobrar;* y, por toda contestacion, le ponen á la vista un gran paquete, si no es un fardo, de las producciones de los Apolodoros de Silva, diciéndole: «Amigo mio, lo siento, pero *estamos* llenos de *originales.*» ¡Y tan *originales!*...

Afortunadamente, aunque pocos, editores hay en España que tienen dinero y vergüenza (1), y que, comprendiendo sus verdaderos intereses, saben muy bien que lo barato, es decir, lo *grátis*, *es caro*, porque no todos los que leen se tragan sonetos *estrambóticos* y redondillas *de esquinazos* y romances *con tropezones.*

Tambien, á decir verdad, no todos los que escriben *grátis* escriben mal, y algunos escriben admirablemente; aunque en este terreno las excepciones son más raras, pero todavía más perjudiciales que los Apolodoros, pues hacen de peor condicion la noble clase de los que estudian y escriben para sacar fruto de sus escritos y estudios.

Calculen VV. cómo recibiria el gremio sastreril al rico caprichoso que, con mediano *córte*, realizase la peregrina idea de establecer una sastrería para vestir *grá-*

(1) Al escaso número de estos editores pertenecian, en la época en que publiqué este artículo, los Sres. Gaspar, editores dignísimos de *El Museo Universal*, continuado desde 1869 por mi amigo el Sr. de Cárlos con el título de *La Ilustracion Española y Americana*, que, literaria y artísticamente, está siendo hoy una publicacion que honra á España á los ojos del mundo civilizado. —(*N. del A.*)

Digitized by Google

tis á todo el que no quisiera gastar un cuarto, y con qué dulces caricias y buenas palabras acogerian las verduleras de una plazuela á la bendita que hiciese su parroquia regalando repollos, berzas, cardos, patatas y demas artículos de hortaliza.

Pero como mi amigo el popular escritor y yo, aunque tratamos en *artículos*, no manejamos la tijera ni tenemos puesto de verduras, nos entretenemos honesta y pacientemente en preguntarnos y en procurar respondernos acerca de una porcion de *fenómenos* que se notan en el mundo de las letras.

—Pues señor, que V. es hombre que tiene bastante talento para escribir y bastante dinero para rechazar *el vil metal;* rechácelo V. en buen hora, pronunciando airado el *auri sacra fames;* pero recoja V., á cambio de sus artículos y poesías y libros, ese *vil metal* para una noble accion, para una obra de caridad siquiera, y así hace V. bien al pobre que no puede trabajar, y no perjudica V. al que trabaja para salir de pobre. Y en cuanto á los editores *hermanos* del de *El Buen gusto*, hay que perseguirlos á muerte, siquiera por la vida de la honra nacional, comprometida gravemente en esos periodiquillos que se dicen redactados por los primeros escritores y que llevan impresa la estafa en la cubierta de cada número.

Con el título de *El Mercantilismo literario* te prometo para más adelante, caro lector, cierto librito, que, lo mismo que el artículo presente, siento con toda mi alma no poder ofrecerte *gratis et amore.*

Digitized by Google

II.

ESTILO ORDINARIO

DE NOVELONES Á DOS CUARTOS LA ENTREGA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo se ve claro en una noche oscura.

I.

Era de noche y llovia espantosamente.

El perro de un pastor aullaba á lo léjos.

Un cuervo graznaba en el encinar vecino del pueblo en que comienza nuestra interesante historia.

La oscuridad era horrible.

Aumentaban los aullidos del perro.

Los graznidos del cuervo no cesaban.

Algo pavoroso presagiaban los lamentos de aquellos animales.

II.

De la casa contigua á la iglesia salió un hombre.

Iba cubierto con una capa.

Bajo la capa se descubria un bulto, á pesar de lo oscuro de la noche.

Y arreciaba la lluvia.

Y seguia aullando el perro.

Digitized by Google

Y el cuervo graznaba siempre.
Y el hombre avanzaba con sigilo.

III.

De repente se oyó un silbido.
Y no era el silbido del viento.
Ni del pastor, dueño del perro que aullaba.
¿Qué era?
Quizás una señal convenida en medio de un crímen misterioso.

IV.

Tres silbidos contestaron al primero.
Eran del hombre que seguia avanzando.
De repente se detuvo.
¿Qué esperaba aquel hombre?

V.

Tres sombras aparecieron.
Quizás brotaban de la tierra.
Eran tres hombres.
Se acercaron al de la capa y el bulto.
Y la lluvia caia á torrentes.
Y aullaba el perro del pastor.
Y el cuervo del encinar graznaba.

VI.

—¿Eres tú, Gavilan?—murmuró una de las tres sombras.

Digitized by Google

—El mismo Lucifer soy, sin duda.

—La noche nos favorece.

—Sí; este horrible temporal nos salva.

—¿Diste el golpe?

—El golpe está dado.

—¿Dormia ella?

—Dormia.

—¿Le traes?

—Como lo prometí.

Y el hombre señaló al bulto, sonriendo satánicamente.

VII.

De pronto una luz iluminó la ventana de la casa contigua á la iglesia.

De aquella ventana salió un grito de mujer.

El eco de aquel horrible grito se confundió con los aullidos y graznidos lejanos.

Y los tres hombres desaparecieron con el del bulto, deslizándose como sombras hácia el encinar vecino.

VIII.

¿Qué era aquel bulto?

¿Quién era la mujer que gritaba?

¿Quiénes los hombres que habian huido como criminales al oir el grito lanzado desde la ventana de la casa contigua á la iglesia?...

Pronto van á saberlo nuestros lectores, si se dignan

Digitized by Google

seguir pagando los cuatro ochavos miserables que reza el prospecto.

III.

AUTOR Y EDITOR.

DIÁLOGO EDIFICANTE.

—¿El Sr. D. Pedro Malsano?

—Servidor de usted..

—Muy señor mio.

—¿Qué se le ofrecia á usted?

—Hombre, aquí traigo un manuscrito que puede hacer la fortuna de V. ó de cualquiera que lo publique.

—¿Es alguna obra de historia?

—La historia es la base; pero la obra es una novela.

—Ya sabe V. que hoy la novela histórica va de capa caida. Yo no publico más que novelas de costumbres, y esas morales, para que las familias no se escandalicen.

—Lo que es á moral, echo mi novela con la del más pintado para escribirlas; y ademas entraña una severa leccion para nuestros hombres políticos. Ya sabe V. que la historia es el espejo de las edades.

—Lo que V. quiera. Y ¿á qué época pertenece la novela?

—A la de Felipe II: ya ve V., oscura, poco conocida; lo cual da más valor á la obra.

Digitized by Google

—¿Y á qué se reduce?

—¿Puede V. reducir el mar?

—Hombre, no.

—Pues mi novela es como el mar, inmensa; no se puede reducir.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que V. oye. ¿Cómo he de decir yo en cuatro palabras lo que he escrito en 16.900 cuartillas de veinticuatro líneas?

—¿Sabe V. que me conviene su novela si la primera entrega tiene intríngulis?

—¿Pues no ha de tenerle?

—¿Si interesa?

—¿Pues no ha de interesar? Más que una jugada de Bolsa.

—¿Si deja suspenso al lector?

—¿Pues no ha de dejarle suspenso? Más que un mal exámen á un estudiante. Ya tengo yo cogidos todos los puntos para el final de la primera entrega.

—¿Cómo los ha cogido usted?

—Mire V.; Antonio Perez anda á salto de mata huyendo de Felipe II, que trata de prenderle. Se sube á una buhardilla y ya se cree en el tejado, cuando tropieza con una puerta cerrada con llave y que tiene una gatera. Aquí de los apuros del privado del Rey.

Si derriba la puerta, los porrazos le denuncian; si vuelve atras, si retrocede, cae en poder de los que le persiguen. ¿Qué hacer? Antonio Perez comprende su situacion; mide el peligro y, de paso, mide el espacio de la gatera; no vacila, se agacha, mete la cabeza por el

Digitized by Google

agujero y, creyendo, como todo el mundo, que por donde entra la cabeza entra el resto del cuerpo, se va á colar muy satisfecho, cuando nota que se le ha hinchado el vientre con las últimas desazones y que no hay pase para el vientre: quiere sacar la cabeza, y tampoco; la cabeza ha engordado de repente ante lo terrible de la situacion. A todo esto, llegan los guardias del Rey dejando oir el ruido de las espuelas, y aparece la mujer de Antonio Perez en lo alto de la escalera, pálida, ojerosa, desgreñada, espantosamente triste, y exhala un grito de horror.....

—Y ¿ahí queda la primera entrega?

—Pues es claro.

—Hombre, ¡magnífico!

—Pero ¿qué cree usted?... En el trascurso de la misma entrega hay una escena horrible entre el Rey y la Reina, que tiene sorbidos los sesos por el privado de su marido, al que jura por el alma de su abuelo que ella ha de salvar á la pobre víctima de la privanza. Y esto aumenta el interes.

—¡Pues yo lo creo!

—Luégo, en la misma primera entrega, un perro ha mordido al cochero de Antonio Perez, el cual jura vengarse en su amo; y como sabe que éste corre peligro si no llega pronto á palacio la señora, retarda el viaje, haciendo que vuelque dos veces el coche, y así, cuando la pobre señora llega desgreñada, Antonio Perez está perdido y el cochero vengado del perro que le mordió.

—Hombre, eso es terrible.

—¿Usted comprende la cola que trae el mordisco del

Digitized by Google

perro, y al mismo tiempo la leccion moral que esto entraña para los ministros y privados de todos los tiempos y todos los países, que miran con poca consideracion á los cocheros, los cuales tienen muchas veces en la mano, con las riendas de los caballos, las riendas de una nacion?

—Hombre, decididamente me quedo con la novela de usted.

—Por el precio no hemos de regañar.....

—Pero conviene arreglar las condiciones y, sobre todo, pensar cómo ha de salir la primera entrega, que me ha de costar lo ménos quinientos duros.

—Que no falte la lámina de la gatera, porque eso, como V. comprende, es de grande efecto en una obra que se ha de empezar echando por debajo de las puertas.

—Descuide usted. ¿A V. le gustará la portada de colores?

—¡Ah! sí, mucho; hoy no se puede prescindir.

—¿Qué colores le gustan á usted?

—¿A mí? Todos. Pero advierto á V. que en las obras que ha de leer mi público, debe dominar el verde: mucho verde, mucho verde á mis lectores.

—No hay cuidado; tendrán verde. Haré que el dibujante tome bien las medidas para que en la portada campee bien el título... ¿Cuál es el título?

—*La venganza de un cochero, ó la caida de un privado.*

—Yo creo que lo de la caida debe ser primero.

—¡Ca, hombre! ¿No ve V. que, poniendo ántes lo del cochero, tenemos la suscricion de todos los *simones* de Madrid?

Digitized by Google

—Pues, mire V., no habia yo dado en eso. Usted es el autor que á mí me conviene, y tengo que consultarle sobre una porcion de cosas.

—Pues, nada, vendré mañana. Por de pronto, manos á la obra, y adios.

—Descuide usted. ¡Verá V. qué portada y qué gatera!...

1864.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL CÓMICO DE AFICION.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL CÓMICO DE AFICION.

Ahí tienen VV. el tipo que he de procurar se presente lo ménos indigno posible de la consideracion de sus benévolos y curiosos compatriotas.

Y á fe que con su nombre han querido honrarse en nuestros dias caballeros y damas de la española aristocracia, representando comedias en sus magníficos palacios. Y áun crónicas de fiestas reales nos dan cuenta de cómo allá, por aquellos tiempos en que el maldiciente cuanto galan, enamorado é ingenioso conde de Villamediana labraba su aciago destino en atrevida y mal disimulada empresa, la bella esposa del rey Felipe IV no se desdeñaba, ántes tenía por gala y ornato, tomar parte y lucir su discrecion y donosura en la representacion de las farsas de aquellos felicísimos ingenios dramáticos.

La augusta señora del rey-poeta debia ser muy grande aficionada, cuando así descendia del trono al tablado, siquier fuera régio, para contribuir al solaz y esparcimiento de sus ociosos cortesanos.

Dedúcese de esto, naturalmente, que no es en nuestros tiempos nacida la aficion á representar comedias; que hubo cómicos de aficion *antaño* como *ogaño*.

Digitized by Google

Pero no habrá quien ponga en duda que los españoles de ahora tenemos en el terreno nuestro tipo especialísimo, cuya vida, cuya manera de ser, cuyos rasgos característicos varian, segun la esfera en que se ha educado y el círculo en que se mueve á impulso de sus particulares aficiones.

*
* *

Suponiendo que nuestro héroe ha debido la existencia á padres regularmente acomodados ó de mediana fortuna, y que su abolengo ó nuestro capricho le han regalado un apellido con visos de apodo, que bien podia haberle conquistado su extremada inclinacion á las que él llama *sus glorias escénicas*, no ha de extrañar el lector benévolo que empiece yo por presentársele con el nombre de Juanito Bambalinas.

Juanito Bambalinas acababa de salir suspenso en los exámenes de su último curso de Filosofía, precisamente cuando su buen padre se disponia á hacerle ver cuán brillante porvenir le esperaba si dedicaba su actividad al estudio de la ciencia médica, poniéndose en camino y aptitud legal de heredar la clientela que, como tal profesor médico, conservaba él para el más decente sostenimiento de su familia.

Poco importaba aquel golpe á Juanito Bambalinas, viva personificacion de nuestro tipo, que habia comenzado á dar muestras de su apasionamiento por el arte de Maiquez, repartiendo los papeles de alguna pieza cómica de Breton entre su hermanita mayor, alguna amiguita de colegio de ésta y algunos de sus compañeros, re-

Digitized by Google

servándose la parte de protagonista. Revueltos tenía, por supuesto, todos los trastos de la casa, gastado en engrudo todo el almidon que hubo á mano y agujereados el techo y las paredes de alguna habitacion para convertirla en *templo* de sus nacientes glorias, donde más de una vez resonaron para él los aplausos de su embobada madre, de sus tios y amigos, y áun de la alcarreña cocinera, que era la que corria el telon, hecho de una colcha antigua y recortaduras de papel pintado.

*
* *

La última catástrofe académica, sufrida con el más admirable estoicismo por nuestro héroe, vino á confirmar á éste en la idea de que él habia nacido exclusivamente para *el arte.*

Viniéronle entónces á la memoria, y se deleitaba en juzgarlos sinceros, los desmedidos elogios que de sus facultades y disposicion natural para la escena habia hecho un antiguo, y á la sazon ya difunto, contertulio de la casa, que lo mismo sirvió de *pié* para una partidita de *solo* ó de *tresillo* en dias ordinarios, que de apuntador detras de la vidriera de la alcoba que figuraba el *foro* en las representaciones caseras de Bambalinas.

El viejo amigo, que conocia y trataba á todos los empresarios, actores, traspuntes, tramoyistas y avisadores de los teatros de Madrid, habia querido evitar percances á Juanito, que, llevado de su prematura y pícara aficion, falto de cuartos y estimulado por algunos compañeros, solia hacer lo que hacen en tales circunstancias los afi-

Digitized by Google

cionadillos de su índole; tratar de colarse de *momio* en los teatros, jugándole las vueltas al recibidor de billetes ó penetrando á primera hora por el escenario en el foso, para salir á la sala por la puertecilla de los músicos de la orquesta.

La piadosa idea del protector, á pesar de los pesares del padre del protegido, no pudo ser más oportuna, porque, en una de aquellas fraudulentas intrusiones, habia tenido Bambalinas la mala suerte de saltar á la orquesta pisando y rompiendo hasta *el alma* de un violin, á tiempo que se colaba tras él el de los timbales y vengaba el quebranto del *alma* del instrumento en el cuerpo del malaventurado merodeador de las gracias de Talía.

El viejo Mefistófeles del in-fausto Bambalinas habia prestado á éste un gran servicio, poniéndole á los diez y ocho años en relacion con todo el alto y bajo personal de los bastidores madrileños, donde él era una crónica palpitante y curiosa de la vida artística y privada de los actores de antaño y de ogaño, disfrutando, por su original carácter y espontáneo gracejo, simpatías y distinciones que envidiaria en el terreno el mismo simpático y célebre Barrutia.

***

Y ahí tenemos á Bambalinas, aprovechándose de las ausencias de su padre que, durante las visitas á sus enfermos, dejaba á su hijo engatusando á la madraza, que al fin le permitia tomar la puerta de la calle y abandonar los libros, para buscar cada vez más ancho campo á sus aficiones escénicas.

Digitized by Google

Juanito es solicitado ya por las señoras y señoritas de Lopez, de García, de Acebedo y tantas otras que, en reuniones extraordinarias, y ántes del baile, suelen representar piececitas graciosas, *desgraciadamente* para sus autores, con gran contentamiento de los tertuliantes, que, á vuelta de algunos aplausos obligados y plácemes de cortesía, se deleitan despellejando *sotto voce* á la primera dama, que es la señorita de la casa, como al mismo Bambalinas, con cuyas pretensiones de primer actor y director de escena no concuerdan su tonillo insufrible y su indigna parodia de todo lo que ha visto hacer á los verdaderos artistas.

En los ensayos de todas esas representaciones caseras es donde tiene que ver nuestro héroe, que no se da punto de reposo, dando la salida á éste, repitiendo los versos de aquél, y recomendando á la dama más calor, más expresion, de paso que le dice al oido cuatro frases amorosas por su propia cuenta.

Porque es de advertir que el cómico de aficion, por lo general, es más enamorado que Macías, y, valiéndose de la confianza y del roce, que habré de llamar *roce artístico*, suele tener pretextos, si no ocasiones verdaderas y fundadas, para envalentonarse y echar fieros de conquistador y Tenorio á la moderna.

Pero el caso es que Juanito Bambalinas se iba cansando de las representaciones en que el escenario estaba al nivel de la sala de los espectadores, y ambicionaba algo más de *altura* en su mision y más visos de realidad en su apariencia de comediante.

Y tanto más lo ambicionaba, cuanto que algun oficio-

Digitized by Google

so amigo de la señora de Lopez, á cuenta de los sorbetes, pasteles y emparedados que en aquellas fiestas dramático-bailables engullia, habia hecho insertar en un periódico un sueltecillo, que despues se leyó con fruicion en la tertulia, y en el que, con hiperbólicas frases, se elogiaba la habilidad y talento con que la hija de aquella señora desempeñaba sus papeles, así como los suyos el distinguido jóven Bambalinas, viniendo á declarar que ambos competian con ventaja con los más consumados artistas de la escena española.

*
* *

Bambalinas, como buen aficionado, estaba harto de fáciles piececillas y le aquejaba la comezon y el ánsia de los dramas, al mismo tiempo que el afan de que acabamos de hacer mérito.

Vínole á las manos, entre otras obras, *El puñal del Godo;* y precisamente cuando su respetable y afligido padre acudia á echarle una tremenda filípica por la catástrofe final del curso académico, se hallaba en su cuarto fingiendo en su imaginacion el resplandor de los relámpagos y declamando con voz hueca y acento temeroso el monólogo consabido:

«¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!»

La tormenta paternal fué terrible, y la noche hubiera sido noche de lágrimas y arrepentimiento, si el impertérrito aficionado, siempre con amor á sus recuerdos co-

Digitized by Google

mo á sus esperanzas de la escena, no hubiera tenido tan presente el *Don Juan Tenorio* para exclamar con él, poco despues de terminar la reprimenda y las amenazas del padre:

«Son pláticas de familia,
de las que nunca hice caso.»

Y en efecto; Bambalinas se durmió aquella noche concibiendo el magnífico proyecto de entrar en alguna sociedad de aficionados, de esas que periódicamente representan en teatros de verdad, con su orquesta, su escenario y, sobre todo, su agujero para el apuntador.

Y digo «sobre todo», porque la concha era una de las cosas que más preocupaban á Juanito, harto de oir el resuello de los apuntadores detras de la vidriera de una alcoba, ó de algun biombo colocado con el menor disimulo posible y expuesto á las murmuraciones, donaires y cuchufletas de los que en tales fiestas sacan de todo partido.

No tarda Bambalinas en conseguir su objeto, si bien con harto menoscabo de su categoría escénica, pues el reputado cómico de aficion que dirige los trabajos en la sociedad dramática nominada *Melpómene*, no puede, sin afectar á los creados derechos artísticos de sus antiguos compañeros, conceder á un nuevo socio activo papeles que aquéllos han de reclamarle por la costumbre ordinaria en los repartos.

—¡Cómo ha de ser!—exclama el prototipo del aficionado,—me conformaré con ser casi *racionista* á trueque de poder asegurar que piso *las tablas*. Yo sabré conquis-

Digitized by Google

tarme los mejores papeles con los primeros versos que recite, aunque sean para anunciar que está la sopa en la mesa ó que se han cerrado las puertas del castillo.

Y no sería de extrañar que el director *artístico* de *Melpómene* repartiese algun drama *nuevo*, producto del cacúmen de algun socio, y en que hiciese su primera salida Bambalinas con traje *chambergo*, ó armado de todas armas, para anunciar la temida llegada de algun señor de horca y cuchillo.

¿Qué importa? Aunque su salida no sea propiamente *salida;* aunque su parte marque sólo una voz en el foro, Bambalinas pondrá en juego todas sus relaciones para conseguir un traje con que deslumbre á sus más celosos compañeros, y es capaz, con tal propósito, de acosar y aburrir á las más altas eminencias de la escena española.

*
* *

Y aquí, lector pacientísimo, encaja admirablemente una anécdota que, en tiempos mejores para nuestro teatro, me deleitaba en oir de los labios del gran maestro de representar comedias, cuya muerte no será nunca bastante llorada por los admiradores de nuestras glorias.

Presentóse en cierta ocasion un aficionado en la casa del eminente artista D. Julian Romea, y manifestó á éste, despues de desechada en parte la respetuosa timidez que el gran actor le infundia, que iba á suplicarle un favor, apoyado por la recomendacion eficaz de un amigo, que para D. Julian era casi hermano.

—Diga V. desde luégo en qué puedo servirle, pues la

Digitized by Google

persona que le recomienda es de mi mayor confianza, y merece ademas que yo le atienda en cuanto sea posible.

—Es el caso,—dijo el cómico de aficion, animado por la amabilidad del artista,—que unos cuantos aficionados vamos á representar un drama nuevo de cierto jóven escritor de grandes esperanzas.

—¡Hola, hola!...

—Sí, señor; me atrevo á confiar en que la funcion será un triunfo para el autor y para todos nosotros.

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, Sr. D. Julian; yo quisiera contribuir al mayor esplendor de la obra, cuya accion pasa en los principios del siglo XV. Y, siendo preciso vestirme al uso de los guerreros de aquella época, he puesto en juego tan buenas relaciones para mover á V. á que me honre concediéndome para esa sola noche su magnífica armadura.

—¿Eh?

—Sí; aquella preciosa armadura que sacaba V. en el drama *Dios, mi brazo y mi derecho*, y en el Gonzalo de *Isabel la Católica*, y...

Aquí interrumpió nuestro buen D. Julian al aficionado entusiasta, y le manifestó su deseo de servirle en cualquiera otra cosa; pero, á la vez, la imposibilidad de faltar á su propósito de no prestar prenda alguna de su guarda-ropa, y ménos aquella armadura, que, por su mérito y la estimacion en que la tenía, conservaba con tanto cuidado.

Redobló el suplicante sus instancias, repitiendo el nombre de su amigo y el interes grande de su recomen-

Digitized by Google

dacion; volvió á excusarse D. Julian de la mejor manera posible; reiteró el otro sus ruegos, encareciendo la importancia del *acontecimiento dramático* en que iba á tomar parte, y el cuidado y veneracion con que se proponia tratar la armadura; le dijo que le iba la vida y hasta la honra en el éxito de su pretension; lloró casi, por último, y lo que no pudo lograr el solo nombre del recomendante, llegó á alcanzarlo la compuncion cómica y extraña catadura que presentaba el infeliz recomendado.

El cómico de aficion salió al fin de casa de D. Julian Romea, temblando de placer y de orgullo porque iba á vestir la armadura del creador de *Súllivan*; á quien ofreció ir en persona con un criado por la prenda de sus sueños, y á dejarle de paso un palco para que acudiese, si era posible, á honrar á la sociedad dramática de que formaba parte, en la noche de la solemnidad prometida.

Cumplió lo ofrecido religiosamente, y nuestro D. Julian, no tan curioso por ver las habilidades de los aficionados, como atento á los temores que le infundia su rica armadura, prestada á un desconocido en un momento de debilidad y emocion extraña, muy propia del verdadero genio, hizo lo que pudo por acudir á la representacion del drama nuevo, cuya accion pasaba en el siglo xv, y en el que, á juzgar por sus apuros, debia tener un gran papel su favorecido.

Excusado es decir que los aficionados y sus familias y amigos estaban llenos de satisfaccion y encantados de ver en el fondo de uno de los palcos al gran artista.

Los aplausos y coronas menudearon para el autor y

Digitized by Google

los cómicos de aficion, cosa que no extrañaba Romea, pues sabía que aquel bendito público cosechaba gloria *pro domo sua;* como tampoco le sorprendia que el drama fuese muy malo y que los pretendidos *actores* le hiciesen peor, á pesar de las cotas de malla, relucientes cascos y airosas plumas que, llenos de timidez y ridículo embarazo, sacaban á la escena.

Pero D. Julian no salia de su asombro. Pasó el primer acto sin que apareciese su armadura. Concluyó el segundo con la muerte terrible del desventurado padre de la protagonista, y nada: el primer galan, el traidor, el paje de la condesa, el escudero del señor del castillo, el acompañamiento de gente mal armada y peor dirigida; todos habian tomado ya su parte en aquel desastre nunca visto, sin que la armadura ni el presunto guerrero de nuestro actor apareciesen.

Llegó la catástrofe final con la más horrible venganza del enamorado caballero; cayó por última vez el telon al ruido de los más estrepitosos aplausos, y D. Julian sintió una especie de frio estremecimiento, con el fundado temor que ya le inspiraba su adorada prenda.

Tampoco habia visto entre los espectadores á su buen amigo el recomendante de aquel á quien ya creia un estafador miserable, y se retiró á su casa maldiciendo de su ligereza y de su debilidad, que le habian hecho víctima de un torpe engaño.

Romea durmió mal, presa de una pesadilla en que escuchaba el estertor de la agonía imposible con que terminó su tarea el aficionado que habia hecho de traidor en el drama, y á la vez la carcajada burlona de un

Digitized by Google

tunante, que no podia ser otro que aquel que tan ingeniosamente le habia robado su armadura.

Para Romea, la rica prenda estaba del todo perdida, cuando le anunciaron, durante el almuerzo, que rechazaba con enfado y disgusto de sí mismo, que el jóven de marras esperaba permiso para entrar con un criado portador de la armadura.

Don Julian dió un salto sobre su asiento, y la alegría y áun la sorpresa no le dejaron levantarse. El aficionado entró deshaciéndose en cortesías y muestras de gratitud, presentando al gran actor su alhaja, que acababa de limpiar y bruñir con exquisito cuidado.

Despues de los cumplidos de ordenanza, el jóven cómico de aficion preguntó á Romea qué le habian parecido el drama y los que le habian ejecutado.

—¡Hombre! ¿qué he de decirle á usted?—contestó el artista. El drama me pareció portentoso, y en cuanto á la ejecucion, juro que la encontré muy digna del drama.

—¿De véras? ¡Oh! Su voto, D. Julian, nos llena de orgullo.

—Pero es el caso...

—Diga V., diga V. cuantas observaciones le ocurran, que han de servirnos de mucho para lo sucesivo.

—No, señor; no se trata de eso; para nada necesitan ustedes mis observaciones.

—¡Por Dios, D. Julian!...

—Se trata sólo de V. y de la armadura.

—¡Oh! Le juro que la he cuidado como una sagrada reliquia.

—No, si no es eso. Es que yo me he desojado duran-

Digitized by Google

te toda la representacion, y no he podido ver á V. ni he visto tampoco la armadura, y supongo que al fin no tomaria V. parte en el drama.

—¿Cómo que no? ¿No recuerda V. un grito de «¡alerta!» que se oia hácia el foro, en la mitad del segundo acto, poco ántes de la batalla?

—¡Hombre! sí; creo que recuerdo aquel grito.

—Pues el que daba aquel grito, aquel ¡¡alerta!!, era yo, que, con la armadura de V., me hallaba siempre de centinela entre bastidores y junto á la puerta exterior del castillo.

Aquí no hay más remedio que soltar la carcajada, poniendo punto á la anécdota de la armadura, que, por sí sola, dice más que todas las historias de los Bambalinas pasados, presentes y futuros.

***

Y, en efecto, Juanito Bambalinas se atreve á tanto y, si cabe, á más que el aficionado de la anécdota, por conseguir un traje de verdadero artista para hacer su salida con un papel casi parecido al del otro, ante la Sociedad dramática *Melpómene*.

¿Quién sabe de lo que es capaz Bambalinas? En la tremenda noche, él será fiel trasunto de aquel desdichado que, con generoso ardor, pero haciéndose un lío en cada verso, gritaba en la más interesante escena:

«¡Salud, salud! ¡Los muertos *te simonan!*»

Y no es extraño: Bambalinas está acostumbrado en

Digitized by Google

sus pruebas de *actor* á un círculo estrecho de parientes y amigos; y, al salir á un verdadero escenario, la araña resplandeciente, la concurrencia de palcos y butacas, la orquesta, aquella misma deseada concha, el telar entero, todo le parece que se le viene encima, que se burla de él, que le anonada; y al pobre le dan impulsos, al segundo tropiezo, de tirarse de cabeza en el agujero del apuntador, que en vano suda y gesticula desde su covacha y se empeña en que diga los verdaderos versos que ha escrito el desventurado autor en su obra, aunque sin pensar que podia ésta caer bajo el cuchillo de los Bambalinas.

¿Quién sabe? Tal vez no basta aquella prueba terrible para entibiar el ardor cómico de Juanito. Quizás necesita ajustarse fraudulentamente en una compañía de la legua; huir del hogar paterno; acudir á una capital de provincia de tercer órden, y recibir por todo triunfo, en su primera salida de galan jóven, la silba más furiosa con que haya podido desahogarse un público indignado.

Sólo entónces acaso llegará á desengañarse de véras, y tornará, sinceramente arrepentido, á emprender aquellos estudios con que su buen padre le brindaba para su provecho y para honra de la familia.

No diré yo que todos los cómicos de aficion sean Bambalinas, pues de ese terreno han salido buenos actores para nuestro teatro, si bien es rarísimo que salga una eminencia del arte como D. Julian Romea.

Pero juro que nuestro tipo representa á la generalidad en hazañas, pretensiones y debilidades, incluyendo

Digitized by Google

no sólo á los *simples* aficionados, sino á muchos de los que despues hacen profesion del teatro, sin talento ni condicion alguna para poder seguir el consejo que á una especie de Bambalinas daba nuestro célebre D. Ventura de la Vega.

Y vaya de final del artículo la anecdotilla.

Presentóse á D. Ventura un cómico de aficion, ya decidido á profesar el arte, y le pidió algunos consejos que le sirviesen de guía en la dificilísima carrera.

—Uno solo le daré á usted,—dijo el autor de *El Hombre de mundo;*—uno solo, que valdrá por el mejor tratado del arte de representar comedias. Pero es preciso que ántes estudie V. perfectamente cómo dice y todo lo que hace en escena el actor Fulano.

El actor Fulano era de lo más malo que de contínuo sufre en los teatros de Madrid el pacientísimo público.

Volvió nuestro hombre muy satisfecho á los quince dias á decir á D. Ventura:

—He estudiado detenida y perfectamente al actor Fulano, sin perder ripio de cómo dice ni de nada de lo que hace en la escena.

—Pues bien, amigo mio; procure V. ahora hacerlo y decirlo todo al contrario que ese actor, y, si lo logra, será V. una gran notabilidad de la escena.

El cómico de aficion salió muy triste y descorazonado de casa de D. Ventura. Quizás, como Bambalinas y tantos y tantos otros, encontraria imposible llegar á representar de distinta manera que el actor Fulano.

1871.

Digitized by Google

Digitized by Google

GATO ESCALDADO.....

Digitized by Google

Digitized by Google

GATO ESCALDADO.....

CUENTO LASTIMOSO.

I.

Era éste un muchacho muy listo, llamado Toribio.

Toribio pasaba en su pueblo por una notabilidad.

Era el orgullo del maestro de primeras letras, que se las habia metido en la cabeza á puro azote, no porque su cabeza fuese dura, sino porque el rapaz era mucho más holgazan que listo, que es cuanto puede ponderarse su holgazanería.

El señor cura le citaba siempre como una especialidad en la pronunciacion del latin y en la aficion á ayudar á misa; aunque el sacristan rectificaba esta última opinion, diciendo que á lo que Toribio parecia verdaderamente inclinado era á ayudar á dejar limpias las vinajeras.

Su madre se hacía lenguas en su alabanza, aunque las madres no necesitan más lengua que la de su amor para poner á sus hijos en los cuernos de la luna.

Apénas tenía diez años, cuando las vendedoras de la plaza le llamaban para que les echase la cuenta de lo

Digitized by Google

vendido y les pusiese en montoncitos las ganancias, sacando Toribio dos cuartos de honorarios por cada consulta.

A los quince, todas las muchachas de su edad le miraban con buenos ojos, aunque los de alguna que otra llorasen fuera de tiempo ó no mirasen tan derecho como conviene al bien parecer.

Los mozos del pueblo le tenian envidia, pero le buscaban muchas veces para que les ayudase á dar en el *quid* de alguna dificultad.

En fin, Toribio era un grande hombre en su pueblo.

Toribio dejaba por mentiroso á aquel que dijo que nadie es profeta en su patria.

II.

Un dia dijo á Toribio su madre:

—Mira, Toribito, hijo mio; he pensado que, cuando en tu pueblo haces un papel tan principal, en un pueblo extraño, donde nadie te haya tratado, donde no puedan abusar de tu bondad ni del talento que Dios te dió, no solamente harás papel, sino que le cobrarás y le reducirás á cuartos, cosa que D. Patricio el madrileño, que viene á pasar los veranos en el pueblo, dice que es muy difícil conseguir en Madrid.

—Pero esos son otros papeles, madre, dice Toribio; yo quisiera ir á Madrid á hacer papel.

—Pues si precisamente iba á hablarte de eso, hijo mio. Mira, ahí tienes una carta del señor cura para don Patricio; ahí tienes tus ahorros, para el viaje; tu ropita

Digitized by Google

limpia como un sol, y un abrazo y mi bendicion, que te acompañará siempre.

—¡Qué gusto! ¡A Madrid!!

—¡Con cuánta alegría te despides, hijo! Y yo llorando...

—Vaya, adios, madre, que el ordinario espera.

—¡Adios, Toribito! Piensa en tu pobre madre cuando tengas hecha tu suerte; y, cuando tengas alguna pesadumbre, piensa tambien en mí y te se quitará como con la mano.

III.

Toribio llegó á Madrid y entró en la casa de comercio de D. Patricio, despachando al poco tiempo detras del mostrador, sobre el cual manejaba perfectamente la vara y la tijera.

Trastornadas tenía con su labia y su travesura á muchas oficialas de modista, que, á pulso y envuelto en la mantilla de manto, querian sacarlo de casa del principal.

Pero Toribio jugaba con la simpatía de aquellas niñas retozonas, y picaba con la tijera de su ambicion un poco más alto.

Cierto dia que estaba solo en la tienda, entró una señora con su hija, niña fina, aristocrática, rubia y coqueta, de esas que agradecen requiebros áun de los Adónis de mostrador, pagándolos con miradas y sonrisas, que ningun valor tendrian seguramente, si el amor propio del corazon humano no convirtiera en sustancia hasta

Digitized by Google

la misma esencia de la insustancialidad de una coqueta.

—¡Qué rubia *tan con sal!* —dijo para su vara de medir Toribio, apoyándose con ambas manos en el borde interior del mostrador, miéntras adelantaba el cuerpo, dirigiendo su cara de risa á la jóven para decirla:

—¿Qué queria V., señorita?.....

Lo que la señorita rubia y coqueta queria era ver telas, para elegir las más elegantes y del mejor gusto para un traje *de casa;*

Idem para un traje *de calle;*

Idem, idem, para otro *de paseo;*

Idem per idem, para otro *de teatro;*

Item más, para otro y otro *de baile.*

Con la enumeracion de las telas que á relucir sacó el listo de Toribio, mi cuento sería el cuento de nunca acabar.

Ya VV. ven que Toribio tenía tela cortada para poder *entretelar* frases galantes dirigidas á la rubia seductora, sin que se asustase la mamá, ya muy acostumbrada á la charla.

IV.

Pues como digo de mi cuento, los hilos de las telas tuvieron una trama de todos los diablos. Sonrióse cien veces la niña para enseñar los dientes; arreglóse otras tantas la mantilla para mostrar la mano; dió mil gracias á Toribio por sus galanterías y su paciencia, para que, de las mil, tomára una siquiera por *gracia* de su suave y angelical acento; y todo, con el honesto fin de ver en

Digitized by Google

el *profeta de su patria* un admirador más y un servidor de calma para los casos de compras, en cuyos casos le acompañaba la mamá con la beatitud de una santa, y por los que el papá quedaba temblando como si se tratase de *casos* de epidemia.

Toribio no veia claro; ó, mejor dicho, veia turbio, porque, ciego ya por el orgullo, creyó que todo aquello podria reducirse al capítulo de una conquista extraordinaria, y al final ya decia las cosas recatándose en lo posible de la mamá.

Rióse grandemente la niña con los apartes del galancito de aldea; separó las telas, hizo Toribio de ellas un lío, no tan grande como el lío que teñía hecho ya en aquella cabeza, que tantas cuentas habia arreglado en su pueblo, y para colmo de galantería, prometió el desventurado llevarlo en persona á casa de las señoras, que dejaron las señas.

V.

Toribio empezó á cavilar sobre las glorias de aquella que ya juzgaba brillante aventura, sin temer tristes desventuras; y sin encomendarse á Dios, pero estudiando con el diablo, que tiene abierta cátedra gratuita para los listos que entontecen, trazó unas cuantas líneas sobre un papel de color de rosa, en que empezaba diciendo «Apreciable señorita» y concluia con un «Toribio» más rasgueado que guitarra de barbero.

Puso el papel dentro del envoltorio; esperó la hora oportuna; fué á la casa de la señorita rubia y coqueta, entregó el lío á la criada para que llegase á manos de

Digitized by Google

la niña, y volvióse á la tienda, esperando que la niña sería la que tomase el lío, pero temblando como un azogado.

¡En buen lío se metió el pobre Toribio!

VI.

Pues, señor, sucedió que la criada de la señorita rubia y coqueta, que no podia estar en autos, metió el lío de Toribio en el cuarto de la mamá, en el punto y hora en que precisamente el señor la pedia cuenta de lo gastado.

Abrió la señora el paquete de las telas, tropezó con el gatuperio de las entretelas, que era la rosada epístola del grande hombre *de su pueblo*, y, creyendo que aquello era el cuento de las cuentas que pedia el amo de casa, es decir, el pagano, dió en las manos de éste con el papelito.

Asombróse al leerlo el papá, aunque ya debia estar curado de espanto; volvióse toda cruces la buena de la señora y, para evitar escándalos, dejó á su marido solo y entregado al parrafito final de Toribio, en que éste prometia acudir á las nueve de la noche por la respuesta de su acaramelada epístola.

El papá de la niña rubia y coqueta quiso convencerse de que su hija era del todo ajena á aquella conspiracion del dependiente de D. Patricio, y, para echar por el camino más corto, llamó á sus dos criados, informándoles de las maneras misteriosas y dulces con que debian recibir en la puerta de la calle al enamorado saté-

Digitized by Google

lite de Mercurio, que iba á llegar á las nueve, y de la transicion brusca que debia sufrir el cortés recibimiento, con el santo fin de dejar al amor sin alas y al galan nocturno con los recuerdos más dolorosos de su sin igual aventura, que, por lo desventurada, podia dejar atras á aquella de los yangüeses del Manchego Hidalgo.

VII.

Las nueve acababan de sonar, cuando mi Toribio llegó á la puerta del norte de sus esperanzas, por la que salia un viento sur de dos mil diablos, á tiempo que apareció en ella uno de los criados, que, con cierto aire misterioso, se acercó despues al rondador que habia venido desde su pueblo con el plausible afan de hacer papel, en tiempos de muy difícil y costoso cambio.

—¿Es V. el señorito D. Toribio?, dijo el fámulo con mal disimulada sorna.

—Yo soy, contestó el pobre muchacho, latiéndole el corazon de impaciencia, y creyendo ya percibir el perfume de mil flores del billete de la niña rubia.

Aquel *yo soy* fué su sentencia de muerte, ó su sentencia de palos, que ustedes han de ver la cola que traia consigo.

—¡Aquí del baston del amo!, gritó el otro criado, que hasta entónces habia permanecido oculto. Y, sin dar lugar á que el Toribio de mis pecados huyese del garrote, empezó éste un solfeo alegre sobre sus costillas, que molidas y remolidas quedaron ántes que el bien man-

Digitized by Google

dado fámulo juzgase terminada su mision de apaleador.

—¡Ay, amor, cómo me has puesto!—exclamaba poco despues Toribio, con el alma casi tan dolorida como el cuerpo, caminando hácia la casa de su principal con toda la ligereza que le permitian las fuertes impresiones de la pesada broma.

Y ¡cómo se acordaba el mísero del consejo de su madre, que le habia dicho que pensase en ella cuando tuviese alguna pesadumbre, para que la pesadumbre se quitase *como con la mano!*

Y pensaba, y volvia á pensar..... Pero ¡ca! la pesadumbre de los palos no entraba en el catálogo de las pesadumbres curables con recuerdos del amor materno.

VIII.

Toribio no habia podido dormir en toda la noche, pensando en su madre y poniendo el grito entre las sábanas, con los agudos dolores que todavía sentia.

Cuando bajó á la mañana siguiente á la tienda, parecia otro; todo pálido, demudado y cariacontecido y ojeroso, como se lo hizo notar Lolita, una oficiala de modista que bebia los vientos por Toribio y que no podia prescindir de hacerle una visita todas las mañanas con cualquier pretexto.

—¡Qué taciturno está V. hoy, Toribio! A V. le pasa algo; á V. le va á dar algo.

Si Lolita hubiera sabido el *algo* que le habian dado y el por qué del *algo,* su solicitud cariñosa se hubiera tro-

Digitized by Google

cado en la expresion burlona de un desden, que hubiera acabado con Toribio.

Porque Toribio no habia comprendido hasta despues de zurrado, que aquella palomita madrugadora era la blanca mensajera del amor sincero que, apénas nacido en su alma, habia visto surgir el fantasma del orgullo, que le condujo, con el afan de *hacer papel*, á las redes de la señorita rubia y coqueta.

Entónces veia á Lola tal cual la empezaba á sentir, y de buena gana, para calmar sus penas; le hubiera dicho algo formal; pero.....

Este *pero* era ya el fruto maduro de la paliza que le habia trastornado hasta un punto lastimoso.

Con la aventura de la señorita rubia, se habia metido de patas en agua hirviendo.

Lolita era ménos que su igual; era el *agua fria*. Pero veia Toribio entre ambos levantado el garrote de un padre, de un hermano, de un criado..... de un demonio. Él veia el garrote, y esto era bastante, y áun sobraba.

Toribio era *el gato escaldado*.

IX.

El *gato escaldado* se cansó al fin de la lucha entre sus amorosos deseos y el recelo de acercarse al agua fria. Y fatigado, cambiado el carácter, alicaido, como amemado; con el palo casi siempre encima, y temiendo, sin duda, volver á ver entrar en la tienda á la funesta rubia, hizo un lío de su ropa, que éste era ya otro lío; despidióse del principal y, cargado de ver que era tan difí-

Digitized by Google

cil hacer papel en la córte, y más difícil reducir el papel á cuartos, emprendió el viaje para su pueblo, donde le recibió su madre con alegría de tal, pero casi saltándosele las lágrimas al mismo tiempo, porque su Toribio no parecia ya aquel Toribio alegre, decidor y lleno de talentazo, que habia sido el encanto de las gentes del pueblo.

Las chicas que le quisieron algun dia, no pudieron hacer jamas carrera de Toribio.

Toribio perdió el prestigio antiguo y dejó de ser *profeta en su patria.*

Toribio fué siempre lo que hizo la paliza; es decir, *gato escaldado.*

Digitized by Google

VINO Y TOROS.

Digitized by Google

Digitized by Google

VINO Y TOROS [1].

Era un domingo, y propúseme sacar mi humanidad gatuna á tomar el sol, que es lo que en España tomamos con más frecuencia, por ser cosa que no cuesta dinero ni cosa que lo valga.

Las tres y media, minuto más, minuto ménos, serian, cuando pasé por la llamada Puerta del Sol, que lo mismo pudiera llamarse Ventana de la Luna ó Postigo de las Estrellas.

Dígoles á VV. que los vagos estaban allí como en su centro; y, como los vagos son, por naturaleza, inclinados á *tomarlo* todo, inclínome yo á creer que algun tomador..... de sol, de esos que siempre andan *en puerta*, debió dar nombre al sitio famoso; y entren VV. en otras conjeturas, que yo salgo de las mias, que son conjeturas de vago, por lo que tienen de divagaciones.

Pues, señor, la fuente de la citada Puerta corria con la misma frescura que en aquella noche en que todos corrimos, que VV. llaman de San Daniel, y que yo quiero

(1) Este es uno de los artículos que el autor escribió y firmó con el pseudónimo de *El Gato de Madrid*, publicados en un periódico satírico el año 1866.

Digitized by Google

llamar de San Ezequiel y San Macario, que santos de Dios son como el otro y en el mismo dia los reza la Iglesia, y no es cosa de que se les quite la parte de gloria que pueda caberles en nuestra interesante historia contemporánea.

Corria la fuente, como digo, y reíase en aquel instante de la gracia de un cochero que estaba bebiendo en el pilon, miéntras el enjuto y malparado jamelgo le miraba con cierta envidia de no poder hacer otro tanto como el implacable regidor de su desventurado destino.

Marchaba yo distraido, volviendo la cabeza hácia aquel *cuadro de la sed*, que bien podia figurar entre los *de género* en la próxima Exposicion de Bellas Artes; cuando tropecé con un bulto que parecia hombre, y que trascendia de un modo marcado á pellejo de vino.

El bulto estaba tendido en el suelo.

Se conocia que acababa de caer, por las risas y la algazara de las gentes *caritativas* que muy de cerca le estaban mirando, sin que nadie le ayudase á sentir, y ménos á levantarse; ántes bien, ó ántes mal, no faltó quien le arrimase la punta de la bota para que diese una vuelta sobre los adoquines, haciendo crecer el júbilo de los curiosos espectadores.

Dice el refran que «del árbol caido todos hacen leña.»

Y yo digo que al hombre caido todo el mundo *le arrima leña.*

El Gato se librará muy bien de ser ministro.

Siquiera por no caer.

Indudablemente el bulto era un borracho.

Digitized by Google

Pero, en cierto modo, el público me parecia tan *privado* como el caido.

Los agentes de la autoridad debian andar buscando la caridad perdida por otras puertas, porque lo que es en la Puerta del Sol no parecian.

El borracho se levantó con dificultad, á tiempo que *El Gato* se acercaba á darle la mano.

El Gato reconoció en el borracho á Clemente.

Clemente es un zapatero de portal, que ya tendria tienda, si lo que gana en zapatos no lo echase en *la bota.*

—¿A dónde vas, Clemente?

—A *onde* va la gente. A los toros; esta *condená* aficion.....

—Esa condenada aficion es la que no te deja ir derecho á los toros.

—En hablándose de bichos, ya me tiene V. animao. Yo no voy nunca á la comedia; pero, en cuanto dicen los carteles *Pan y Toros*, en la cazuela me tiene usté más fijo que el sol. Con *pan y toros* me mantengo yo perfectamente.

—Con el vino, es con lo que veo que no te tienes muy bien..... ¿Conoces á D. Ramon de la Cruz, Clemente?

—¿No es un señor que murió *fusilao?*.....

—No; fué un señor que escribió sainetes.

—¿Qué rehiletes son ésos? ¿Son como los que ponen al toro?

—Se ponen en el teatro.

—¡Ah! vamos, como *En las astas del toro.*

—No; son otra cosa. ¿Tampoco has visto á *Manolo?*

Digitized by Google

—¿Al que tiene puesto en el Rastro? Ayer me compró unas botas viejas.

—¡Si es un sainete de D. Ramon, hombre!

—¿De D. Ramon Narvaez?

—Pero, hombre, ¿qué tiene que ver Narvaez con la Cruz? Te estoy hablando de D. Ramon de la Cruz.

—¿El que fué pasao por las armas?.....

—El que escribió contra tí, sin conocerte.

—¿Qué me cuenta usté?

—Lo que oyes.

—Y ¿qué dice ese buen señor?

—Escucha sereno, si es que puedes tenerte en pié:

«. . . . . ¿De qué aprovechan
Todos vuestros afanes, jornaleros,
Y pasar las semanas con miseria,
Si despues los domingos, ó los lúnes,
Disipais el jornal en la taberna?»

—Sabe usté que el tal D. Ramon habla como un libro, y que es cosa de echar media copa á su salud? Pero ¡calla! Allí viene Manolo, el del puesto del Rastro, y me pagará la media copa, que me la debe, en Dios y en conciencia.

Manolo llegó un poco más aguado que su compañero; pero con el vino de la ira hasta las narices.

—¡Clemente!—dijo,—si no te encuentro, soy hombre al agua.

—Pues mira, Manolo, desde que te *vide*, soy yo hombre al vino. Pero ¿qué te pasa?

—Lo de siempre; que la perra de mi mujer se empeña en que no vaya á los toros, sólo porque dice que la

Digitized by Google

vecina suele atormentarla, cantando toda la tarde la misma copla:

«Mi marido, en los toros,
bien se divierte...»

Pero yo creo que el empeño de mi mujer está fundado en mis *empeños*, y ella quiere cercenarme los cuartos, porque si no, no hay cena para ella ni para los chiquillos... ¡Pamemas! ¿No te parece, Clemente?

—¿Pues no me ha de parecer? Mira, vamos á echar media copa á la salud de D. Ramon, el que nos pone los rehiletes en la comedia, y en seguida, á la Plaza con nuestros cuerpos sandungueros.

—Buena me espera con mi mujer.

—Aprende de los toros huidos, Manolo. Cuando la parienta te presente los trastos, tomas el olivo, que, entre nosotros, es como tomar la puerta, aunque sea *la de los arrastraos*.

Y yo dejé á Clemente y Manolo caminando como á empujones hácia la calle de Alcalá, hablando los dos á un mismo tiempo, el uno de pedir perros para el primer toro que saliese á la plaza, y el otro de echar el toro á *la perra* de su mujer.

La verdad es que los dos se disponian para una gran corrida de *monas*, con lo cual no hay que preguntar si la corrida de toros estaria divertida.

Prometo á VV. entrar en la Plaza con Manolo y Clemente, y echar con ellos mi cuarto á espadas ó á banderillas, porque será cosa curiosa oir sobre el terreno al vendedor del Rastro y al zapatero de portal.

Digitized by Google

II.

Yo bien sé que los aficionados á estas funciones, á las de toros me refiero, me dirán que de qué toros voy á hablar, cuando el domingo último no ha habido corrida, por haberlo así dispuesto el señor don Temporal, caballero anubarrado y ceñudo, que, cuando se empeña en pegar una *mojada* á la gente del cuerno, ó á la gente del bronce, ó á la gente *crúa*, que todo es igual, no hay *capote* ni *muleta* que burle al *bicho*, y la vara del picador se convierte en caña de pescar, y á los *pencos* les queda otra semanita de pienso ántes de entregar la pelleja al fabricante de cofres.

Pues mire V. lo que son las cosas y el modo de verlas; nosotros vamos á tener corrida de toros, por lo mismo que no la hubo el domingo; y VV. me lo agradecerán, porque revistar *lo que se vió* no tiene gracia ninguna, y alguna chispa se necesita para hacer revistas de cosas que no se han visto.

Y no crean VV. que la chispa es mia; no, señor; la *chispa* es de Clemente, que casi me atrevo á jurar que salió con ella del vientre de su madre, por lo unidos que marchan por el mundo, él empeñado en que ha de andar derecho, y ella en que se ha de acostar si no anda haciendo eses.

De modo, que un temporal de agua impidió la corrida de toros en la Plaza, y un temporal de vino hizo que la hubiese en la taberna.

—¿A dónde vas, Clemente?

Digitized by Google

—A onde va la gente.

—Pues hoy puedes ir á casa. Se ha suspendido la corrida.

—¿Qué me cuenta V.? ¿Oyes esto, Manolo?

—Pues es verdad, que están cayendo á modo de gotas...

—No teneis vosotros mala gota. ¿No sentís el chaparron en la cabeza?

—¿Lo sientes tú, Manolo?

—Hombre, me parece que siento algo, y, sobre todo, lo que siento es que no haya toros, porque así se va á lavar mi mujer en agua...

—Pues, mira, vamos á lavarnos nosotros en vino, y siempre llevamos ventaja. Aquí á la vuelta está la taberna. Tú verás qué gran corrida nos echamos al coleto.

Y seguí á Clemente y á Manolo, y entré tras ellos en la taberna, porque un gato entra en todas partes, y EL GATO DE MADRID tiene obligacion de entrar, y áun de tocar con el hocico en el vaso de los dos aficionados á cuernos, para seguir los giros de su *chispeante* cacúmen.

Pues, señor, copas van, copas vienen, se hace el Valdepeñas orador, sigue espumante la senda que le trazan los deseos de Manolo y Clemente, y allí tienen ustedes á los dos amigos tan empeñados en que estamos en la Plaza de Toros, que á mí mismo me hacen llevar las uñas á la cabeza y asegurarme de que la tengo tan *descompuesta* como las de ellos.

—¡Olé! ¡Viva la gracia!—grita Clemente;—ahí tienes, Manolo, á toda la cuadrilla, con sus correspondientes perros.

Digitized by Google

—¡Perros!—digo yo, sacando las uñas.—Pero, hombre, ¿será posible que no se acaben de desterrar los perros? La misma falta hacen los perros aquí que en misa.

—¡Ca! no, señor, —exclama Manolo; —ya verá usted, si los echan, qué gusto da verlos subir con las tripas fuera hasta el tejado.

—¿Hasta los tejados han de subir los perros? Eso sí que no lo consiento yo.

—Pues tendrá V. que verlo, ó cerrar los ojos.

Y vi que hasta los caballos saludaban á la presidencia, como si quisieran decir los pobrecillos, como los gladiadores romanos: *morituri te salutant.*

—Ya suenan los timbales, —dice Manolo. —Ahora empieza lo bueno. Ese es de Colmenar; buen *trapío;* y vaya unas *velas* que le dió para este entierro la vaca de su madre! *Ladino* creo que se llama. ¡Demonio, y qué intencion tiene el condenao! Mira, mira cómo araña la tierra para dar la embestida.

—¿Qué es eso de arañar? —exclamo yo, algo amostazado.

—¡Cataplum! ¡Vaya una costalada que ha pegado Calderon! —grita con alborozo Clemente—lo ménos tres costillas se ha roto.

Y luégo añade, imitando al borracho del cuento, y levantándose con cachaza: «Oiga usté, señor Paco, ¿me quiere usté hacer el favor de ripitir la suerte, que no me he enterao bien?»

—Entérate de esto otro, —dice Manolo; —cinco sardinas lleva escabechadas el mocito de Colmenar: me parece que bien se ha ganado media copa.

Digitized by Google

—¡Vaya media copa á la salud del bicho!

—Ya salen los chicos... ¡Y qué resoplidos da la fiera! Ahí quisiera yo ver á *El Tio Cándido* y á *El Tio Macan*, y á todos esos tios que trastean los toros en los papeles.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Qué cuco es el *Cuco!* ¿Has visto cómo le ha hecho la mamola al de Colmenar despues de plantarle los palos? Estoy por echarle este cigarro de á cuarto que me queda.

—Ya tocan á la muerte. Pero ¡ca! no, señor; que ponga banderillas el *Gordito*... ¡Que las ponga! ¡que las ponga! ¿No quiere el presidente?...—¡No lo entiende usté! ¡No lo entiende usté!—Pero, ¿has visto qué barbaridad, Clemente? A barbaridad, barbaridad y media; vamos á tirarle al espada cuanto tengamos á mano; hasta la bota le voy á tirar.

—No seas bruto; la bota me la voy yo á tirar al coleto.

—Pues, señor, el toro se ha vuelto *de sentido*.

—Más sentido tuvo siempre que vosotros,—dije yo entónces sin poderme contener.

—¡Y cómo se *entablera* el *arrastrao!*

—*Arrastrao* lo será luégo. ¡Y qué desgraciadillo está el espada! ¡Qué! ¡Si mata ménos que el quinto mandamiento de la ley de Dios!...

—Pero si el toro no hace nada por sí.

—Pues por sí es por quien hace,—digo yo.—¿Qué quereis? ¿Que se vaya al engaño del trapo, como vosotros al del vino?

—¡Paff!! ¡Vaya un golletazo que encajó al pobre

Digitized by Google

animal! Más valiera que le hubieran echao perros. ¿Verdá, Clemente?

—Verémos el segundo, y entónces pedirémos perros.

Y yo no pude seguir más, oyendo que me iban á hacer tragar perros. Y por no ver los perros por los tejados, y juzgando de la corrida de Clemente y Manolo por el primer *bicho* de Colmenar, los dejé sacando toros del fondo de las copas, adornados de sus *monas chispeantes*.

Aquí concluyo, convencido de que lo de *Pan y toros* fuera muy bueno, si sobre el pan no se subiera el vino, y si, con lo que entraña la moraleja de D. Ramon de la Cruz, no hubiera en las casas de los Manolos *toros y cañas*, y en las de los Clementes más *botas* que agotar que zapatos en compostura.

1866.

Digitized by Google

LUZ Y SOMBRA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LUZ Y SOMBRA.

I.

Es mi respetable amigo D. Bienvenido Rojas un coronel retirado y á la vez hacendado rico, que, con lo que su retiro y sus haciendas le producen, vive hecho un príncipe en Madrid, fuertemente apegado á la honesta vida de soltero, viejo por los años, jóven de corazon y libre de esos vicios que constituyen la parte odiosa del carácter de los solterones.

Don Bienvenido no es solteron en el peor sentido que se suele dar á esta palabra. No permanece célibe por ruindad ni por egoismo.

Don Bienvenido cree que muy mal se aviene la agitada vida militar con la sosegada del matrimonio, y miéntras estuvo en el servicio no quiso exponerse á ser, como él dice, el cabo loco de una mujer poco cuerda.

Despues se encontró ya sobradamente viejo y achacoso para inspirar verdadero amor y cumplir con los más altos fines de la vida conyugal.

El anciano coronel que, más prudente que otros de su edad, supo declararse inválido, huyendo las derrotas que le prometian las legítimas campañas del Amor, di-

Digitized by Google

viértese con sus gloriosos recuerdos de Marte y busca sus comodidades con sus rentas, sin que le haya ocurrido un momento la idea de ir á comprar una mujer ante los altares, cosa tan frecuente en estos tiempos, en que el mercado de las conciencias está abierto siempre lo mismo en la sociedad que en el campo cada dia más estéril de la política.

Sin herederos forzosos, y sin más obligaciones que las que su propia honradez le dicta, prueba su bondadoso carácter y la abnegacion de su alma hermosa, acudiendo con frecuencia al remedio de males que afligen á familias pobres; y más de un matrimonio se ha realizado entre laboriosos jornaleros, gracias á los auxilios y proteccion directa del coronel Rojas.

Este buen Coronel, cuyo retiro de la vida de campaña se ha realizado tan en provecho de las campañas de la vida; dispensándome una confianza que me honra en extremo, me ha revelado secretos íntimos, acompañándolos de profundas observaciones, hijas de su experiencia y conocimiento del mundo y del corazon humano.

Don Bienvenido figura en la historia de un su amigo y compañero de armas, cuya ruina fué por algun tiempo la comidilla de murmuraciones y comentarios graves en los círculos elegantes de la sociedad madrileña.

La historia á que me refiero entraña una leccion severa, y las principales figuras del cuadro tienen cerca de sí otras que, aunque relegadas á un lienzo aparte, de colorido ménos fuerte, forman con ellas perfecto contraste, y arrojan, desde su rincon modesto y oscuro,

Digitized by Google

una luz suave y consoladora que hace levantar la mirada al cielo como compensacion del horror que inspiran las miserias de la tierra.

II.

Don Francisco Jimenez, compañero de armas de nuestro Coronel, con quien sirvió á la sombra de la bandera isabelina durante la primera guerra civil, que, por desgracia de este país desventurado, no ha sido la última; casó harto temprano con una jóven de distincion, más por el nombre que por los bienes de fortuna, consumiendo pronto las exigencias de aquél la parte de éstos que pudo aportar al matrimonio.

La señora de Jimenez ha empezado la vida conyugal anunciando á su esposo las grandes dotes de mando, de pernicioso mando que poseia, concluyendo por dominar á su capricho, no ménos por lo débil del carácter del que ántes habia sabido gobernar soldados, que por el excesivo y nunca bien gobernado amor que á su esposa manifestaba.

El hombre abdica con harta frecuencia sus derechos en el seno de la familia; pero es lo peor que no siempre tiene la mujer bastante talento para comprender lo que semejante abdicacion significa.

Así, por esas no bien comprendidas abdicaciones, el gobierno doméstico suele convertirse en una anarquía, y la familia marcha á veces hácia el ridículo fuera, y dentro hácia la ruina y la desolacion.

La señora de Jimenez lo sacrificaba todo al triunfo

Digitized by Google

de su vanidad, con tanto más empeño, cuanto que su educacion superficial nunca le dejó pensar un momento en lo peligroso de tales sacrificios.

Con estos antecedentes se comprenderá la situacion de la familia en la época en que yo la presento, y en que se compone de ambos esposos y dos hijas, de diez y ocho años la una y veintidos cumplidos la otra, hermosas las dos, de corazon frio y de cabeza desvanecida por el demonio de la heredada soberbia.

La voluntad de Jimenez es un juguete de los caprichos de su esposa y de sus hijas que, segun ellas, han nacido para brillar.

Y brillar, segun opinion de las mismas, es aparecer en el mundo, hermosas como las que más, sin rivales en lujo, como ninguna elegantes.

La señora y señoritas de Jimenez son traidas y llevadas como zarandillos por los revisteros de salones, y la imprenta, invencion del genio para más elevados fines, suda tinta para preconizar el exquisito gusto de sus riquísimos trajes, la novedad de su tocado, el precio y magnificencia de sus aderezos, y tambien la gracia singular con que escuchan las galanterías de sus adoradores, sin acordarse, por supuesto, del débil esposo y desgraciado padre, que sacrifica á las locuras de aquéllas tres mujeres el porvenir, y tal vez la honra de su casa.

¿Compensa una hora de esplendor, de las heridas que la murmuracion produce, sobre todo si la murmuracion tiene fundamento?

—La señora y señoritas de Jimenez brillan, se dice.

Digitized by Google

—¿Y con qué recursos cuenta Jimenez para que puedan brillar sus hijas y su esposa?—hay quien conteste siempre en todas partes, ó con severidad imparcial, ó por el aguijon de los celos y la envidia.

El militar, sin autoridad doméstica, ha ido empeñando sus bienes, y su mismo honor está empeñado por sostener con su debilidad los falsos ídolos de su familia.

Y ¿qué han conquistado con sus triunfos las hijas hermosas del militar, derrotado por cesion de mando en las batallas de la vida?

La casa de Jimenez se ha convertido, por obra y gracia de las reinas de los salones, en un palenque donde esgrimen armas de necios los más conocidos y desocupados mozalbetes de la córte, y donde hace alarde de ingenio decidor, atrevido y un tanto cáustico, algun viejo verde de historia oscura, de esos que nadie sabe cómo entran en una casa honrada, y á quienes el mismo amo de la casa no se resolveria á hacer salir por miedo al ridículo, que de esto hay mucho en las llamadas sociales conveniencias.

Esa era la córte habitual, íntima, obligada, casi impuesta anti-constitucionalmente, de las reinas sin trono y sin corona.

Si se les acercó algun jóven de nobles prendas, atraido por el brillo de su hermosura, pronto hicieron que se alejára su imponente cuanto insostenible lujo, la frivolidad de su trato, el frio glacial de su soberbia.

Cuando el público que suele asistir á esos teatros se

Digitized by Google

dió cuenta exacta del estado angustioso de Jimenez, á pocos inspiró éste compasion; muchos se rieron; las rivales de su esposa y de sus hijas las insultaban en silencio, que suele ser el peor y el más sangriento insulto para almas de cierto temple.

El ridículo fuera de casa; dentro, la ruina y la desolacion.

III.

Se ha resuelto al fin el problema. Se ha aclarado el embrollado enigma. Jimenez sacrificaba su sosiego á los caprichos tenaces de las tres mujeres, y tras las sonrisas de triunfo de éstas, se ocultaban las lágrimas de tardío arrepentimiento del esposo y del padre.

Los palacios encantados se alzaban sobre las ruinas de la casa, y los fantásticos, lisonjeros cuentos de la gacetilla, ocultaban la severa historia de la triste y fria realidad.

Poco á poco se han ido alejando los adoradores de los falsos ídolos; los vasallos de las reinas caidas.

La luz del mundo es ya toda sombras para la familia de Jimenez, y ha penetrado en su corazon herido el frio del hogar abandonado.

Pronto verémos si es verdad aquí lo que dice el refran aquel de que «de los escarmentados nacen los avisados.»

Jimenez llama á su amigo y compañero el coronel Rojas, y éste acude solícito al llamamiento. Escucha la relacion de las desgracias, de que ya tenía noticia, y juz-

Digitized by Google

ga fundadamente que lo que necesita su amigo no son consejos, que ya serian inútiles, sino dinero, reclamado con urgencia por una situacion desesperada.

Ofrécele generosamente sacar de empeños el honor de su casa y librar de una miseria ya amenazante á su familia, con la esperánza de que aproveche la leccion recibida al precio de los despilfarros hechos por un impotente y mal entendido orgullo.

¡Vana esperanza la de D. Bienvenido! La señora de Jimenez, apénas oye á éste la relacion del rasgo de generosidad del honrado y noble Coronel, piensa en el amigo de su esposo como en la tabla de salvacion de su amor propio, tan cruelmente herido.

El ansia de vengarse de sus rivales y de reconquistar la vana gloria pasada, le hace tener en poco los ofrecimientos de Rojas y soñar con la fortuna entera de éste por medio de un enlace con la hija mayor, quien, educada en la falsa escuela, como discípula aprovechada, aplaude la idea de su madre, sin pararse á medir su terrible trascendencia.

Verdad es que el fin casi justifica y hace buenos los medios.

Si la señora de Jimenez conociera á fondo al coronel Rojas, no le hablaria, ni siquiera con recursos hábil y delicadamente empleados, de sellar la buena y antigua amistad con aquel proyecto de enlace, cuya proposicion es por sí sola un crímen á los ojos de todo hombre honrado.

—Señora—sabe contestar con firmeza D. Bienvenido á la señora de Jimenez—el enlace que V. me propone,

Digitized by Google

no sólo serviria bajamente de instrumento á una soberbia sin nombre, sino que llegaria á ser la desesperacion de todos, porque yo nunca estaria dispuesto á suscribir las fatales abdicaciones de poder, firmadas en mal hora por el carácter débil de mi desgraciado amigo. No sacrifique V. la dignidad al orgullo; y puesto que el hombre puede mostrarse digno en la desgracia, procure V., con sus hijas, honrar á su esposo, fortificando, ó, más bien, devolviéndole la autoridad perdida, y huyendo de meterle en nuevos empeños, de los que sale peor librada la honra que la fortuna.

IV.

Propónese Rojas no volver á exasperar con su presencia á la esposa de su amigo, humillada por su repulsa delicada y prudente, si bien con la reserva de informarse de la conducta de las tres mujeres, que, desconociendo los goces puros y la santa poesía del hogar doméstico, huyen como siempre del que debia ser su centro natural, para ir á alimentarse de vanas esperanzas de lo que fueron.

El afan de llegar allí las obliga á esfuerzos desesperados con que preparan una caida más terrible que la primera.

Un dia que Rojas, despues de un largo viaje, trata de ver á su amigo y compañero, encuentra en la portería de la casa á una niña, como de unos diez años, que lleva un gran envoltorio.

Aquella niña le dice que el señor de Jimenez ha muer-

Digitized by Google

to hace diez meses, y que la viuda y sus hijas siguen viviendo en el cuarto principal de la casa.

Dícele tambien la niña que ella vuelve en aquel momento de la calle con un recado que las de Jimenez dieron á su hermana Adelaida, costurera que vive con ella, manteniéndola con su trabajo, así como á su anciana madre, en un quinto piso de la misma vecindad.

Aquella niña ingenua y sencilla excita la curiosidad y á la vez la simpatía del Coronel, que, deseando por otra parte adquirir noticias ciertas de la familia de su infortunado amigo, sube, siguiendo los pasos de la tierna demandadera, al último y abuhardillado piso de la casa.

La habitacion reducida y modesta de Adelaida, deja desde luégo comprender á Rojas que no es la miseria la que preside en la oscura y laboriosa vida de las sencillas vecinas de las señoras de Jimenez.

En los cuadritos, en los muebles, en las mismas ropas de las dos camas que se ven en las alcobas contiguas á la salita, donde está trabajando Adelaida al entrar don Bienvenido, se nota desde luégo ese prolijo esmero y esa limpieza exquisita de la mujer hacendosa y esclava de los deberes domésticos.

Nada, absolutamente nada de lujoso; todo sencillo, hasta pobre, si se quiere; pero todo tocado por la mano delicada del buen gusto y del aseo.

Son las nueve de la mañana, y en la habitacion de Adelaida no se descubre ni una huella del dia anterior.

A esas horas, en sus tiempos brillantes, estaban las de Jimenez entregadas al sueño; sueño intranquilo y lle-

Digitized by Google

no de fantasmas de imaginaciones enfermas, de delirios de la vanidad, de deseos y temores de conciencias alteradas.

Sobre los muebles yacian á esas horas sin órden los trajes de paseo, de exposicion, mejor dicho, de la tarde anterior; las galas y los adornos con que habian luchado en salon abierto y al resplandor de mil bujías, para conquistar la lisonja de un tonto ó la sonrisa de desprecio ó de lástima de una rival envidiosa; las joyas arrancadas á costa del porvenir, y tal vez al precio de la honra para buscar á la luz del mundo un templo digno del ídolo de la soberbia.

V.

El anciano Coronel goza en silencio, pensando que hay algo de consolador en aquel contraste, y echando de ver, al contemplar las figuras dulcemente risueñas de Adelaida, de su madre y su hermanita, que hay ángeles de este mundo que buscan á la sombra del hogar, y guiados por la luz suave del amor de la familia, el templo donde no hay altar más que para la virtud.

Don Bienvenido, siempre tan bien llegado allí donde la honradez y el trabajo reinan, logra pronto la confianza de aquellas buenas gentes; y, manifestándoles su interes por la familia de su amigo, llega á saber que, á pesar de las desgracias, madre é hijas siguen con sus devaneos, malvendiendo lo mal comprado, y volviendo á comprar lo superfluo ántes que lo preciso é indispensable.

Digitized by Google

El recado con que volvia la niña consistia en unas telas de flamante moda de alivio de luto, con que ya pensaban sustituir las de Jimenez el luto riguroso, no llevado aún el año completo.

Adelaida se ha propuesto pretextar su mucho trabajo para dejar de coser aquellos vestidos que su madre dice, con razon, son un insulto á la memoria del desgraciado esposo y padre de aquellas cuyas relaciones desea evitar ya la honrada familia del sotabanco.

Don Bienvenido comprende, por lo que oye á Adelaida y á su madre, que la enfermedad de las de Jimenez no tiene cura. El generoso anciano casi se arrepiente del remedio que puso á aquella primera caida que, con todas sus consecuencias, tal vez hubiera sido leccion más provechosa, si algo hay que aleccione al vicioso formado á la vez por carácter y por educacion.

Sabe Rojas pocos dias despues que la familia de Jimenez ha tenido que dejar la casa por justa exigencia del propietario, y no renuncia por eso á sus visitas al quinto piso, cuyas inquilinas le inspiran siempre el profundo interes que inspiran á las nobles almas la personificacion de la virtud y el trabajo.

Con su virtud rechazó muchas veces la bella y sencilla Adelaida las infames pretensiones de los que la asediaban con la seduccion de la riqueza, las comodidades y el fausto.

Con su trabajo supo suplir la falta de su padre, sosteniendo á su madre y hermana y procurando hacer del sotabanco un palacio encantado donde la paz no se alteró nunca y donde locos deseos jamas robaron para el

Digitized by Google

mundo aquellos corazones que tienen su santuario en el hogar doméstico.

Adelaida ama á un hombre, jóven y honrado como ella, pero como ella pobre, y va sacrificando la gloria y porvenir de su amor á las atenciones que reclama su anciana madre, á quien desea rodear con su trabajo y cariño filial de toda clase de comodidades posibles.

El coronel Rojas comprende la grandeza del sacrificio, y se propone salvar los escrúpulos del cariño filial de aquella mujer incomparable.

Cita al novio á pleno consejo de familia, de que se constituye presidente por la edad y por su intencion de juez de tribunal de premios á la virtud, y, á vueltas de repulsas delicadas de unos y otros, entrega al elegido del corazon de Adelaida, como préstamo sin interes ni plazo, un capitalito que el trabajo y la honradez han de hacer base de la fortuna futura de aquel matrimonio, sancionado por la paternal proteccion del Coronel, á quien parece haber confiado Dios el apoyo de los nobles esfuerzos de la virtud acrisolada.

Casamenteros como D. Bienvenido son los más dulces instrumentos de que suele valerse en sus designios la Providencia.

Un laborioso indivíduo más en la familia, lleno de amor y de gratitud y de esperanzas. Hé ahí la trasformacion sufrida con las bodas de Adelaida, que sigue siempre en su modesta casita, sin abandonar la sencillez de la vida que hacía con su madre y su hermana.

Las de Jimenez, cegadas por los resplandores falsos del pasado, siguen pidiendo al mundo lo que el mundo

Digitized by Google

les arrebató; y, cubiertas de seda, tal vez lleguen muy pronto á cruzar de noche las calles de Madrid, áun en peores condiciones que las verdaderas pobres vergonzantes.

¡Soberbia, que sales y resplandeces! ¡Virtud modesta, que te ocultas! ¡Bien saben los nobles corazones en cuál de vosotras se halla la sombra que mata, y en cuál de vosotras se encuentra la luz que vivifica!...

1869.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO.

En verdad que nosotros, los españoles del siglo XIX, no podriamos acomodarnos á aquel famoso *mentidero* de las gradas de San Felipe, en que los caballeros del siglo XVII se revolvian á su placer, con espada al cinto y todo, para comentar las historias y fábulas que de boca en boca corrian por la villa, á gusto y á disgusto de la córte del Rey-poeta, y muchas veces más en desdoro que en honra del favorito y quizás de algunas de las damas, satélites del sol de hermosura que al lado del Monarca se alzaba en el trono glorioso de San Fernando.

Nosotros, aunque despojados de espada por la revolucion de las costumbres, necesitamos dar pasto á la lengua y campo á nuestra osadía en espacio más ancho, puesto que á ello nos estimulan las revoluciones políticas, fuente principal de nuestros numerosos y constantes mentideros.

¡La Carrera de San Jerónimo! Hé ahí una carrera que pocos siguen con los libros en la mano, que á muchos conduce á los escaños del Congreso, y que á algunos pudiera, ó al ménos debiera, conducir á los trabajos

Digitized by Google

forzados de presidio, en gracia de los criminales escamoteos á que se dedican.

El que quiera conocer la famosísima villa del oso y del madroño, tiene que estudiar el fondo como la superficie de esa Carrera, cuya fisonomía retrata todos los esplendores y todas las miserias imaginables.

No busqueis á Madrid en la Puerta del Sol, punto de parada de cien carruajes; playa donde se desarrollan los mil pólipos que le han salido á la ex-coronada Villa; sitio de inocente recreo de los desocupados y de esos pobres descontentos con su soledad moral, que buscan consuelo material en la compañía de los congéneres, que pasan su vida siguiendo con la vista los movimientos de las aguas de la fuente ó de las agujas de ese gran reloj, cuyo arreglo ofrece á veces tantas dificultades como el del personal del Ministerio en que se levanta.

No busqueis tampoco á Madrid en la calle de Alcalá, á pesar del tramvía, y por más que allí se alce el extenso edificio, el temeroso departamento en cuyo fondo se fraguan las graciosas contribuciones de guerra y se combinan esos famosísimos empréstitos que aumentan los *ingleses* de España y encrespan las olas de nuestra deuda flotante.

La calle de Alcalá sólo acentúa algunos rasgos de nuestra fisonomía, al clamoreo alegre y estrepitoso de las campanas por la Pascua de Resurreccion; cuando se desarrolla la cola que forman los aficionados á la puerta del despacho de billetes de la plaza de toros; cuando una nube de carruajes sube y baja con rapidez vertiginosa, con estruendo alegre que hace un contagio de la

Digitized by Google

aficion taurina y arrastra al más misántropo al enarenado circo, donde apénas se vislumbra ya la raza de los Pepe Hillos y los Chiclaneros en esa lucha sangrienta y anticivilizadora, espectáculo tradicional que pugnan por conservar hasta los más ardientes revolucionarios.

*
* *

No; donde palpita constantemente la vida de Madrid es en la Carrera de San Jerónimo. Desde el café Imperial al palacio de las Córtes, esas palpitaciones las siente, las ve el espíritu ménos observador y el ménos aficionado á apuntar en su cartera las costumbres y los tipos característicos de un pueblo.

Ahí, en esa calle hallaréis una especie de antesalon de Conferencias del Congreso; y ántes de que podais descubrir las garras de aquellos leones soberbios, fabricados con los cañones que cogieron nuestros héroes en África, podeis ver y hasta oir en corrillos á los cabildeadores que forman cábalas en pro de alguno de tantos partidos como dividen á esta nacion, animada de un solo sentimiento durante aquella gloriosa lucha, en nada parecida á las que ahora nos destrozan.

En ese largo trecho tembló un dia un famoso primer ministro de Isabel de Borbon, al verse seguido de cerca por un hombre de luenga barba en que temia encontrar un conspirador, un terrible asesino, que apareció tambien á su vista, como la sombra de su conciencia, en una de las tribunas del Parlamento, donde hizo prenderle para tener el gusto de convencerse despues de que

Digitized by Google

el conspirador, el asesino no era más que uno de tantos pretendientes como asedian de contínuo á los encumbrados timoneles de la nave del Estado.

En esa Carrera, en aquella elegante Cervecería, donde, siendo yo niño, existia el célebre cuanto modesto café en que los toreros y aficionados al *arte* discutian las estocadas que se habian dado en la última corrida, hallaréis hoy con frecuencia á muchos padres de la patria refrescando la sangre que se ha irritado ó se va á irritar en medio de esas tremendas y trascendentales discusiones, en que las personalidades de nuestros prohombres ganan á veces poco, y suelen perder mucho el crédito, los intereses y la paz de nuestra pobre España.

En la Carrera, frente á esa Cervecería, está el acreditado café de la Iberia, donde aún alientan á ciertas horas algunos adalides del progresismo histórico, cerca de la pléyade de eminencias radicales, y codeándose con los moderados más recalcitrantes, de aquellos que lucharon con el inolvidable vencedor de África, con el vencido al fin por sus propias amarguras y políticos desengaños.

* * *

Desde el punto de confluencia de las Cuatro Calles hasta más abajo de la iglesia de los italianos, veréis apretarse y arremolinarse la muchedumbre en esas horas de supremas crísis en que el Congreso es una caldera de vapor en que se cuece un cambio de nuestros destinos, ó de los *destinos* de los que han de disfrutar-

Digitized by Google

los, muchas veces con peligro de que la caldera estalle por donde ménos se pensaba, quizás por un golpe de Estado de esos que dejan á la multitud con la boca abierta y á muchos hambrientos con la boca cerrada.

En esas ocasiones suelen verse allí grupos de gente *non sancta*, con la gorra y el hongo sobre las cejas, con el cachorrillo y el trabuco bajo la pañosa, y que se dirigen miradas de inteligencia y misteriosas palabras, obedeciendo quizás á la consigna de algun soberano popular que los disciplina para las barricadas.

Confúndense con ellos grupos de gente sencillamente curiosa que acude á averiguar lo que ocurre por el simple placer de contarlo á los amigos, á trueque de algun susto, algun pisoton ó descalabradura que puede muy bien tocarles en suerte en medio de esas *corridas* que ocasiona el despejo verificado por la fuerza armada, y que tantos beneficios producen al comercio, que cierra sus puertas con espanto, y al crédito español, que abre las suyas á la desconfianza.

Y cuando la tempestad se ha disipado, aunque sólo sea en truenos y relámpagos; cuando la crísis se ha resuelto con satisfaccion de muchos y pena de no pocos; cuando la caldera ha dejado de hervir ó ha acabado de reventar, la Carrera de San Jerónimo es todavía por muchas horas el teatro donde se agitan y gesticulan los comparsas eternos de esos dramas y sainetes políticos en que la escena nunca está servida á gusto de los contribuyentes.

La Carrera de San Jerónimo es entónces el campo donde bullen, se estiran y se esperezan todos esos in-

Digitized by Google

sectos, oscuros ó brillantes, que surgen siempre á los primeros rayos del sol que sucede á las tormentas.

Los mentideros de la Carrera se multiplican. Los barrenderos, criados de servicio, horteras y demas gentes de primera hora en la esquina de la calle de Sevilla, tomando el café, el aguardiente y el buñuelo; los elegantes desocupados despues, á la puerta del antiguo comercio de Plantey; los preocupados aspirantes á gobiernos de provincia, y los ya presuntos candidatos en las próximas luchas electorales; los agiotistas que matan el tiempo para acudir luégo á la Bolsa; todos, en esa Carrera, cuentan, comentan, critican, desmenuzan y mienten, tratando á su sabor y á merced de sus ideas ó intereses, los sucesos ocurridos, los cambios verificados, las trasformaciones inesperadas.

Sí; sépanlo para su consuelo los furibundos descentralizadores de provincias. Si en todas las circunstancias, la política, que lo absorbe todo, se centraliza en Madrid; Madrid tiene su centralizacion constante en esa famosa Carrera, que parece que se dobla desde su altura para ir á besar los cimientos del Palacio de la Representacion Nacional.

***

Si del terreno político pasamos al terreno social, yo no sé qué atractivo, qué iman poderoso tiene la Carrera de San Jerónimo, cuando la elegante dama, el pollo impertinente, el estirado capitalista, el literato grave, no saben bajar al Prado ó dirigirse á Recoletos sin dar

Digitized by Google

la vuelta por ella con los ojos puestos en todas las curiosidades y variados objetos que en los establecimientos públicos aparecen, y que las exigencias del buen gusto ó de la moda extravagante renuevan cada dia.

Pero ¡qué contrastes de tipos, de aficiones, de deseos, descubre al primer golpe de vista el impasible observador que atraviesa á ciertas horas esa calle!

La vanidad, la tentacion del lujo asoma, en los ojos de la mujer casi niña, á los escaparates de Mellerio y Marzo, donde los aderezos de perlas y brillantes, con sus cambiantes de luces y los variados matices del oro, le hablan en silencio un lenguaje mefistofélico, de atractivo más grande para ella que la primera frase de amor que ha debido escuchar en esas reuniones donde la riqueza y el lujo de *las otras* le hacen soñar muchas noches, más que en un marido de su gusto, en un marido para su gasto.

Allí está el gastrónomo, en ocasiones sin dinero, chispeándole los ojos ante los cristales del escaparate de Lhardy, contemplando en éxtasis cómico los dorados faisanes, el pavo con trufas, la rellena cabeza de jabalí, los manojos de espárragos, las ostras de Ostende, las botellas de ricos vinos nacionales y extranjeros; y, en su arrobamiento y en sus ánsias irrealizables, quizá estruja desesperado el bolsillo, viendo pasar con indiferencia una y otra hermosura provocativa, cuyos crugientes vestidos arrastran detras de sí otras esperanzas y otros deseos.

Ante los espaciosos muestrarios de la Villa y Córte, se detienen encantadas horas enteras, sin temor de per-

Digitized by Google

der el proyectado paseo por el Retiro, la esposa y la hija del empleado. Piensan en que un ascenso de éste tal vez pudiera servirles para lograr alguno de aquellos chales tentadores, alguno de aquellos trajes tendidos en graciosos pliegues, ó entallados en cuerpos de carton y madera con tal propiedad, con tan maligna y refinada intencion de despertar deseos, que el padre y esposo, cuyo suspirado ascenso no llega, apénas oye luégo hablar á sus mujeres más que de seda, fichús, encajes, blondas, bullones, faldas y sobrefaldas.

Allí, el elegante insípido que quiere aumentar su coleccion de bastones ó *culotar* una nueva boquilla de espuma de mar y ámbar, se abisma en una de aquellas tiendas de chucherías dispendiosas importadas de Francia y Alemania, y que apénas faltan ya en ningun comercio de camisería y guantes, porque son objetos de fantasía y capricho, y, como esto se paga bien y la vanidad es patrimonio de los hombres como de las mujeres, el comerciante recoge, sin alteracion de conciencia, el ciento por ciento que le dejan el capricho y la buena fe de los vanidosos.

Entre tanto, allí está, en la misma Carrera, el escaparate científico y literario de Alfonso Durán, presentando á la vista de los pocos aficionados á libros las novísimas resoluciones de problemas sociales y filosóficos, las bellas lucubraciones de literatos nacionales y extranjeros, los pedazos del corazon del poeta, abandonados desdeñosamente tras aquel cristal por aquella tierna y sensible niña que pasó de largo á fijarse tenazmente en los pedazos de pedrería y de oro, ménos

Digitized by Google

brillantes que las ideas y el lenguaje del cantor de las alegrías y tristezas del corazon humano.

Bibliófilos y literatos son los visitadores que ayudan á sentir y á vivir al inteligente Durán en su almacen de papel impreso. Del público, la inmensa mayoría se contenta con detenerse un momento á reir ante una nueva caricatura, á comentar frívolamente el grabado de alguna ilustracion abierta, ó á resentirse, con más orgullo que razon, del tinte oscuro con que un dibujante estadista señala en un mapa de Europa el grado de ignorancia de este pueblo, que ha aprendido á conocer sus derechos todos, sin que nadie le haya enseñado á estudiar y practicar sus deberes.

*
* *

Los rebuscadores de fonduchos de menor cuantía, y de sitios en que se ofrezca de comer abundante, bueno y barato, tienen un tesoro escondido en lo más alto de la Carrera de San Jerónimo, y á la mayor altura de una casa muy próxima, casi vecina de aquella otra levantada por la fortuna sin ejemplo del propietario de *La Correspondencia de España*, y cuyos cimientos se han echado sobre esas piezas de dos cuartos que D. Manuel Santana ha recogido y sigue recogiendo de sus curiosos compatriotas á cambio de noticias frescas.

En la casa vieja y mal rejuvenecida á trechos á que aludo, despues de subir todos los tramos desiguales de una escalera oscura, tortuosa y hasta peligrosa, se llega á un laberíntico corredor que termina en una doble puer-

Digitized by Google

ta para dar paso á una sala modestísima donde aparece una mesa eternamente enmantelada, capaz de cincuenta cubiertos por lo ménos.

¿Quién se ha encargado de hacer que, principalmente á las siete de la tarde, no se encuentre jamas sobre aquellos manteles un cubierto en huelga? ¿Quién reune allí elementos tan dispersos como el solteron cesante, el artista huérfano, el forastero pretendiente, el gacetillero meritorio, el incipiente memorialista, el literato de sotabanco, gentes en su mayor parte de la bohemia más trasnochada, tan ancha de estómago como estrecha de bolsillo?

Ni una muestra en la casa, ni un anuncio en las esquinas, ni un reclamo en los periódicos. Sólo los encomios y las recomendaciones privadas de estómagos agradecidos, han llegado sin duda á sostener y acrecentar desinteresadamente la parroquia abigarrada de aquella fonda sin nombre, que no sé si existe todavía, y en la que, segun un competente compañero mio, ha habido quien, por dos pesetas, ha tenido el valor de comer para toda una semana.

Es que, en la Carrera de San Jerónimo, hay de todo y hay para todos.

***

Pero cuando se extiende por la gran ciudad la sombra de la noche, como diria un novelista por entregas de cuartillo; cuando el gas arde, y más bien parece que se avergüenza al alumbrar tímidamente, con los atrasos

Digitized by Google

del Ayuntamiento, los adelantos de esta nuestra civilizacion embrionaria y vacilante; se anima, crece el interes de la escena ostensible de la Carrera de San Jerónimo.

Desde la acera se ve á la numerosa y heterogénea concurrencia del café Imperial, envuelta fantásticamente en las capas de una atmósfera densa y pesada, que no sé si habrán previsto los facultativos al tratar las afecciones pulmonares.

Las puertas de aquel bullicioso punto de cita de cómicos y toreros, gastan sus goznes elásticos para dar entrada y salida á esos conocidos y desconocidos artistas, personajes por horas, que mañana han de salir *ajustados* para hacer en una noche el papel de rey y de pordiosero, de víctima y de verdugo, ó para presentar *el bulto* ante una fiera que sabe bien distinguir de colores y defenderse y ofender, áun fuera de la jurisdiccion que le marca el arte popular de Romero y Costillares.

Esos artistas de tipo sobresaliente, no siempre bien vestidos, aunque guardan enfundados vistosos trajes bordados con hilo de oro y lentejuelas, suelen, despues de tomar café, salir á tomar el aire en la acera, cuyo paso obstruyen en corrillo, formando cábalas de futuros ajustes y aplausos, miéntras enfrente, en las esquinas de las calles de Espoz y Mina y la Victoria, no faltan mozos de gorrilla sobre la nuca ó calañé ú hongo sobre la ceja, que se divierten en festejar y piropear de un modo poco edificante á ciertas distinguidas mujeres, cuya *carrera* es la Carrera de San Jerónimo.

Digitized by Google

En vano las autoridades han tratado de evitar con medidas transitorias y eludibles esas ostentaciones escandalosas de la prostitucion en la calle de más tránsito y en las horas de mayor concurrencia. El remedio ha sido á veces peor que la enfermedad.

En los tiempos de mayor corrupcion del Imperio, las cortesanas de Roma sólo al final de la segunda vigilia, las doce de la noche, *la hora del silencio*, abrian su mercado del Foro, teatro en que los ídolos de la licencia adoptaban todos los recursos de su coquetería plástica y voluptuosa para acrecentar las ofrendas del vicio.

Allí acudian, con el aturdimiento de la embriaguez, los libertinos del patriciado romano á divertir sus ocios; allí se gozaba la adúltera de Claudio en dar rienda suelta á su vergonzoso desenfreno. Pero la impudencia de Mesalina no podia ejercitarse á los ojos de las severas matronas que conservaban todavía la aureola de su virtud léjos del fango que salpicaba la púrpura de los emperadores.

Ahí, en la Carrera de San Jerónimo, la madre y la hija de familia honradas que acuden al teatro en busca de un honesto recreo, no tienen más remedio que codearse con la desenvuelta, y con frecuencia maldiciente, cortesana.

***

Con más sigilo y recato aparecerá otro escollo cerca del incauto forastero, sobre todo junto á las Cuatro Calles; pues allí de seguro ha de saludarle muy cortés-

Digitized by Google

mente alguno de esos industriosos y finos caballeros que se llaman *ganchos*, ofreciéndole con el más vivo interes una tarjeta con las señas de una casa, en que le asegura se pasa muy bien el rato, divirtiéndose limpia y legalmente en medio de una sociedad escogida, cuya *cabecera talla* treinta onzas.

Y, en efecto, el cándido que cae en la red y acude á que *le tallen*, pronto queda exento del servicio y tiene que salir plenamente convencido de que en aquella sociedad escogida todos son muy caballeros, aunque su capa, es decir, su bolsillo, no parece.

En la Carrera de San Jerónimo no faltarán, no, círculos *de recreo* con más ó ménos garantías de limpieza. Si á la salida del teatro, ó á última hora del café, os rezagais un poco y pasais por la Carrera; por muy absortos que os lleven vuestros pensamientos, no tardará en llamar vuestra atencion un ruido metálico pronunciado, un trasiego de oro y plata que denuncia alguna de esas selectas sociedades en que muchos entran con tarjeta y salen con esperanzas de mejor suerte.

Esos cotarros suelen dirigirlos en su provecho y en el de sus compadres, hombres que, á costa de la ruina de muchas familias, llegan á comprar hermosas fincas y grandes partidas de papel del Estado; hombres que siguen siendo capataces en este *presidio suelto*, y hasta pueden hacerse diputados, ya que no por la gracia de Dios, por la de la Constitucion de la ex-monarquía española.

Son cerca de las cinco de la madrugada. Es la hora en que las pródigas burras medicinales se disponen á

Digitized by Google

llevar, al trote largo y á són de campanillas, el alivio á los acatarrados y el consuelo á los tísicos incipientes.

Es la hora en que muchas *cucas* cruzan soñolientas la Carrera de San Jerónimo y pasan á la calle de Alcalá á tomar en el antiguo establecimiento de doña Mariquita su mojicon y su vasito de leche, producto de alguna *vaca* engordada sobre campo siempre verde tal vez por una constante y feliz *contrajudía*.

Comprenderás, lector amable, que á esas horas y despues de una carrera tan larga por la muy famosa del pueblo en que he nacido, emprendida nada ménos que desde una arrinconada aldea de la costa cantábrica, debo tener deseos y hasta necesidad de descanso.

Con que, buenas noches, es decir, buenos dias; que largos y prósperos los mereces si has tenido paciencia y valor bastantes para seguirme hasta el fin de la Carrera.

1873.

Digitized by Google

LA DONNA È MOBILE.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA DONNA È MOBILE.

I.

Sí, en verdad.

Es, ni más ni ménos, como la describe el poeta.

Como la canta el tenor en *Rigoletto* cuando se tumba, con botas y todo, en la cama, á la vista de las señoras de los palcos y de los enfracados pollos de las lunetas.

Es así, cual pluma arrojada al viento.

Cambia de pensamiento lo mismo que de lugar de la escena de sus graciosas fechorías.

Por eso está tan mal con los dramaturgos clásicos.

La revientan las unidades.

Bosteza ante *El Sí de las Niñas*, de Moratin.

—¡Ah!—dice ella—¡yo no comprendo estas niñas que dan *el sí* con unidad de tiempo, de lugar, de accion, de todo!... ¡Esto es simplemente *simple!*

Ella, *la coqueta*, vive del movimiento desordenado de la escuela romántica.

El *sí* que ella lanza tiene muchos *bemoles*.

Como que es una nota con que juega por costumbre, por necesidad, y hasta por temperamento.

Digitized by Google

Si fuera un *sí* de *pecho*, la coqueta moriria tísica de tanto emplearle.

Ni siquiera es un *sí* de *gola*, porque la coqueta es egoista, y tiene miedo á una *laringítis*.

Pudiera llamarse un *sí* de *pico*, porque le lleva siempre en el de la lengua, dispuesta á soltársele al primer transeunte.

Y, sin embargo, todavía hay tontos que toman por lo serio esos juegos de *música celestial* de la *donna mobile*.

II.

Juanita es la coqueta más deliciosa que puede servir de adorno en una tertulia; porque, eso sí, hemos convenido en que esas cabecitas movibles y graciosas, morenas ó rubias, son un verdadero adorno de los salones.

La sociedad las necesita como un tema de conversacion, ó como una conversacion sin tema, que en los salones suelen ser las más frecuentes.

Y, no obstante, la coqueta siempre tiene su tema obligado.

Ese tema es el culto constante de sus gracias de todo género.

Y ahí tienen ustedes cómo tambien hay algo *constante* en la volubilidad de la coqueta.

Juanita, con esa aficion, esa aspiracion eterna, se complace en ser objeto á todas horas del culto del otro sexo, que podemos llamar el sexo contrario, pues, al fin y al cabo, Juanita trata á los hombres como á enemigos.

Les echa el lazo, y luégo los derriba.

Digitized by Google

Es lo mismo que hace el gaucho argentino con los caballos, en medio de los arenales de la Pampa, sin perjuicio de que los pobres animales sean luégo los mejores amigos del gaucho.

Tambien hay animales, es decir, tontos engañados por la coqueta, los cuales se hacen despues sus mejores amigos.

Eso va en gustos, y los hay que merecen palos, es decir, coquetas.

Como digo, Juanita, con aquella aficion al culto, lo recibió en una noche de tertulia en cierta casa, de cuyas señas no quiero acordarme, de unos cuantos caballeros particulares, todos conocedores del terreno, ménos dos necios con barbas que tomaron la cosa por lo serio, que era la peor manera de tomar la cosa.

El uno estaba junto á una chimenea, y allí recibió el fuego graneado de los dengues y monadas de Juanita.

El otro tropezó con los ojos de la coqueta al tomar el té, y se quemó al llevarse la taza á los labios.

El uno recibió el *sí*, pedido en la primera vuelta de un vals.

El otro oyó á Juanita pronunciar la dulce sílaba al pronunciarse en retirada la tertulia.

III.

Y ya los tienen ustedes en el campo.

Han salido á esparcir el ánimo várias señoritas y algunos caballeros, dejando el ruido de la ciudad por esos juegos inocentes que caballeros y señoras encuentran de vez en cuando entre pájaros y flores.

Digitized by Google

Entre ellas está nuestra Juanita, que acaso no se acuerda ya de que ha dado dos *síes* en una noche: bien pocos por cierto.

Entre ellos están los dos infelices, que no tienen pensamiento más que para Juanita.

El lugar de la escena es magnífico. Parece que se ha pintado para los caprichosos esparcimientos de una mariposa.

Alguno lo tomaria por el Parque de Madrid, con permiso del excelentísimo Ayuntamiento.

Pues no, señor; éstos son otros Lopez, es decir, éste es otro parque, en que, sin haber cepas ni parras con peligros de filoxera, han entrado algunos por uvas como tordos en viñedo.

Díganlo nuestros caballeros, que andan á caza de la mariposa, es decir, á caza de Juanita, que se ha separado habilísimamente del grupo bullicioso de sus compañeras.

La mariposa corre, esto es, vuela que es un portento, y Juanita tropieza con uno de sus adoradores á la entrada de una calle de árboles, y con el otro á la salida de una calle de arbustos.

Al primero le planta una rosa en la solapa del levisac, y al segundo un clavel en la solapa de la levita.

Y, sin embargo, no podemos decir que Juanita es una muchacha *solapada*.

La salida de la calle de arbustos y la entrada de la calle de árboles se tocan, y el agraciado con la rosa y el agraciado con el clavel se encuentran frente á frente.

Son, despues de tantas gracias, dos verdaderos desgraciados.

Digitized by Google

Juanita sigue, despues de su lindeza, volando de flor en flor como mariposa, y riendo *en voz baja*, con esa risita de los arroyuelos murmuradores, que tanto ha dado que decir á los poetas bucólicos del tiempo de Pepe Botella.

IV.

Voy á ser á ustedes franco.

Me da tentacion de dejar plantados entre los arbustos y los árboles, como un abedul y un alcornoque, á aquellos dos tontos, que un novelista serio llamaria el caballero *de la Rosa* y el caballero *del Clavel*, como Don Quijote llamaba á aquellos otros el *caballero de los Espejos* y el *caballero del Verde Gaban*.

Los nuestros eran verdaderamente dos caballeros *de la Triste Figura*, porque la hacian, colocados frente á frente, despues de los donativos de Juanita.

Pero hay tontos que ni se arrepienten ni se enmiendan. Y éstos se empeñaron en tomar la cosa siempre por lo serio. En cuanto echó á correr Juanita, disputaron sobre quién habia de llevar el gato al agua, ó á la chica por el camino de la constitucion, es decir, por la senda de la formalidad amorosa.

«Y hubo miéntes como el puño,
Y hubo puños como miéntes,
Chaparron de sombrerazos
Y diluvio de cachetes.»

Problema: Dadas nuestras costumbres sociales, averiguar si hay algo más tonto que una coqueta.

Resolucion: Sí, señor; lo hay; cualquiera de los muchos tontos parecidos á los dos de mi cuento.

Digitized by Google

Digitized by Google

ANTES DEL BAILE, EN EL BAILE Y DESPUES DEL BAILE.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÁNTES DEL BAILE,

EN EL BAILE Y DESPUES DEL BAILE.

¿No es verdad, queridísimas niñas, españolas y americanas?

¿No es cierto que el recuerdo de un baile forma siempre época en la vida de vuestras hermosas ilusiones?

¿A cuántos bailes has asistido tú, niña pálida, que, al entregarme tu álbum para que pusiese al pié de cuatro versos mi nombre humilde, me dijiste que sentias mucho y no sabías traducir en palabras tu sentimiento?...

¡Si yo pudiera traducirlo! O, mejor, ¡si me dijeras... «Ayúdeme V. á sentir!...»

¡Ah! Pero yo sé, yo puedo decirte una cosa que tú sabes y tú sientes, aunque no te la expliques.

Yo puedo decirte que vives y gozas en tus excursiones matinales al rededor de tu tocador, frente al espejo, cerca de tus lindos trajes y de tus zapatitos descotados.

Puedo asegurarte que sientes un placer de íntimo orgullo halagado, cuando cruzas por el paseo entre los aplausos mudos de los impertinentes que te estorban el paso por contemplarte con una admiracion sin grandes consecuencias.

Puedo jurar que en otras noches, en que acudes á tu

Digitized by Google

palco en el teatro; en los instantes en que, sobre las tablas, una tiple se muere desesperada, ó un tenor canta un ária de amor tierno despues de apurar un veneno ó de pegarse una puñalada en el corazon, tú separas con placer la vista de la escena para fijarla con distraccion estudiada en una luneta, desde donde unos gemelos apuntan con insistencia hácia tus ojos lindos, á manera de telescopio de astrónomo que se goza en la contemplacion de una nueva estrella.

*
* *

Sí; yo puedo decirte y áun jurarte todo eso.

Pero tambien puedo decirte y puedo jurarte que todo eso no vale nada ante lo que has gozado en el último baile y ante lo que gozarás en el primero á que asistas.

¡Dios mio, un baile! ¿Qué tiene un baile, que tanto le desean las mujeres hermosas, y hasta las que no lo son?

¿Quién podrá pintar, encantadora niña, tus movimientos de impaciencia, cuando te preparas, armada de todas armas, para ese gran torneo que ha de celebrarse en un gran salon á la luz de mil bujías, á cuyos resplandores han de arrojar chispas las piedras de tu diadema, y llamas incendiarias las pupilas, sin tutor, de tus hermosos ojos?

¿Quién podrá describir los impulsos de tu alma y la misteriosa fuerza de los acelerados latidos de tu corazon, al colocar tu lindo pié sobre el dintel de la puerta que conduce al gran salon donde ya la orquesta ó el piano preludian el vals con que has soñado tantas noches?

Digitized by Google

¿Pudo darse cuenta aquella sensitiva de *Amaury*, en sus amorosos arrebatos, tan deliciosamente pintados por Dumas, de la gracia insinuante de los compases de aquel vals, primer movimiento impulsivo de un alma enamorada?

¡Ah! no; no hay en mi paleta colores para pintar tampoco aquella inquietud de la mujer de diez y ocho años que espera en su asiento que la elija por compañera en un rigodon aquel jóven gallardo y elegante, que es el héroe de la fiesta, sólo porque es la pareja *de moda* en los salones de buen tono.

Yo no puedo expresar las injustificadas angustias de la vírgen enamorada que ve á su amante tomar, por mero cumplido social, la mano de la señora de la casa ó de las hijas de esa señora que da el baile, y que, aunque suelen ser las que más bailan, tambien suelen ser las que ménos se divierten en la fiesta.

Yo no me atrevo de ninguna manera á traducir esas vivas miradas de insinuante amor propio que se cruzan entre dos damas, rivales en lujo, y que pasan revista con desden despreciativo á las flores, tules, cintas y encajes que luce el cuerpo *enemigo*, que arrastra por la alfombra toda la tela (y algo más) que hubiera podido cubrir el pecho y los brazos desnudos.

No sé decir tampoco todo lo que significan esas risitas mal comprimidas que se oyen detras de una cortina que cubre uno de los balcones del salon, en cuyo hueco se colocan los inválidos y las despechadas para murmurar y burlarse á su antojo del menor descuido, de la distraccion más inocente de las más felices parejas.

Digitized by Google

¿Cómo darme entera cuenta de una lágrima que hace traicion á aquella niña que sale del tocador, donde ha entrado con pretexto de arreglarse un rizo, ó de prenderse un lazo, ó de sujetar una flor?

¡Ah, qué mundo, tan grande y tan pequeño á la vez, aquel mundo que nos ofrece el espectáculo de un baile espléndido!

¡Si los helados que algunas veces se distribuyen en esas fiestas, pudieran apagar todo el fuego de las pasiones que allí nacen, crecen y se desarrollan!

¡Si los dulces que en bandejas se ofrecen á los convidados, pudieran dulcificar las amarguras que algunos corazones han sentido en medio de la agitacion y el movimiento de unas cuantas horas!

*
* *

¡Ah! Pero ¡la salida del baile!

¿Recordais, hijas de mi alma, todo lo que, al salir de un baile, habeis visto y sentido?

Allí es de notar el vivo apresuramiento con que el pollo enamorado y galante acude á echar el abrigo sobre la espalda desnuda de su pareja favorita, deslizando de paso á sus oidos la última frase que, si no es de amor, suele ser una ridícula y risible impertinencia.

Allí es de ver la gravedad silenciosa con que el solteron recalcitrante se despidè, estrechando la mano de una jóven, á quien no se atreve á pedir la felicidad que no comprende.

Allí, en aquellos momentos de la salida, sentida por

Digitized by Google

unos, y por otros deseada, todavía hay mujer que cubre con el abanico los labios que muerde el despecho ó que mueve la risita nerviosa de los celos mal disimulados, ó de la envidia harto descubierta.

Y tú, niña inocente, que sientes mucho y no sabes explicar nada; tú tambien sales del baile, pensando cuándo vendrá otro; contando cuántos jóvenes te pidieron por pareja, y las flores que te han dicho, y las tonterías sin cuento que alguno no debió decirte nunca.

Tú tambien sales del baile, delante de tu mamá, con el cuerpo molido y los piés hinchados; pero con el corazon siempre dispuesto á las alegres fiestas.

Sí; tú sales del baile; pero el baile no ha entrado en tí; es decir, tú no has comprendido ni puedes comprender todavía todo el *intríngulis* de una fiesta de ese género.

Ya te veo, niña inocente, llegar á tu tocador y dejarte desnudar por tu doncella, que te hace necias preguntas sobre el baile que te ha rendido.

Ya te veo arrojar tus sortijas en el joyero y tu lindo y bullonado traje sobre el divan en que bostezas á las tres de la mañana, despues de una noche que no ha podido añadir una flor á la corona de tu inocencia.

Ya te veo entrar en tu virginal y blando lecho, despues de recibir el acostumbrado beso de los labios de tu madre, fatigada por haberte complacido.

¡Duerme en paz, casta, infantil y sencilla bailarina! Tu mejor ángel guarde tu sueño con sus alas, y te libre de sufrir todo lo que una mujer puede sufrir ántes del baile, en el baile y despues del baile.

1878.

Digitized by Google

Digitized by Google

DE AYER Á HOY.

Digitized by Google

Digitized by Google

DE AYER Á HOY.

FANTASÍA DE AÑO NUEVO.

«¿Por qué volveis á la memoria mia?...»

Espiraba un año.

El tiempo se dilataba á sus anchas en los campos de la historia y de los recuerdos.

La vida de Brígida se contraia en los estrechos límites de la edad de las memorias agridulces.

No necesitaba el triste privilegio del protagonista de *La Piel de zapa*, para comprender que la vida se le escapaba, por decirlo así, de entre las manos.

Allí, en su gabinete, sentada en su ancho sillon junto á la chimenea, contemplaba cómo la llama se retorcia desesperadamente ante la resistencia pasiva de algun leño verde, que lloraba al quemarse, produciendo en su chirrido una especie de lamento prolongado.

¡Ah! ¡Cuando Brígida era tambien leña verde por sus verdes años!

Tambien se quemaba, y se resistia, y lloraba, y oia dentro de su corazon lamentos prolongados que entónces no podia definir, ni alcanzaba á comprender, como dice la cancioncita de *El Juramento*.

*
* *

Digitized by Google

Eran las doce de la noche, y la última campanada del reloj inflexible que apuntaba *contra* Brígida desde lo alto de la chimenea, anunciaba un año nuevo á la que ya se consideraba demasiado vieja.

La ocasion era un convite para aquella fantasía, vírgen á pesar de los años.

El silencio; la luz vacilante de la llama del hogar; la hora solemne; el eco de la última vibracion de la campana... Todo era un excitante fatal para el diabólico conjuro de las imágenes.

Si Brígida hubiera sido espiritista, podria decirse que en aquellos momentos todas sus facultades se reconcentraban para la evocacion de algun espíritu adorado.

Y el espíritu apareció.

Era su juventud florida en medio de una de aquellas fiestas espléndidas de inmortal memoria.

¿Qué otra existencia más querida para una mujer que no habia sido madre?

***

Sí; Brígida se empeñó en ello y, soñando despierta, tuvo la triste satisfaccion de admirar ante su vista, como en un limpio y dorado espejo de otros dias, aquella figura resplandeciente de juventud, de gracia y de belleza que habia halagado su amor propio, como halaga á un autor dramático novel el primer aplauso que oye, temblando entre bastidores.

Porque la Brígida jóven allí estaba, con su alto pei-

Digitized by Google

nado del tiempo del primer Napoleon; con su airoso talle, cubierto con un magnífico traje de baile, de la moda de aquella época de desastres para Europa, enrojecida por las llamaradas de la guerra.

Allí estaba, sí; llevando en su mano izquierda el ramo de flores que lució en el primer baile en que se atrevió á presentarla su madre, y en la mano derecha el abanico de pluma con que tantas veces templó los ardores producidos por el rubor de la inocencia ó por el fuego ignorado de la pasion inconsciente.

*
* *

Y la Brígida anciana sintió calofríos ante aquella aparicion magnífica, burlon contraste del pasado, epigrama envuelto diabólicamente en un idilio, sátira del tiempo, inspirada por la fantasía ociosa entre los últimos suspiros de un año viejo y los primeros vagidos de un nuevo año.

Porque aquella aparicion, aquella imágen evocada; con sus flores, y sus plumas, y su talle alto y su peinado, más alto todavía, parecia que venía á burlarse de ella, flor marchita, ave desplumada, talle sin forma, y cabeza sin recursos propios para peinados altos ni bajos, griegos ni romanos, á la antigua ni á la moderna.

Su primer movimiento de ánimo tuvo algo del movimiento de ira y de desesperacion del que tropieza en su libro de caja con una cifra que representa un numerario perdido en una mala jugada de Bolsa.

Brígida hubiera borrado de buena gana aquella cifra,

Digitized by Google

es decir, aquella figura que venía á hablarla de un bien perdido en la gran Bolsa de los años, en que todos irremisiblemente hacemos malas jugadas, por lo mismo que el tiempo nos juega malas partidas.

*
* *

Pero ya no habia remedio.

Su imaginacion, sobreexcitada por el deseo de las evocaciones, tenía que seguir herida por la fuerza mayor de los recuerdos vivos.

Poco á poco se apoderó de ella la calma melancólica de una resignacion que no me atrevo á llamar cristiana.

Y es claro; á Brígida le vino á suceder lo mismo que á un banquero.

Este, en sus momentos de preocupacion monomaniaca, se permite el triste consuelo de pensar en lo que hubiera sucedido si, en vez de jugar *al alza*, hubiera jugado *á la baja;* si, en vez de emplear su dinero en *treses*, lo hubiera empleado *en bonos*.

Y Brígida se puso á reflexionar, ante aquella fiel imágen de su pasado, en lo que hubiera acontecido si, en vez de *hacerse de pencas* con el lindo Baron que la pidió una cita en el baile, hubiera tenido en cuenta la varonil apostura de aquel remedio de entónces de tantas desesperaciones de ahora, escrúpulo de Tenorio de aquella sociedad tan pagada de sus mogigaterías.

Pensaba que habia sido una tonta de remate en darse á perros falderos, y á loritos charlatanes, y á indiscretos monos del Brasil, en vez de darse á un hombre bien

Digitized by Google

portado y *buen partido*, que la hubiera sacado de las tristes penurias de la doncellez, que eran ya su renta vitalicia más segura.

Pensaba, entre remordimientos tardíos, que la única herencia que no debia haber conservado con virtud tan salvaje, era aquel espíritu de independencia que habian infiltrado en sus venas sus heróicos progenitores, y que habia hecho que su ardiente naturaleza se castigase á sí propia, rebelándose al mismo tiempo contra una ley santa.

***

Trasladóse despues desde la vida del pasado á la vida del presente del pueblo cuyo cielo hermoso habia sonreido á su florida cuna.

Y Brígida pensaba como vieja y, lo que es peor, juzgaba como solterona.

Como vieja, ante aquella imágen vigorosa que la representaba sus juveniles años, pensaba que sus tiempos eran los grandes tiempos de la gracia y la gentileza femeniles, rebajadas ya por los nacientes refinamientos de una civilizacion nueva y extraña.

Como solterona, ante aquella viva imágen, se hizo maldiciente ó malpensante, y empezó á derribar todos los ídolos con falda de seda y cuerpo descotado que adoran los jóvenes contemporáneos.

Y, pensando en su antigua juventud y pasada belleza, allí representadas, se decia: «¡Ah! ¿Qué sería de vuestro reinado, pobrecitas niñas de ahora, si, como yo

Digitized by Google

era ayer, apareciese hoy saliendo de doce á una de las Calatravas, ó inclinándome sobre el antepecho de un palco en el Real, ó atravesando entre filas de impertinentes mirones la Carrera de San Jerónimo en Juéves Santo, ó las enarenadas calles del Buen Retiro en tibia noche de concierto?.....»

¡Dios mio! ¿Quién podrá definir la sonrisa de triunfo que entónces se dibujaba en los labios de Brígida, al formular aquella especie de desafío, hijo de un ánsia devoradora y ya eternamente irrealizable?....

*
* *

Pero aquella sonrisa fué pasajera y fugaz, engañosa como las ilusiones y liviana como el placer de que nos habla el poeta.

Porque, á la burlona claridad de la aurora del dia más alegre del año (siquiera por ser el primero), fué desvaneciéndose como una sombra la imágen bella que habia podido vivir sólo al vacilante resplandor de la llama de la chimenea, ya completamente apagada.

«Y los sueños, sueños son»—diria tristemente Brígida, sin darse cuenta de que parodiaba al Segismundo creado por la soberana fantasía de Calderon de la Barca.

La rigidez de sus miembros y la pesadez calenturienta de su cabeza, impidieron á la pobre ir á buscar tan tarde, y ya tan temprano, la blandura de su lecho, virginal, á pesar de todos los pesares.

Durmió—como se duerme con fiebre—en aquel an-

Digitized by Google

cho sillon de sus pecados de espiritismo, y jurándose sin duda no volver á empeñarse en evocar la risueña, pero desconsoladora y punzante imágen del pasado, que, al despuntar un año nuevo, habia dado á su vejez una broma tan pesada.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA NOCHE DE REYES.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA NOCHE DE REYES.

HISTORIA DE SIEMPRE.

I.

Como no escribo una novela ni un cuento, renuncio desde ahora á dar á mi heroína un nombre extraordinario.

¿Para qué?

En las relaciones prosáicas de la vida vulgar, nos salen frecuentemente al paso protagonistas de dramas terribles.

Cada casa podria ser un verdadero telar de novelista.

En la calle nos encontramos á veces mujeres que sonrien y hombres de aspecto alegre, y en la conciencia y en el corazon llevan algo del áspid venenoso que acabó con las liviandades de Cleopatra; algo así como de íntima tragedia que quizás se desarrolla en lo más sagrado y silencioso del hogar doméstico.

Esas mujeres y esos hombres suelen llamarse Pepa ó Juana, Roque ó Lorenzo, y algun novelista los tomaria

Digitized by Google

por su cuenta con los nombres de Laura ó Edelmira, Alfredo ó Abelardo.

La mujer de mi historia se llama sencillamente Paquita.

Desde muy tierna edad se acostumbró al diminutivo, que es la forma dulce y mimosa con que llaman las madres á los niños.

¡Ah! ¡Cuando Paquita era niña y tenía madre!....

II.

Pero yo me dedico á hacer ligeros cróquis, no grandes dibujos; bocetitos, no cuadros.

No estoy yo por *meterme en dibujos* á la manera de los que tienen condiciones de genio para empresa tan ardua, ni quiero defraudar esperanzas de aquellos que desean de mí la reconcentracion de la esencia de un drama; el extracto de un expediente social; la abreviatura de toda una existencia.

Los infortunios de Paquita acusan un crímen; pero su historia debe durar aquí lo que dura un cuentecillo en una reunion amena; literatura de ropa ligerita, paso breve y color vivo; en consonancia, en fin, con la voluble impaciencia de nuestra raza y la agitacion de movimientos de la vida moderna.

Paquita cuenta veinte años, y tengo que condensarlos en veinte minutos.

Paquita fué niña... Pero ¿qué voy á decir yo de su dulce infancia?

Digitized by Google

Paquita mató á su madre; pero sin saberlo, por la sorpresa criminal de un hombre inicuo.

¡Pobre Paquita! ¡Era tan feliz en el campo con las flores, los pájaros, el aire puro y el candor de su alma, más sencilla que los pájaros y las flores del campo!

III.

En una noche de los Santos Reyes pasó un viajero por las soledades donde se alzaba la casa blanca en que vivia Paquita con su madre viuda.

La tempestad más deshecha rugia fuera de aquel hogar humilde, donde se preparaba una cena casi espléndida, sazonada por el puro amor de la familia.

El viajero, cazador de aficion, jinete en un hermoso potro de pura raza, se apeó, ató el animal bajo un cobertizo, y pidió hospitalidad á las dos mujeres.

El amor cristiano abrió la puerta de la casa blanca.

Y el viajero entró y fué á descansar y á secarse la ropa cerca del hogar, donde chisporroteaba abundante leña, y donde la cena, abundante tambien, con un olorcillo despertador del apetito, estaba diciendo ya: «comedme.»

Y cenaron juntos la madre, la hija y el viajero.

Y las últimas llamaradas del hogar iluminaban el rostro angelical y hermoso de aquella niña de quince años, y la primera llamarada de la pasion egoista se retrató en el rostro del viajero, jóven apuesto, de gallardo porte y maneras elegantes, y cuyos ojos buscaban con

Digitized by Google

sed hidrópica los encantadores ojos de Paquita, que los bajaba ruborizada.

El jóven cazador durmió bajo el techo de la casa blanca.

Antes de dormirse, Paquita habia oido á su madre que los Santos Reyes celebraban su paso hácia Belen, dejando en la ventana de la alcoba de la buena hija un recuerdo de dulce y santa recompensa.

IV.

Pasó aquella noche de los Santos Reyes, que fué noche de tempestades.

Al amanecer del dia siguiente, brillaba la aurora. Pero ¡qué triste brillaba!

Brillaba como desposada sin esposo y con las flores de azahar marchitas sobre su frente.

Paquita se asomó á la ventana de su alcoba.

En el alfeizar habia una azucena ménos pálida que su frente, y sobre cuyas hojas, heridas por el calor de una mano febril, las gotas de rocío, las lágrimas de la aurora, llamaban á sus tristes compañeras, las lágrimas de la niña abandonada.

Y Paquita lloró. Lloró porque, sobre la arena movediza, vió estampadas unas frescas huellas.

Y no eran las huellas de los camellos de los Reyes Magos, que conmemoran su paso á Belen dejando santos y dulces recuerdos á las buenas hijas.

Eran las huellas del potro de aquel cazador jóven y apuesto que habia dormido en la casa blanca.

Digitized by Google

Las huellas del potro marcaban el camino de la gran ciudad que se alzaba á pocas leguas.

¡Ah! Aquella noche de tempestades y aquella triste aurora, encerraban toda la vida de dolores de una mujer, como hay páginas breves de la historia que encierran toda la existencia de un pueblo desventurado.

Decid á un pueblo que os cante su vida, y ese pueblo os cantará, tal vez llorando, una sola página.

Pedid á Paquita el poema de su existencia, y su voz se ahogará exhalando un suspiro, compendioso recuerdo de una noche de fiebre y de una aurora de lágrimas.

V.

La pobre niña conoció el amor en toda su intensidad, como podria conocer la luz un ciego de nacimiento que abriese por primera vez los ojos á los vivos y funestos resplandores del rayo.

Paquita quedó herida de muerte.

Hay locura que trae detras de sí locuras sin cuento, y la de Paquita arrastró á ésta al abandono de una madre solícita y de una casa donde habia corrido su infancia encantadora.

La ciudad la atrajo por la fuerza del amor y por lo irresistible del remordimiento.

Así debió empezar á perderse aquella hermosa Magdalena, que terminó su vida de amor profano inundando de lágrimas de amor divino los piés de Jesus en la hora suprema del arrepentimiento y de la gracia.

Digitized by Google

En la ciudad buscó á un hombre y encontró un infame.

Pidió gracia al amor puro y sincero, y la contestaron con las seducciones del oro y la opulencia.

La niña hermosa y abandonada se desesperaba en la ciudad, y la abandonada madre moria de dolor en el campo.

Cuando volvió Paquita, halló una tumba cerrada y una casita solitaria y abierta á los recuerdos dolorosos de aquella triste aurora que siguió á la tempestuosa noche de los Santos Reyes.

Paquita tornó á la ciudad, pobre y con doble luto, pero dispuesta febrilmente á la lucha.

Luchar ella, á su edad, sola, en su situacion y con sus gracias en el mundo, era como intentar la ovejilla desprenderse de los zarzales en que ha caido, para sacar á cada esfuerzo nuevo la piel herida y brotando sangre.

VI.

La vida de Paquita es ya la vida del desórden; la disipacion de la vida.

Ahoga sus dolorosos recuerdos, en otra noche de Reyes, apurando la copa del festin que le brinda el vicio de esos hombres que son sus cómplices y hasta sus verdugos, y que se llaman sus amigos; todos ellos incapaces de comprender el fondo de amargura que se encierra en una sola de las carcajadas alegres que se escapan de los labios de Paquita.

Despues de esas horas de falsas expansiones, de loca

Digitized by Google

alegría, de placeres mentidos, de amor imposible,—porque el amor ha nacido y muerto en una noche en el alma de esa mujer—Paquita se queda sola en su tocador, junto á su revuelto lecho, cubierta con su elegante bata ricamente guarnecida, rodeada de todos los esplendores de un lujo que entónces la infunde espanto.

Paquita contempla su rostro ante el espejo, y al primer resplandor del alba, despues de la noche de orgía, en que el oro y el incienso de los Reyes han sido para ella el incienso y el oro que arroja el vicio á sus ídolos, asoman lágrimas á aquellos ojos enrojecidos por el insomnio, brotando en su mente recuerdos de su pobre madre, de su florida cuna, de sus oraciones de niña, y de aquel alegre campo, testigo de sus juegos infantiles.

¡Ah! Su alma, no prostituida, se destroza entónces dentro de aquel cuerpo fatigado, que ella deja caer pesadamente sobre el lecho, muchas veces sin fuerzas para desnudarse.

Arde su frente, apoyada sobre el almohadon de pluma, y aquella aurora sonriente que viene á saludarla en su trono de cortesana, la martiriza con el recuerdo punzante de aquella otra aurora triste que sucedió á aquella tormentosa noche de los Santos Reyes.

¿Podrá ser feliz aquel hombre que es la fuente de una existencia tan miserable?.....

¡Oh! no; yo no lo creo. Debe haber una justicia divina, que castigue los crímenes no previstos, ó no castigados por la imperfecta y torpe justicia humana.

Digitized by Google

Digitized by Google

UNA SOIRÉE.

Digitized by Google

Digitized by Google

UNA SOIRÉE.

I.

Doña Pancracia Rigodon de Pintado se halla muy ocupada, dictando á su marido el texto de unas papeletas de convite para una reunion con que piensa celebrar el cumpleaños de su hija mayor, Basilisa.

Una de las papeletas está dirigida á doña Amalia García, y dice así: « Querida amiga: invito especialmente á V. y á su niña á la *soirée* con que celebro esta noche el cumpleaños de mi hija Basilisa, y á la que espero no dejarán VV. de asistir, ya que no nos favorecen con su presencia en la reunion semanal.»

Doña Amalia García contesta á su atenta amiga por el correo interior en estos términos: « Mi apreciable señora y amiga doña Pancracia: mucho estimamos mi hija y yo la invitacion con que nos distinguen; pero ustedes habrán de dispensarnos de asistir á la *soirée*, en gracia de la necesidad en que estamos de corresponder á la constancia con que cuatro buenos amigos nos favorecen en nuestra modesta tertulia de familia.»

—¿No te lo decia yo?—exclama doña Pancracia, di-

Digitized by Google

rigiéndose á su marido, con la contestacion de su amiga en la mano.—¿No te lo decia yo? Ahí tienes; siempre encerrada en su casa con cuatro pelagatos, afectando modestia y sencillez, y es toda orgullo y envidia. Es claro; ella no puede competir con nosotros, y, por no presenciar el brillo de *nuestros salones*, se encierra en su covacha y no hay quien la saque de allí ni á tiros.

—Pero, mujer,—contesta el bueno de Pintado;—cada maestrillo tiene su librillo. Ella cree que así se divierte y proporciona goces á su hija, que se ve reducida al trato de un procurador, del abogadillo pasante de su padre, que la debe tener aburrida con su constante solicitud, y de dos estafermos que suelen hacer pié para el *solo* y el *tresillo*.

—¡Pobre Soledad!—dice doña Pancracia—y qué en consonancia está su nombre con el perpétuo retiro á que la tienen condenada sus padres, á los que debe poner una cara de risa, que me rio yo. ¡Dios me perdone! Pero ya voy siendo partidaria de los hijos rebeldes, cuando su rebelion se funda en la tiranía de padres inconsiderados.

Doña Pancracia sigue echando la lengua á andar, sin permiso de Dios, y sin pizca de conocimiento del mundo y de los hombres, como verá, si gusta, el curioso.

II.

Don Lúcas Pintado es un señor mayor y oficial de poca talla en el Ministerio de Hacienda, que á expensas del Estado vivió siempre, sin más elementos que tantos otros que ocupan puestos más altos y que apénas escri-

Digitized by Google

ben medianamente, cuentan lo preciso para que no les falte un céntimo de lo que reza la nómina, y despachan expedientes, guiados por las supremas leyes de la rutina, sin que el propio criterio preste dos dedos de luz al informe.

Habíase aficionado D. Lúcas desde su juventud á esas reuniones en que la música y el baile son un pretexto formal para entrar en asuntos de fondo; y tal fe, tan exquisito celo desplegaba como mangoneador en algunas casas, que en no pocas llegó á hacerse necesario, é indispensable en la de los padres de Pancracita, á quienes habia caido en gracia, sin tener, á la verdad, nada de gracioso.

El padre de Pancracita, antiguo director de uno de los ramos de nuestra Hacienda, que era la que todas sus rentas producia, vióse precisado á *abrir sus salones* para distraer el ánimo de su hija única, á la que deseaba sacar de la *clase de meritorias*, ó, como dice el vulgo, del estado de merecer.

No merecia mucho, ciertamente, la heredera del hacendista; pero era el objeto de las atenciones de los concurrentes á la reunion, empleados en su mayor parte, que buscaban el apoyo del director en las sonrisas de la directorcilla. La pareja obligada de la niña llegó á ser el imprescindible D. Lúcas, á quien, de *rigodon* en *polka* y de *wals* en *habanera*, fué dando pié para que al fin consiguiese la mano; con lo cual, el que habia dirigido impertérrito tantas cuadrillas de *lanceros*, creyó poner una pica en Flándes y los ojos en el sereno cielo de *su destino*.

Digitized by Google

Don Lúcas se casó.

Pancracita pasó á ser la señora doña Pancracia.

El Director abasteció el armario de su hija de alhajas y vestidos, y alcanzó del Ministro una colocacion de 12.000 rs. de sueldo, presente de boda con que hizo que el yerno olvidase su mísero pasado y esperase en un brillante porvenir.

III.

La realidad no pudo corresponder á las esperanzas.

Despues de dar en un par de años el yerno un saltito de 4.000 rs., apoyado en los flacos hombros del suegro, éste dió al fin el salto mortal, emprendiendo el viaje al otro mundo y dejando al matrimonio jóven en las astas del toro, es decir, sin su inmediata proteccion y con muchas necesidades.

« Para mí los ascensos acabaron »,

exclamaba luégo D. Lúcas, parodiando al poeta. Pero los que no acababan nunca eran los censos que la hija del Director le proporcionaba en los frutos de bendicion de su amor, que todos venian á ser *frutas*, porque todos eran hembras, para ayudarle á sentir y á caer cuando llegase su tiempo.

El tiempo no se hace esperar mucho, y el tiempo de las caidas llegó.

Si la costumbre adquiere fuerza de ley en la vida de los pueblos, en verdad que sucede lo mismo en la vida de las familias y en la de los individuos, cuando la cos-

Digitized by Google

tumbre halaga al amor propio, siempre exigente, ó al pícaro egoismo, opuesto siempre al más pequeño menoscabo.

La hija del antiguo Director estaba acostumbrada á una vida de comodidades, de regalo y hasta de lujo, y es muy rara la virtud de la fácil conformidad con el descenso en la escala de la vida social, virtud que tal vez hubiera inculcado en el corazon de Pancracita el empleado de los 16.000, si el caballero D. Lúcas no hubiera sido tambien ambiciosillo y vano, á la manera que lo son los tontos y los incapaces.

Y aunque D. Lúcas sabía aquello de *necesitas caret lege*, él se propuso cerrar los ojos ante la *cara de hereje* de la necesidad, imponiéndole la ley de los anticipos forzosos, que caia á plomo sobre los bolsillos de antiguos y buenos amigos de su difunto suegro, á quienes debia tambien el conservarse en su puesto oficial, que era cuanto podia pedir un empleado *simple*, por no decir un simple empleado, sin significacion alguna en la esfera política, que es la esfera del *toma y daca*.

Don Lúcas, en sus ahogos, ansiando dar salida á las faldas que de sobra tenía en su casa, con el agua al cuello y todo, daba reuniones, á imitacion, ó á parodia, mejor dicho, de aquellas en que le pescó Pancracita, que era la que no podia pasarse sin ellas.

Y ya que doña Amalia García y su hija no pueden asistir á la extraordinaria que se verifica en celebridad del cumpleaños de la señorita Basilisa, van VV. á ser presentados en su lugar y á ver claro lo que son ciertas reuniones de ciertas gentes, y cuán errados andan mu-

Digitized by Google

chos padres que creen que, abrir los salones de sus casas, es lo mismo que poner á sus hijas á la puerta de la Vicaría.

Conque, mucho ojo, que ya se levanta el telon.

IV.

Don Lúcas Pintado, que se pinta solo para esto de los tés *danzantes*, como decimos los legítimos españoles, lo tiene ya todo dispuesto para que lo ridículo luzca en su casa con todo el esplendor y aparato que el argumento requiere.

En un rincon de la sala, el piano vertical que han de tocar á cuatro manos Basilisa y su hermanita menor, dechados de primores musicales, que tambien han dejado oir muchas veces sus angelicales acentos, aunque todavía no han cerrado un punto de los muchos que descubre la ortografía de los calcetines del papá.

Cerca del piano, un par de butacas de gutapercha para los más ardientes *amateurs*, como seguimos diciendo los hijos de Cervántes.

Consola. Sobre ella dos candelabros de bronce con velas de cinco reales libra, que se corren, no sé si de vergüenza de alumbrar en aquella comedia inverosímil, aunque verdadera á todas luces, incluso á la luz de la candileja de la maritornes, que pasa frecuentemente de la cocina á la sala y de la sala á la cocina, respondiendo á las voces de mando de mi señora doña Pancracia, cuya retocada y revocada figura, atenta con insistencia contra el poco azogue que le queda al espejo colgado sobre la consola.

Digitized by Google

Sofá para las mamás, cubierto, como toda la sillería, de tela blanca, no sé si para tapar la vejez de su tela propia, porque doña Pancracia es muy aficionada á tapar todo lo viejo.

Ya las amigas más íntimas de Basilisa han entrado en el *salon*, que no pasa de ser una salita, de las que estilamos ahora que la propiedad urbana es un verdadero *robo* para los inquilinos.

Todavía se oyen los besos y las felicitaciones de las palomitas con hiel que se miran y remiran, se tocan y retocan, elogiándose mutuamente los trajes y los adminículos que los adornan, aunque luégo los censuren y ridiculicen despiadadamente.

Son las nueve, y ya la concurrencia va creciendo, hasta el punto de no poder revolverse en el saloncito.

Besos, apretones de manos, sonrisas amables, frases de cajon.

Don Lúcas corre de un lado á otro, está en todas partes, se multiplica, y desde luégo se echa bien de ver que es hombre que ha hecho su carrera en fiestas de aquel género.

Luce el frac, el mismísimo frac que estrenó el dia de su boda.

Pero, por uno de esos giros caprichosos de la moda, que con frecuencia vuelve á tomar formas abandonadas y perdidas en el olvido, el frac de D. Lúcas, con ménos pelo y más brillo de lo que es conveniente, encaja á las mil maravillas en la *alta novedad*, como dicen nuestros sastres, dando un córte al patriotismo.

Es cosa de ver allí á D. Lúcas, echando atras la solapa

Digitized by Google

con una mano, dando la otra á los que acuden á honrar su casa, como él dice, á pesar de su experiencia del mundo; colocando convenientemente á las señoras; diciendo frases galantes á las señoritas; dando bromas lisonjeras á los caballeros; soltando alguna vez chistes de su cosecha; colocado, en fin, á la altura de su reputacion.

Como quien no quiere la cosa, se cuela tambien en la pieza donde está la mesa, cubierta de dulces y azucarillos, contados ante la lista de las familias invitadas, y pregunta á la criada si falta algo, aunque bien seguro está de que no sobra ni un vaso de agua, porque el haber que por su destino le corresponde, no le permite andar en sobras.

—¡Es mucho Pintado!—dice una señora gorda á doña Pancracia.—Tiene V. una alhaja en su marido. ¡Qué precision, qué naturalidad en la direccion de estas deliciosas fiestas! Todo se lo encuentra hecho, y en todo se ve su mano privilegiada. ¡Ay, si yo tuviera un marido como Pintado! Pero, hija, el mio es un huron; en el café se mete con cuatro amigotes, y no hay quien lo saque de allí, ni para acompañarnos á mí y á las niñas. Siempre tratando de la cosa pública, sin que nuestras cosas le interesen. Le digo á V. que nos tiene apestadas con la condenada política.

Bulle la gente, se cambian preguntas, se fingen sonrisas, se confunden las conversaciones, comienzan los chicheos, y las murmuraciones en los corrillos empiezan á tomar color local.

Las parejas obligadas de enamorados reanudan sus coloquios, interrumpidos en las últimas reuniones sema-

Digitized by Google

nales *ordinarias*, como las llama la señora de Pintado.

Éste, que ha recibido aviso por medio de una seña especial de doña Pancracia, seña que bien pudiera compararse con la que hace con el pañuelo el presidente de una corrida de toros, trata de dar principio á la funcion, y se dirige á su niña menor.

—Mira, Ramoncita, toca una polka, un wals, algo, para que esto empiece á animarse.

—¡Ah! No, no lo consentiré, D. Lúcas—dice un pollo con lentes, acercándose al piano y preludiando torpemente una polka.

—Gracias, Angelito—dice Ramoncita muy satisfecha, porque se ve libre de la banqueta del piano y en situacion de poder ser bailada.

Y, efectivamente, la baila un gallo inglés, inglés por la patilla, que aunque á la reunion va por una rubia, espiritual porque se le escapa el espíritu por las ventanas de sus ojos tristes y azules, se apresura á sacar al baile á una de las niñas de la casa, pues éste es el único privilegio de las hijas de Pintado, que son de las pocas que allí no tienen su arreglito formal, ni quien las ayude á sentir las melancólicas esperanzas de su estado honesto.

Las otras niñas de la casa tambien bailan las primeritas; ¿pues no han de bailar? Sobre todo Basilisa, que, en celebridad de su cumpleaños, tiene ya solicitudes para representar á Terpsícore durante treinta noches como aquélla.

Los pollos que hacen en la danza la política del retraimiento, se dedican en los rincones á saborear las dulzuras de la libre crítica.

Digitized by Google

—¿Qué te parece de las hijas de Pintado, Pepe?

—¿Qué quieres que me parezca? Que, para figuras de escaparate, no tienen precio. Cuando bailan, me divierten; cuando se sientan, me dan lástima.

—Te comprendo. Están fuera de sí, estando fuera de la *galop*.

—Justo. Nadie las dice nada sino miéntras galopan.

—Daria algo bueno por oir sus monólogos íntimos.

—El destino de esas chicas es peor que el destino de su padre.

—Bien podias tú tomar posesion de ese destino.

—¿Para pagar de mi bolsillo el sueldo? Ni con treinta mil reales sostengo yo las colas de esas pajaritas. No sé cómo su padre se las arregla con 16.000.

—Y, en perdiendo el destino, se perdió toda clase de arreglos.

—¡Bonito porvenir! No sé cómo tienen ganas de reuniones. ¡Si Pintado fuera siquiera director, como fué su difunto suegro!

—¡Calla! que ya nos llaman al *buffet*.

—¡Verás qué *buffet*, Pepe!

Y aquellos caballeritos pasan detras de las señoras al comedor, y comen dulces y beben agua fresca, para seguir tan frescos sus diálogos acerca del destino de las niñas de Pintado.

Y otros diálogos parecidos, pero más *vivos*, entablan las señoras mujeres.

Y cuando apénas quedan dulces, y cuando han desaparecido todos los azucarillos, entra un jóven con mucha franqueza pidiendo mil perdones á doña Pancracia,

Digitized by Google

porque se ha tomado la libertad de presentar, sin prévio aviso, á tres nuevas tijeras, amigos suyos, que no sabian donde pasar la noche.

Y aquí de los apuros de Pintado, que tenía contados los azucarillos, y que se ve en la precision de mandar á la criada á la confitería. Y la criada no tiene más remedio que pasar por el *salon;* y la concurrencia se come la partida, despues de comerse los azucarillos; y la criada vuelve á entrar en medio de las sonrisas y chicheos de la malicia de aquellas buenas gentes, que comen, beben, se divierten y pagan con la moneda de la murmuracion.

Y luégo Basilisa, la del cumpleaños, canta, desafina, suelta unos cuantos gallos, y los pollos se estremecen de placer.

Y Pintado se arranca con tal motivo el tercer boton del frac.

Y doña Pancracia se sonrie, creyendo que los gallos de su hija son *dos* de pecho.

Y al oir los aplausos *obligados*, ya juzga asegurado el porvenir de la niña.

Y los pollos siguen retraidos, inclusos los tres que pusieron en un brete á Pintado.

Y dan las tres de la mañana; se disuelve la reunion; las parejas concertadas en medio del *desconcierto*, pasan la miel por los labios de las hijas de D. Lúcas, y la señora de un abogado anuncia con la más sana intencion á doña Pancracia, que Soledad, la niña de la modesta señora doña Amalia García, se casará en breve con el jóven y aprovechado pasante de su papá.

Y Basilisa se vuelve entónces un basilisco de envidia;

Digitized by Google

y doña Pancracia ve aguada la fiesta, y rabia; y D. Lúcas busca los botones del frac y no da con ellos, y repasa la cuenta de lo gastado en la *soirée*, y empieza á notar que las *soirées* no le tienen cuenta.

MORALEJA.

Sin un caudal regular,
¿Qué puede un padre sacar
De estas fiestas y derroches?...
Mucho *empeño*, malas noches,
Y las hijas sin casar.

1865.

Digitized by Google

¡HOY SALE..... HOY!

Digitized by Google

Digitized by Google

¡HOY SALE..... HOY!

Voz que no clama en el desierto; grito que despierta á todos los habitantes de la coronada villa, lo mismo al humilde jornalero que, al rayar el alba, acude al trabajo con su herramienta al hombro, que al opulento capitalista que deja el lecho al medio dia para recibir en su gabinete á su agente de cambios.

Se habia bailado por filantropía.

Se habian corrido muchos toros y matado muchos más caballos filantrópicamente.

Se habia aplaudido á no pocos malos actores en gracia de algun objeto benéfico.

Pero nos faltaba invocar públicamente una virtud, dando pábulo á un vicio.

La caridad apoyada en el juego, ó el juego fomentado á la sombra de la caridad, es digno asunto de un cuadro de estos tiempos de agitacion, de lucha constante, de dudas eternas, de movimiento suicida del espíritu á impulso de un afan de bienes materiales, á todas horas estimulado y con pretextos de todas clases encendido.

«¡Hoy sale..... hoy!»

Y todos los dias sale algo.

Digitized by Google

Para esas salidas no hay descanso, ni siquiera el domingo.

Ese grito, repetido de calle en calle durante la primera mitad del dia, parece un problema cuya solucion anuncian las voces que atruenan á Madrid en las últimas horas de la tarde.

Voces enigmáticas para el que acabe de llegar á la Córte sin el secreto. Anuncios públicos que despiertan la curiosidad del ignorante, por ese forzado laconismo cómico que se imponen los voceadores de ambos sexos.

«¡La lista de los Asilos del Pardo!» «¡La lista de los Asilos de Aranjuez!»—Podria creerse que se trataba de poner en conocimiento del público el número y clase de los asilos abiertos en esas poblaciones, ó los nombres de las personas acogidas y llevadas á esos asilos.

«¡La lista de las Escuelas Católicas!»—¿Vendrán esas listas á hacer un alarde del número de escuelas que abre en España el catolicismo, á pesar del abandono en que tiene la fe á los pobres maestros de instruccion primaria?

«¡La lista del corazon de María!»—El recien llegado, el ignorante, el que no está en el secreto, tal vez se pregunte, al oir el pregon: «¿Qué María será esa cuyo corazon publica una lista? ¿Será alguna pobre despechada que saca á la plaza pública los nombres y señas de los bribones que la han querido y la han abandonado? ¿Será alguna coquetuela vanidosa y desvergonzada que se propone hacer alarde del número y calidad de sus amantes?»

Digitized by Google

«¡La Estrella Benéfica!»—Tambien tiene lista esa estrella *de los pobres*, que á tantos pobres deja estrellados.

Es una estrella con rabo, que se presentará en todo su triste desarrollo en el lastimoso cuadro que trato de presentar á mis lectores.

Sí; el asunto de las *rifas benéficas* trae cola, por más que no se hagan cargo de ella los fundadores ni los que las autorizan.

Porque, despues de todo, se dirán: reúnase dinero para socorro del enfermo y del necesitado, que es el fin santo; que poco importa que, para reunirlo, haya que excitar la codicia con el azar, como otras veces se excita la vanidad con los esplendores de un baile, ó el afan de emociones fuertes con las peripecias de una corrida de toros.

Por lo general, se toman los billetes sólo para gozar de esas peripecias, para iluminarse con esos esplendores, para acudir al encuentro de la improbabilidad del premio gordo.

Pero, ya se ve, lo que se quiere no es la intencion, sino el dinero.

Y hágase el milagro.....

«¡Hoy sale..... hoy!!»

Sí, sabemos lo que sale; pero no todos ven lo que puede ir saliendo. Es un secreto que sólo poseen á su costa los que hoy echan de ménos muchas medias pesetas, cada una de las cuales representaba una bonita imposicion en la caja de ahorros de la familia.

*
* *

Digitized by Google

«¡Por dos reales, doce mil reales!!»

Pensando iba yo en la intencion mefistofélica, en la salpimienta, en la mostaza aperitiva que encierra ese grito, digámoslo así, complementario, de los avisados vendedores de billetes de rifas, cuando oí la voz conocida de una anciana que me salia al paso diciendo, ó, más bien, murmurando, con emocion extraña y con acento profundamente sarcástico:

—¡Sí, sí; bonitos doce mil reales!

—¡Hola, señora Paca! ¿qué es eso? ¿qué le pasa á usted?

—Nada, señorito; todo lo que puede pasar, ya ha pasado. ¡Cómo ha de ser! Bien anunciado se lo tenía yo al hijo de mi alma.

—¿Quién? ¿Pedro? Desde que trabajó en casa, hace ya más de un año, no he vuelto á verle. ¿Qué tal le va con la carpintería?

—¡Calle usted, calle usted, señorito! Esos demonios de rifas nos han echado á perder, y sabe Dios cuándo volverémos á levantar cabeza.

Entónces fué cuando empecé á darme cuenta de la amargura sarcástica que encerraba el acento expresivo de aquella especie de resúmen de las quejas de la señora Paca: «¡Sí, sí; bonitos doce mil reales!!»

Aquel vivo y espontáneo arranque del alma de una buena madre, que, con toda su expresion de amargura, todavía tenía cierto tinte cómico por el contraste que formaba en aquel momento con el animado incentivo de los gritos del vendedor de billetes, excitó mi curiosidad y quise conocer las relaciones que podian existir entre

Digitized by Google

las rifas benéficas y el banco de un carpintero, y averiguar todo el por qué, cuando yo preguntaba á la madre por los progresos del hijo artesano, se preocupaba sólo con las rifas, como si éstas pudieran influir en la mengua ó menor retribucion del trabajo.

La señora Paca me lo contó todo, absolutamente todo.

Yo no podria, por mucho que esforzára mi humilde ingenio, trasladar aquí la relacion de la señora Paca, con todo el vigor de colorido, con toda la riqueza y exuberante gracia de detalles con que salió de los labios de la madre del jóven carpintero.

Aquella naturalidad en la expresion; aquellas transiciones bruscas, pero al mismo tiempo bellas, de la narracion pura y llana á las observaciones y comentarios ingenuos sobre los propósitos y esperanzas del hijo y las cuentas galanas de la nuera; aquella lujosa confusion de epigramas sin engarce literario, y pensamientos filosóficos sin la afectacion de la ciencia y del estudio; aquella gracia, aquel sentimiento, aquella espontaneidad de los afectos y las ideas; aquella lógica inflexible y ruda, cuanto instintiva, de las *corazonadas* de una madre, como ella decia... No, nada de eso es imitable; todo eso se resiste á la copia, y los dominios del arte, áun ejercido por un verdadero sacerdote, me parecen estrechos para encerrar tanta vida, tanta luz y aquella superabundancia de colorido y aquellas admirables y nunca fatigosas gradaciones del claro-oscuro, nacidas de los sinceros y variados movimientos del ánimo.

Así, pues; yo, que del arte sólo soy humildísimo acólito, me limitaré, como no tengo más remedio que limi-

Digitized by Google

tarme, á traducir como Dios me dé á entender la narracion de la señora Paca, de esa honrada mujer del pueblo, que de buena gana se tragaria á todos los especuladores de billetes de rifas que se encuentra por la calle.

*
* *

Miéntras vivió el marido de la señora Paca, el constante trabajo de aquel hombre, laborioso por instinto y económico, tanto por virtud como por necesidad, produjo lo suficiente para que jamas faltase á él, á su mujer y á Pedro, su hijo único, el alimento sano y la cama limpia que constituyen el bienestar sin sobresaltos y hasta el orgullo honrado y legítimo del pobre bien hallado con su suerte.

Nunca se habia dado el caso de que se distrajera ni áun la parte más mínima de los jornales en cosa que no fuera útil y, sobre todo, necesaria. La reparacion de la herramienta del oficio, del ajuar de la casa y de las ropas de los tres individuos que formaban la familia, era, con la manutencion, toda la exigencia del presupuesto de gastos, siempre bien discutido, aprobado despues por unanimidad conyugal, y sancionado por decreto, sin más preámbulo retórico que un cordial y estrecho abrazo en que se confundian las voluntades de aquella mujer ejemplar y aquel marido sin ejemplo.

Murió el marido de la señora Paca, apénas realizada la boda de su Pedro con la hija de un buen amigo y compañero del oficio, á quien el difunto jamas habia echado en cara otro defecto que la pícara tendencia á sa-

Digitized by Google

car un poco la pierna fuera de la manta, y á tentar alguna vez la suerte por el lado en que no se encuentra la cara del trabajo.

Sólo en casa de su suegro habia podido Pedro comprender algo de las emociones que proporcionan y las inquietudes que originan los azares del juego, por más que éste no fuese otro que el de la Lotería Nacional, y no á la contínua, sino en extracciones extraordinarias con cebo de grandes premios y sólo interesándose en una vigésima ó décima parte de décimo á lo sumo.

Una sola vez, un reducido tanto por ciento de uno de los premios más insignificantes habia dado ocasion á que la novia de Pedro se presentase á los ojos de éste graciosamente engalanada con un pañuelo de seda á grandes cuadros, regalo debido á una fortuna quimérica cuanto menguada, pues ni el padre ni la hija habian pensado un momento en que tan escaso beneficio no habia compensado ni en su vigésima parte los sacrificios ya hechos en aras de la suerte.

Pero ni Pedro ni su mujer habian podido olvidar aquel pañuelito, incentivo de amor en el cuello de la muchacha, y emblema tambien de lo que puede dar de sí un generoso arranque de la fortuna colocando ciegamente una bola al lado de una cifra soñada.

Aunque era pequeña, estaba arrojada la semilla, y debia dar sus frutos, dulces ó amargos, con auxilio de la fecunda inventiva de la filantropía moderna.

Alguna vez tambien, Pedro habia encontrado en *La Correspondencia* el botafuegos de una de esas *funestas* noticias en que viene á decirse que el premio mayor de

Digitized by Google

tal ó cual extraccion de la lotería ha sido distribuido entre dos jornaleros, un zapatero de portal, cuatro mozos de café y algunos repartidores de periódicos.

El trabajo, aunque seguro, suele ser lento y poco pródigo en sus materiales dones. Demasiado lento quizás para esta febril impaciencia que devora á todas las clases sociales y que justifica y sanciona los establecimientos de imposiciones al 360 por 100.

Luégo, el ejemplo escandaloso de las fortunas improvisadas acobarda á las almas poco fuertes en medio de las luchas diarias á que obliga la imperiosa ley del trabajo.

*
* *

Pedro no suspendia el suyo, como otros compañeros viciosos, para acudir al juego abierto á todas horas. Pero, contando con la discreta complicidad de su mujercita, se ocultaba de su buena madre para tomar con harta frecuencia participacion en las jugadas de la lotería.

Su verdadera suerte consistia en que no siempre se presentaba ocasion; ocurrian dificultades para encontrar comanditarios de confianza en la adquisicion del décimo.

Aparecieron las rifas benéficas, y concluyeron las dificultades. La sociedad conyugal *secreta* de Pedro y la niña del pañuelo de seda á grandes cuadros pudo campar sola por sus respetos, jugando un real, dos reales, una peseta, ya semanalmente, ya dos veces á la semana, y áun á diario si se empeñaban, que sí *se empeñarian*, olvidando vacía su cajita de ahorros, tan providencial á

Digitized by Google

estar en manos de la señora Paca, para casos de enfermedades y mengua ó menosprecio del trabajo.

Pero la señora Paca, ministro de Hacienda en los buenos tiempos de su marido, habia sido jubilada por Himeneo en los primeros albores de la luna de miel del matrimonio de su hijo.

La pobre no pudo hacer más que servirse de su perspicacia y de su amor de madre para sorprender, tarde ya, el secreto ruinoso de sus hijos.

Y lo sorprendió, no en un arranque de despecho, sino en un arrebato de inocente alegría, producido por una de esas cáusticas burlas de la suerte, que se habia dignado al fin trasladar cuarenta reales del *Corazon de María* á las manos disipadoras de los aún no descorazonados esposos.

Todo se lo confesaron á la anciana con el candor ingenuo de los delincuentes que no tienen conciencia del delito.

Ellos no veian una burla de la suerte en aquel mezquino premio de su tenacidad, sino el primer albor de su naciente buena estrella.

Y esta vez tocó á la *Estrella benéfica* probarles que son muchos los llamados y pocos los escogidos.

La señora Paca se deshacia en vano en maternales argumentos contra la pertinacia de sus hijos. Era inútil que les repitiera que está más al alcance de un matrimonio pobre un fruto de bendicion, que hacer de dos reales doce mil; y que la salud se pierde, y que recobrarla cuesta los cuartos, y que un real del domingo y dos del juéves costearian una receta del médico ó harian un pa-

Digitized by Google

ñal para envolver al chico que habia de venir llorando las calaveradas rifadoras de sus padres.

—Pero, madre, decia la muchacha, yo le prometo á usted que en cuanto saquemos siquiera lo que hemos echado...

—¡Ay, ay, ay!, contestaba la señora Paca; «no siento que mi hijo juegue».....

—Verá usted..... me da el corazon...

—El corazon no os dará lo que os está quitando vuestra mala cabeza. Si levantára la suya aquel santo, que tan buenos ejemplos dejó á Pedro, se volveria á morir de seguro.

Pedro y su mujer parecia como que se convencian á veces con las observaciones juiciosas de la anciana; pero luégo las tomaban por chocheces de la edad, porque, en medio de todo, ¿qué eran dos ó tres ó cuatro reales á la semana, cuando se perseguian aquellos *doce mil*, prometidos en tan variado tono por el grito tentador de los vendedores callejeros?

Y ayer porque el que vendia era un muchacho á quien ya no quedaba más que un billete; y hoy porque es una chiquilla como un sol que necesita librarse de una zurra de la madre llevándole algunos cuartos de las propinas de los jugadores; y mañana porque la mujer de Pedro ha visto en sueños la cifra 12.000 impresa en caractéres de oro en los cuadros de su pañuelo de seda; siempre habia algun pretexto, con el título de corazonada, para sisar algo de los jornales, en beneficio, por supuesto, de los enfermos y los menesterosos.

No se daban cuenta ni del tiempo que perdia Pedro

Digitized by Google

en barajar cálculos, en repasar las listas, en hacer comentarios de lo que hubiera sucedido si, en vez de salir el 325, hubiera salido el 327. Porque ocurria con frecuencia que el preocupado carpintero se quedaba suspenso con el martillo amenazando al clavo, ó con la garlopa en mitad de la tabla, ó con los dedos desrizando las virutas, fijos los ojos en el techo resquebrajado del taller, como si de allí hubiesen de salir todas las gracias del «Corazon de María», ó, por lo ménos, alguna enseñanza de las « Escuelas Católicas.»

Tampoco podian darse cuenta del tanto por ciento que llevaban perdido desde el instante en que dejaban uno ó dos reales á cambio de un papelito verde ó amarillo, ó de color de rosa como sus sueños. Porque, ¿á qué tomarse el trabajo de estudiar la tremenda desproporcion del número de billetes y el número y calidad de premios de las dichosas rifas?.....

En cambio, aquella tenaz persecucion de los 12.000, tan sancionada ya por un satánico amor propio como por la codicia, buscaba pretextos y hasta disculpas y autorizaciones en las cosas más santas.

—¿Qué hariamos, se decian, con ciento, ó doscientos, ó trescientos reales ahorrados? ¡Bah! nada, fruslerías. En cambio, si la suerte nos favorece en gordo, ¡cuántas cosas no podrémos hacer por el hijo que esperamos!

Se parecian algo los jóvenes esposos al estudiante que recibe de su padre cien reales para libros, que en aquel momento cree que no le hacen falta para nada, y va á buscarlo todo en *el monte*, donde piensa dar tres golpes á los cinco duros.

Digitized by Google

Y los golpes llegaron..... ¿no habian de llegar?

Llegó escasez de trabajo, y hubo que vender herramienta vieja.

Llegó el esperado chico y, para abrigarle, se empeñó herramienta nueva.

Llegó aquella pérdida de salud de que habia hablado la señora Paca, porque fué dura la cuarentena de la parida, y ya no se pudieron empeñar herramientas, pero empezó á empeñarse el trabajo futuro del padre de la criatura.

—¡Ah! decia entónces la sentenciosa abuela del chiquitin, miéntras daba vueltas á la faja por encima de la envoltura; ¡qué bonita caja de ahorros os hubiera yo ido formando con todas esas medias pesetas que, por testarudos, habeis ido tirando poco á poco á la calle!

—Á la calle no, madre—decia Pedro, medio avergonzado, pues hasta entónces no se habia dado verdadera cuenta de que las rifas tenian objeto benéfico.

—Sí, hijo mio, sí; comprendo..... replicaba la señora Paca. ¿A que venimos á parar en que habeis mandado el dinero por delante para cuando nos lleven á todos derechitos á Aranjuez ó al Pardo?

Y así es la verdad. Los filántropos del dia han convenido en hacer las cosas más lógica y ordenadamente que el señor D. Juan de Robres, que hacía los pobres ántes que los hospitales.

1876.

Digitized by Google

DOS CAJAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

DOS CAJAS.

En dos cuartos abuhardillados, por no llamarlos *cuartos quintos*, de una misma casa, en una de las calles céntricas de la córte, vivian, y aún creo que seguirán viviendo, dos familias, ya tiempo hace unidas por lazos de una buena amistad, de los cuales no ha sido el ménos fuerte la desgracia, comprendida y apreciada en todo el valor que le dan los nobles corazones.

Era una de las familias resto de otra más numerosa y feliz, que vivió en los más altos peldaños de la clase media, casi en los lindes de la aristocrática; arrojada desde su altura por la muerte del jefe, despues de larga y costosísima enfermedad, y por ese desquiciamiento general y esa mal disfrazada ruina pública, que ha arrastrado consigo tantos y tan sagrados intereses de la familia española en estos últimos tiempos.

Parecian aquellos seres como los restos de un buque hermoso, fuerte y avezado á las luchas de alta mar, arrojados por un naufragio á las tristes soledades de una playa desierta.

La madre, una hija de diez y siete años y un hijo de

Digitized by Google

ménos de quince, estudiante aturdido y consentido en demasía ya en vida de su padre, vivian allí con ese aseo y esa especie de comodidad elegante que se resiste á abandonar en el infortunio quien ha vivido casi en la opulencia.

El cuartito á que aquella familia se habia retirado, parecia como el último rincon de su antigua y preciosa vivienda, cuyo recuerdo tantos suspiros costaba, sobre todo á la madre, que deseaba volver á ver á su hermosa hija halagada por la esperanza de aquel porvenir ántes brillantemente prometido.

Porque, en cuanto al hijo, como ella decia á sus vecinos, era hombre, y el hombre puede seguir con sus propias fuerzas, y sin que de él se preocupe el mundo, las vueltas que éste da sin momento de reposo, hasta alcanzar lo que difícilmente se halla al alcance de la debilidad, la timidez y el recato, en la mujer inevitables, si la virtud no ha de parecer empañada.

Aunque la jóven estaba bien educada y se sentia capaz, por sus conocimientos de las labores de su sexo, de contribuir con el trabajo al ahorro de lo poco que les quedaba, la madre apénas permitia que hiciese más que alguno que otro bordado de mérito, que sus vecinas iban á negociar en ese gran mercado de modas, donde el comerciante, sereno é imperturbable detras del gran mostrador, explota el capricho del rico que compra y, más aún, la necesidad de las pobres que trabajan.

La otra familia nada tenía que ver detras; nada tenía que echar de ménos; ningun recuerdo de mejor vida venía á arrancarle un suspiro; ninguna ambiciosa esperan-

Digitized by Google

za de mejor suerte habia tampoco de perturbar la tranquilidad del sueño que encontraba despues de largas horas de un trabajo constante, y ménos penoso sin duda, porque se apoyaba en la conformidad de corazones fuertes y en esa costumbre santa que es el mayor consuelo de los que han nacido en medio de las nobles luchas del trabajo.

Eran dos hermanas, ya de más de treinta años, y un hermano de ménos de veinte, huérfanos de padres que, como ellos, habian trabajado siempre para vivir, y que habian dejado á sus hijos, por única herencia, la más sagrada y pingüe de todas, la honradez y el amor y el respeto á la ley que Dios impuso al hombre despues de su caida.

Ellas cosian y bordaban: él copiaba, como cajista de imprenta, los arranques del ingenio peregrino, ó los estudios sérios de la ciencia, ó la crónica del momento de esas luchas diarias de los partidos en que se divide nuestra azarosa existencia política.

Los tres hermanos trabajaban, vivian y ahorraban.

Ahorraban, y el fruto de esos ahorros era depositado religiosamente, para las eventualidades del porvenir, en la Benéfica Caja que, con el Monte de Piedad, tantas bendiciones merece de las clases desheredadas de la fortuna.

Ahorraban, y las dos hermanas aconsejaban ademas el ahorro á sus vecinas y amigas, que poco á poco iban consumiendo el escaso papel del Estado que no se habia perdido en el naufragio; pues como la corta renta no se pagaba, y el cupon se depreciaba en cuatro quintas par-

Digitized by Google

tes, acudian á arrancar títulos y á arrojarlos á la plaza en manos de acaparadores poco inquietos por el presente y seguros de un porvenir de 200 por 100.

*
* *

Y aquí llegamos al tanto por ciento diabólico y tentador; fantástico áun en medio de la realidad; revestido de poéticos sueños de oro en medio de la prosa seca y cobriza de una vida inquietante y desvelada.

«El tanto por ciento» es el título del drama siempre anunciado en los carteles del gran teatro de la sociedad contemporánea, representado por la locura general, y apénas apreciado todavía por el juicio sereno de los pocos libres del contagio.

El tanto por ciento cayó como una noticia, pero como una bomba, en medio de aquellas dos familias, cuya respectiva situacion era la que he descrito á la ligera, cuando el estudiantillo alocado y alegre de las aulas del Instituto de San Isidro llegó á su casa con la nueva que bien puede llamarse infausta.

La noticia, oida por el muchacho en un corrillo de vendedores ambulantes de la calle de Toledo, podia reducirse á estos términos claros y precisos: Una señora de talento habia establecido en aquellos barrios un banco de imposiciones, en que recibia cantidades, á tres meses fecha, *asegurando bajo su palabra* una renta de 20 por 100 al mes, adelantada, siendo tan grande su crédito, que los impositores tenian ya que formar larga

Digitized by Google

cola para ir á dar con sus dineros en el fondo de la caja, verdadero prodigio financiero.

La noticia necesitaba confirmarse, y se confirmó.

La noticia necesitaba comentarios, y los comentarios vinieron.

Isabel, la mayor de las dos hermanas costureras, trajo, al fin, de la casa de comercio donde entregaba las labores, la confirmacion y los comentarios de la ya extendida y divulgada noticia, aclarados despues una y otros por el hermano cajista, que de buena tinta lo sabía todo, pues no en vano se rozaba diariamente con los rodillos de la imprenta.

La noticia era exacta en todas sus partes.

En cuanto á los comentarios, eran muchos y muy divergentes y encontrados, como lo son siempre los juicios que forman por un lado la credulidad y la buena fe, unidas al ánsia del lucro, y por otro la malicia y la desconfianza, en consorcio con el temor de una mala aventura.

Pero los comentarios juiciosos y fundados en la razon, pierden por el momento su fuerza moral ante la fuerza viva de los hechos prácticos. Y, entre estos hechos, se presentaba á los ojos de la viuda impaciente y mal avenida con su descenso en la escala de la fortuna, el de una sencilla menestrala, compañera antigua de sus vecinas, que estaba ya á quince dias de recobrar su capitalito, viéndole doble con los réditos adelantados.

Ademas, aquella interesada en la caja prodigiosa, verdadero bolsillo agradecido á las ignoradas especulaciones de la señora banquera, no cesaba un momento en sus visitas de hablar de ocultos y grandes negocios que

Digitized by Google

sólo el talento de aquella emprendia y podia emprender en Europa y América para su propio encumbramiento y dicha de los comensales.

Luego, el cajista, quizás enamorado y un tanto codiciosillo por el objeto de sus amores, para el porvenir, venía todas las noches á sorprender á la reunion modesta de hermanas y vecinas, con relatos de improvisaciones de fortuna que ya se estaban tocando por gentes atrevidas que habian realizado todo cuanto tenian, y quizás algo de lo que no tenian aún, para formar en la caja de la señora *madre de los pobres*, como ya empezaban á llamarle, una imposicion bonita y de pronto y gran resultado, acumulando intereses, sobre todo.

*
* *

En vano el buen juicio y sano criterio formados por Isabel en vista de unos y otros comentarios, emitidos algunos ya en la prensa, se levantaban allí, como razon de prudencia, contra cualquier mal consejo de la avaricia.

En el ya perturbado cerebro de la viuda se agitaba y tomaba cuerpo una idea, acariciada por lo risueña y dulce, pero escondida por temor á la burla y á la condenacion de su vecina.

—¡Vaya! — decia ésta á sus hermanos—preparemos losa horrillos del mes para llevarlos el primer domingo á nuestra querida Caja de Ahorros; que allí el producto es corto, pero seguro, como el capital que se forma; que allí no hay señoras que emprendan negocios sombríos, misteriosos y sorprendentes, pero hay la luz en los li-

Digitized by Google

bros, la piedad de la buena fe, y las garantías de la historia, del capital inspeccionado y de la autoridad vigilante de los intereses del pobre.

Y llegaba el domingo esperado, y la sensata Isabel tomaba su cartilla de impositora y unos cuantos duros ahorrados, y corria á aumentar su renglon de capitalista, con la tranquilidad en el espíritu y la sonrisa en los labios; de bien distinto modo que aquellos otros que, al acudir á la caja de la señora de talento, temblaban como si fueran á poner su dinero á una de las cartas arrojadas sobre el tapete por un banquero de manos sospechosas.

Y nunca dejaba Isabel de despedirse, con frases expresivas sobre el asunto, de la ex-rica viuda; pues no parecia sino que adivinaba y temia el secreto impulso que agitaba el ánimo de aquella pobre señora.

La buena de D.ª Trinidad parecia que oia á su propia conciencia en la voz de Isabel; pero contemplaba tristemente á su jóven y hermosa hija bordando algun pañuelo que no era para la familia, ó al chico, que volvia del Instituto con un traje que no se parecia á los ricos que vestia en mejores tiempos, y hasta en sus sagrados sentimientos de madre, tanto como en su orgullo vano, buscaba el incentivo que acabase de dar la resolucion.

Y la resolucion llegó al fin. Todo el resto de papel del Estado lo redujo á dinero, á pesar de la depreciacion espantosa, y una mañanita, temprano, á la hora en que acostumbraba ir á misa, ó á la compra con la muchacha, salió de casa despues de besar á su hija, con un beso en que parecia pedirle el perdon de algun crímen premeditado.

Digitized by Google

Encontró á Isabel en la escalera, y se despidió de prisa, como si temiera que una mirada la descubriese ó que una palabra de la avisada costurera le hiciese vacilar en sus descabellados propósitos.

¿A qué hablarle del asunto? Cuando se teme un consejo contrario á la realizacion de un deseo que nos asedia y nos punza y nos halaga, no sólo no se pide, sino que se huye.

Y doña Trinidad huyó, por decirlo así, de Isabel, porque Isabel venía á ser entónces su propia conciencia.

Cuando, á las pocas horas, volvió á pasar, de vuelta ya, junto á la puerta de sus laboriosas vecinas, la pobre señora venía más pálida y agitada, y se apresuró á entrar en su cuarto, recelosa, casi sin reparar en su hija, que la esperaba.

Y abrió precipitadamente un cajon de su cómoda, y dejó allí un documento que representaba todo el resto de su fortuna y la de sus hijos.

El crímen, de que aún no podia darse cuenta, estaba ya consumado.

Su hija fué á besarla, y ella recibió aquel beso temblando, dudando si aquello era un premio ó un castigo para su corazon de madre.

*
* *

Y las cosas marcharon así algunos dias.

El nombre de la señora banquera iba adquiriendo creciente celebridad, y aquí era objeto de chanzas injuriosas,

Digitized by Google

y allí motivo de alabanzas y áun de frases de reconocimiento.

Bueno y malo, todo cuanto se hablaba del asunto, venía á ser por las noches comentado y discutido en la tertulia que formaban nuestras dos familias. Y ya era Arturillo, el estudiante, el que soltaba algun chiste que habia oido junto al Instituto; ya Pepe, el cajista de imprenta, que traia á sus hermanas alguna nueva noticia; ya Isabel, que levantaba los ojos, dejando la aguja para formular un juicio y ver el efecto que producia en sus contertulios; ya la misma viuda, que, disimulando sus emociones, apénas se atrevia á indicar su opinion, pocas veces franca, y más bien excusando con la ignorancia del fondo del negocio lo que para su vecina no tenía excusa ni defensa.

—¿Quién sabe? Ella va pagando bien y, segun se ve, ántes hace los pagos que recibe las nuevas imposiciones—solia decir la viuda.

—Sí, sí,—dice riendo Arturillo—parece que ya se arrepiente la señora esa de tener á los impositores á medio pienso, y ahora, desde la de la Cebada, va á mudar la oficina á la otra plaza, que no todo ha de ser grano.

—Ahora entra *la paja*, ¿verdad?... Nada, nada, añade Isabel; yo me atengo á mi modesta Caja de Ahorros, que aunque está en la plaza de las Descalzas, nunca deja de producirme para un par de botas.

—En eso de cajas—exclama Pepe—habrá pocos que metan las manos en ellas más que yo; pero no para manejar letras de cambio, sino letras de imprenta, que tiznan mucho y producen poco.

Digitized by Google

—El trabajo tuyo en esas cajas—replica Isabel—tizna las manos, pero no mancha la honra, como la puede manchar el oro de esas otras cajas que tanto nos dan qué hablar y que tanto pudieran dar qué temer á los incautos y á los codiciosos.

Generalmente, todos estos comentarios y todos estos discreteos de los individuos de ambas familias terminaban en un cambio brusco de conversacion producido por la viuda, ó en una despedida de la misma, que pretextaba la jaqueca ó algun quehacer del momento al separarse más temprano de los vecinos.

*
* *

La solucion terrible del temeroso problema se acercaba á pasos agigantados, aunque ya habia crecido en un diez el tanto por ciento del interes mensual ofrecido por la insigne banquera, y aunque ésta se esforzaba, por lo mismo que estaba al principio del fin, en inspirar pública y privadamente la confianza posible á sus puntos, por no decir á sus prestamistas.

Esos esfuerzos de un talento mal empleado inspiraron confianza, como á otros, á nuestra D.ª Trinidad, que habia llegado á cobrar dos mensualidades, y no habia llevado á casa sino lo más indispensable para las sagradas atenciones de la familia.

Pero esto no impedia que, á pesar de la reserva que se habia impuesto en aquella jugada del todo por el todo, descubriese alguna secreta inquietud, principalmente á los ojos perspicaces de Isabel, que la veia hacer contínuas y ántes no acostumbradas salidas de casa, efecto,

Digitized by Google

sin duda, de las contradictorias y, á veces, alarmantes noticias que corrian de calle en calle y de boca en boca.

En cambio, ¡qué tranquilidad tan completa la de la discreta y persuasiva costurera, que seguia con sus hermanos en su tarea constante de ahorrar y poner en firme sus ahorros, aunque al cajista se le fuese alguna vez el santo al cielo con sus amores, y volviendo ella siempre de su plaza de las Descalzas con el pié bien calzado y el alma cada vez mejor dispuesta para el noble empeño de buscar un porvenir sin sobresaltos, por el camino, largo y pesado, pero seguro y recto, que su virtud y su inteligencia le habian trazado!

Isabel creia ver vehementes indicios del desasosiego arraigado en el alma de su vecina, cuya hija inocente la confiaba tambien algo de lo que ella observaba en su madre, sobre todo la intranquilidad del sueño, con frecuencia interrumpido, achacándolo la pobrecilla á preocupaciones muy distintas de las que lo motivaban.

Llegó por fin la catástrofe, por muchos esperada sin miedo, y por tantos más temida que esperada, sobre todo tan pronto; pues el que más y el que ménos de los codiciosos prestamistas, no perdia la ilusion de arribar sano y salvo al vencimiento á que aspiraba.

Precisamente llegó el golpe tras un domingo en que Isabel habia mostrado á su vecina, la obcecada y reservada viuda, su libreta de impositora de la Caja de Ahorros, de la que habia vuelto tranquila, alegre, risueña, proponiendo á sus amigas un largo y divertido paseo, que habia aprovechado mucho al espíritu azorado de doña Trinidad.

Digitized by Google

El lúnes, muy temprano, á hora desusada, llegaba Pepe de su imprenta con la grande y desoladora noticia de que la señora banquera, la ántes *madre* y ahora *madrastra* de los pobres, habia desaparecido.

Sí, era verdad; habia desaparecido, llevándose, con los fondos de la caja, que ya podia llamarse de Pandora, las esperanzas, los ahorros, los sacrificios, la vida, en fin, de tantas familias que habian creido en lo imposible, arrastradas por su codicia del demonio.

El golpe que recibió aquella pobre viuda, sólo puede describirlo la misma enfermedad de muerte que la sobrevino y de que salió á duras penas con los cuidados asiduos de sus hijos cariñosos y de las dos hermanas, que no la abandonaron un instante, asistiéndola de dia y turnando en las veladas de noche.

Pasado ya el peligro y en vías de una curacion completa, todos huian de hablar de la desgracia, ménos la misma viuda, que parecia complacerse en avivar el remordimiento y en castigarse del modo más rudo.

—Para todo hay consuelo en este mundo, sabiéndole buscar, decia Isabel á la convaleciente atónita y alelada. El mal ya no tiene más que un solo remedio. La niña hace primores y será una aprovechada costurera y bordadora; Arturito, fuera de las horas de clase, copiará pliegos en una escribanía; usted hará lo que pueda, y yo, con mis hermanos, le ofrezco, entre tanto, lo que sea preciso de los ahorros depositados en la caja segura y sagrada de los pobres que trabajamos sin ambicion y sabemos ahorrar sin avaricia.

1876.

Digitized by Google

LO VIVO Y LO PINTADO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LO VIVO Y LO PINTADO.

PRIMERA PARTE.

SUEÑOS.

Los hombres y las mujeres pasamos la mitad de la vida en la dulce tarea de forjarnos ilusiones, y la otra mitad en el cruel y doloroso empeño de desvanecerlas.

Seamos justos. Si las mujeres y los hombres estudiamos despacio los más tristes accidentes de nuestra vida íntima, hallarémos todos los juicios á que podemos demandar á nuestros malhechores, reducidos á un extraño juicio verbal, á un desesperante *monólogo*, cuyo final inevitable será siempre la propia condenacion *con costas*.

De cien casos de falsía, seduccion, engaño ó estafa de sentimientos de que queremos culpar al prójimo ó á la prójima, noventa y nueve y medio vienen á arrojarnos al fin á la cara nuestra única y exclusiva culpabilidad.

No; no nos engañamos unos á otros: generalmente nos deleitamos en engañarnos á nosotros mismos.

Si el fruto natural es el desengaño, ¿por qué no ha de cosechar quien sembró con tal empeño y tan tierna solicitud?

Digitized by Google

I.

Corria el año de gracia de 1863.

Era una de esas mañanas de Octubre, no excesivamente frias, pero cuya humedad produce el efecto desagradable de la lluvia menuda, empañando la vista del mismo modo que una espesa niebla.

El reloj de la estacion del ferro-carril de Santander marcaba las siete ménos cuarto.

En la sala de equipajes facturaban bultos. Muchos viajeros se acercaban en tropel á la ventanilla del despacho de billetes.

—Uno de 1.ª á Bárcena—dijeron casi al mismo tiempo una señora y un caballero, cuyas señas particulares apuntará el autor, porque cree que han de interesar á los lectores de su novela, caso de que su novela tenga lectores.

Al oir la voz agradable de la señora, el caballero quiso examinar sus facciones, y, á su vez, la señora dirigió con disimulo una mirada á las del caballero.

Creo, sin embargo (¡Dios me perdone la malicia!), que, cuando él pensó en mirarla, ya habia sido visto y revisto por ella rápidamente, pero con ese fino y estudiado escrúpulo con que todo lo escudriña la mujer.

Era cuestion de curiosidad y, en este terreno, las hijas de Eva aprendieron todas de su madre á aventajar á los pobres hijos de Adan.

La Eva de mi cuento pasó al salon de espera y, desde

Digitized by Google

allí, á un coche de primera clase, en cuyos almohadones se acomodó.

El Adan que habia sido tentado por aquella compañera provisional de su vida, siguió sus pasos, entró en el mismo wagon y se sentó en frente de ella.

Un mudo y recíproco saludo fué la sencillísima introduccion del compañerismo de los dos únicos personajes de estos apuntes novelescos.

Aquel saludo nada interesante significaba; pero, gracias á él, el autor no necesita romperse la cabeza para buscar un medio de colocar *en situacion* á sus personajes.

Ni el más atolondrado Lovelace se puede dispensar de ser hombre político, en el sentido social de la palabra.

El saludo, aunque sólo sea con una ligera inclinacion de cabeza, precede siempre á la primera frase de los enamorados.

La política viene á ser la introductora de los embajadores del amor, por más que luégo resulte alguna mala embajada.

Tambien lo es del desgraciado que se acerca á un ministro con alguna pretension, siempre encabezada con las frases de la más fina cortesía.

Y el amante de buena fe, ¿qué es más que un pretendiente que aspira á un *gran destino?*

La mujer amada no es más que un ministro con faldas, que se diferencia esencialmente del ministro de la Corona en que su corazon domina casi siempre á su cabeza.

Digitized by Google

II.

Todo esto no quiere decir que nuestro viajero pretendiese nada al saludar á su jóven compañera.

La saludó porque tenía muy buena educacion, y fué contestado su saludo por razones del mismo peso.

Con un saludo exploramos muchas veces la disposicion de ánimo de aquel á quien le dirigimos.

No puedo asegurar si el viajero exploraba algo. Pero lo que sí aseguro es que la viajera, al contestarle sonriente, manifestaba en su favor una disposicion de ánimo inmejorable.

Un airecillo húmedo entraba por la ventanilla del carruaje, junto á la que se hallaban recostados nuestros viajeros.

Ella tosió, haciendo un gracioso ademan de cubrirse con su abrigo.

Él se sonrió, apresurándose á cerrar la ventanilla.

—Gracias, caballero, dijo ella.

—No las merece, contestó él, volviendo á sentarse.

La locomotora, que sin duda no gustaba de cumplimientos, hizo oir un silbido prolongado, anunciando ruidosamente su partida, y el tren empezó á marchar majestuosamente, oyéndose la respiracion lenta, pero vigorosa, del monstruo de corazon de fuego que ha inventado el siglo para devorar distancias.

Aquella respiracion adquirió una agitacion progresiva, que llegó á ser febril cuando el monstruo, tocando casi con sus piés de hierro las aguas del mar, vió retratado

Digitized by Google

en los cristales de la hermosa bahía de Santander su negro y ondeante penacho.

Parecia impulsado por el orgullo que le inspiraba su propia imágen.

A borbotones lanzaba las bocanadas de humo, que iba dejando detras como una sutil y *vaporosa* burla á la falta de actividad de los perezosos siglos pasados.

Nuestros viajeros admiraban absortos, pero *á la ligera forzosa*, los variados cuadros que á su vista se presentaban.

Especiales razones tenía él para sentir que aquella bella perspectiva se le ofreciese tan ligeramente.

El autor va á explicar estas razones, aprovechando la distraccion de sus personajes para trazar con tosco pincel los rasgos de su fisonomía física y moral.

III.

Creo haber dicho que nuestra viajera era jóven y que estaba bien educada. Y viajando en wagon de primera clase, debe suponerse que, si no á la clase aristocrática, pertenecia por lo ménos á la clase media.

El lector escrupuloso que, rechazando la libertad de la doncella inglesa, se alarme viendo á una jóven solita por esos caminos de Dios, espere y oiga.

Nuestra viajera, hija legítima de España, era independiente de hecho y de derecho.

Era viuda.

La viudez es el estado más libre de la mujer, aunque tambien el más peligroso.

Digitized by Google

La virtud es tanto más meritoria cuanto más peligros la rodean.

La viuda jóven, hermosa, celebrada por el mundo y que sobre el mundo se alce con el limpio escudo de la virtud, puede aspirar con justicia al título honroso de *mujer fuerte.*

No lo era, en verdad, de complexion nuestra viuda.

Delgada; esbelta y ligera de cuerpo; fina de facciones; blanca, no tanto como el alabastro; con hermosísimo cabello, ménos negro que el azabache; linda boca, pero cuyos labios no competian con el coral, y cuyos dientes hubieran tenido más precio si hubieran sido perlas.

Lo más bello de sus bellos ojos era la expresion, siempre arrebatadora y elocuente; y en esto sí que estoy seguro de que podia competir con Ciceron, Demóstenes y demas grandes oradores de la antigüedad.

Bajo el imperio de aquella elocuencia persuasiva, nunca hubiera llegado Catilina á abusar de la paciencia de la República romana.

Con todas esas dotes, sencilla elegancia en el vestir, y la dulcísima voz que tanto llamó la atencion de su compañero, la viudita podria pasar por una de esas mujeres á quienes han dado en llamar *espirituales.*

Espirituales, acaso porque su poderoso espíritu domina y embellece poéticamente sus formas.

La jóven independiente, *sui juris*, era conocida en la buena sociedad de Madrid y en la de Santander, adonde la llevaban sus amigas á pasar la temporada de baños, con el dulce nombre de Amelia.

Amelia se cansaba ya de sus triunfos de salon, y anhe-

Digitized by Google

laba volver á ser lo que habia sido cuando niña, porque niña era cuando perdió el marido, que más bien hizo el papel de padre mimoso y juguete de los caprichos infantiles de Amelia.

Feliz é independiente, como España cuando se abrió al cartagines, la incauta viuda deseaba conocer el dulce yugo que no habia tenido tiempo de sentir.

Pero, fatigada de los homenajes empalagosos de la escuela romántica y de los groseros de la positivista, esperaba un prudente y justo medio entre estas dos escuelas.

IV.

Era el compañero, jóven como de treinta años, de regular estatura, rubio, y, sin ser sus facciones modelo de perfeccion, habia en el conjunto ese *no sé qué* agradable que constituye un rostro simpático.

En la expresion melancólica de su mirada se revelaba algo del alma de los verdaderos artistas, que no se escapó al talento observador y práctico de la viuda.

Era un pintor excelente. Sus bellísimos paisajes habian sido distinguidos en las exposiciones de Madrid y París, de donde venía despues de haber hecho una detenida excursion por Alemania, tierra que amaba instintivamente, porque es el país clásico del arte, y, sobre todo, por el carácter espiritual y soñador de sus habitantes, con que simpatizaba.

Pendia de sus hombros con finas cintas de charol una cartera de forma cuadrada, donde llevaba su álbum y sus lápices para aprovechar cualquiera ocasion oportuna en

Digitized by Google

que poder trasladar al papel, aunque sólo en cróquis fuese, los cuadros más bellos que la naturaleza le presentase.

Ahora comprenderá el lector las razones que el pintor tenía para sentir lo acelerado de su viaje, por un país en que tan bellas perspectivas se ofrecen á la inspiracion del genio.

El pintor vivia por el arte y sólo para el arte, y miraba casi con indiferencia todo lo que con el arte no tuviese alguna relacion.

Y no era el corazon del hombre lo que habian despertado la voz y la belleza de Amelia.

Habian despertado las simpatías del corazon del artista.

Cuatro años ántes, esto hubiera sido un hermoso triunfo para la jóven viuda. Pero ya poco debia importarle inspirar al artista, si no era tambien objeto de las aspiraciones del hombre.

V.

Nuestros viajeros habian llegado hasta Renedo contemplando el país á traves del cristal de la ventanilla.

—¡País delicioso!—habia exclamado frecuentemente el jóven pintor.

—Mucho ama V. la naturaleza, dijo por fin Amelia.

—Es una madre bella y cariñosa que me ha dado cuanto soy y cuanto valgo.

—Es V. un hijo agradecido.

—No siempre, señora: en mis obras he hecho á su

Digitized by Google

belleza algunos agravios que nunca podré perdonarme.

Amelia iba á preguntarle si era poeta, recordando que tambien su hermosura habia recibido algunos *agravios*, concertando con *labios*, en versos que, si no revelaban el amoroso sentimiento, mostraban bien á las claras la falta de sentido comun de sus autores, inspirados á la luz de las bujías de los *buffets* aristocráticos.

Pero, en aquel momento, el tren se detuvo. El jóven se apresuró á abrir su cartera, sacó el álbum y en una hoja empezó á trazar precipitadamente los rasgos de un paisaje.

La locomotora silbó con impaciencia. Parecia querer manifestar al pintor que su reglamento particular no le permitia conceder un minuto más ni á las mismas lucubraciones del genio.

El tren marchaba.

El pintor cerró resignado el álbum, mirando hácia el cristal con el candoroso desconsuelo de un niño que ve apagar las linternas de un panorama cuando se halla más divertido ante los cuadros maravillosos.

Amelia se sonrió deliciosamente observando al pintor.

En el carácter del jóven, como en el de todo artista de corazon, habia mucho de infantil, y Amelia, como todas las mujeres, amaba á los niños con delirio.

El niño pintor tenía, pues, para Amelia, en su fisonomía moral, un rasgo encantador que no debia pertenecer sino al justo medio que buscaba entre las escuelas romántica-simple y grosera-positivista á que pertenecian sus idólatras de antaño.

El pintor empezaba á interesar á la jóven viuda.

Digitized by Google

—¿Será el amor un juguete para el corazon infantil del artista?

Fuera del terreno del arte, ¿se hará el niño demasiado hombre?

VI.

Ante la primera de las dos anteriores preguntas que se hizo á sí misma, la viuda se desconsoló.

Ante la segunda, empezó á alarmarse.

La imaginacion de la mujer desconsuela y alarma á su corazon con mucha frecuencia.

La imaginacion incansable de la mujer hace á su corazon en un minuto mil preguntas, á que su razon no se toma el trabajo de contestar.

Amelia, á pesar de todo, creyó necesaria la contestacion á sus dos interesantes preguntas, y, no pudiendo exigirla á su razon, iba á buscarla en otra parte.

—Observo, compañera mia, que ha quedado V. muy preocupada—dijo en aquel momento el pintor.

—Precisamente pensaba en las preocupaciones de los artistas.

—¿Alude V., sin duda, á mi constante adoracion hácia mi madre y maestra? Confieso que sufro cada vez que me ofrece pródigamente sus bellos recuerdos y no puedo aceptarlos. Este prodigioso invento de la época, que nos trae y nos lleva sin un momento de reposo, no da lugar al alma para fijar sus afectos.

—¿Sus afectos... filiales, querrá V. decir?

—Hablo en general, señora. El amor... la amistad...

Digitized by Google

En estos viajes nacen mil veces simpatías que, cuando empiezan á crecer, se desvanecen como las huellas de humo que va dejando detras de sí la máquina.

—No estoy enteramente conforme con V., señor artista.

—En este instante me parece que yo mismo reniego de mi opinion en el asunto.

—¿Y cómo puede ser eso?—exclamó Amelia con un candor hipócrita adorable.

—Encontrando en la fisonomía de V., en la expresion de su mirada, en su voz, en sus maneras, algo que no pertenece al vulgo de las mujeres y que constituye mi bello ideal, mi tipo originalísimo.

—¡Ay, Dios mio, que se me sube á las regiones de la escuela tonta!—dijo para sí Amelia.

—Luégo, prosiguió el pintor, veo en su manera de viajar la independencia de V., su animosa despreocupacion, que le alejará sin duda de esas ideas exageradas de la virtud...

—¡Caballero!—exclamó con dignidad la viuda, temiendo que su niño se pasase con armas y bagajes á las filas de la otra escuela.

—Me explicaré, señora, me explicaré, para que no me tenga V. por grosero, aunque temo llegue á calificarme de loco. Soy pintor. Necesito viajar. Estoy cansado de viajar con los amigos, porque no hallo amigo que no me sobre ante los cuadros de la naturaleza; y, para trasladar á los mios la luz, el agua, las flores, el cielo y toda la magnificencia de mi hermosa madre y modelo, quisiera tener á mi lado un alma hermana que sintiese

Digitized by Google

y alentase mi inspiracion. Creo que el alma privilegiada que busco está en una mujer; pero esa mujer ha de ser, como ya he dicho, *originalísima;* ha de seguirme con confianza, despreocupada y sin pensar, sin acordarse de más lazos que los santos de la amistad y los de la pura inspiracion del arte.

VII.

Amelia no encontró palabras con que contestar al breve cuanto extraordinario discurso de su compañero.

Aquel caso no estaba incluido en su diccionario histórico de manifestaciones masculinas del amor.

El original hijo de Apéles sacó su reloj y fijó la vista en la esfera como si quisiera marcar el tiempo que debia durar el silencio de la viuda.

Volvió á guardarle á los dos minutos, y miró á Amelia sonriendo de un modo indefinible.

Luégo tomó el álbum y se puso á repasar las hojas, como si nada significasen las palabras que habia pronunciado.

Amelia siguió sobrecogida de asombro los movimientos del pintor.

Al verle hojear tranquilamente el álbum, creyó que aquel loco tenía todavía bastante razon para renunciar á una respuesta á sus indirectas y peregrinas proposiciones.

Luégo se reconcentró en sí misma y se puso á pensar, haciéndose preguntas como siempre, pero sin dejar de mirar al jóven, que parecia querer distraerse buscando

Digitized by Google

con la memoria el colorido natural de aquellos hermosos recuerdos bosquejados magistralmente con el lápiz.

—¿Es un niño que se divierte, ó un loco que se burla de sus propias locuras?

Amelia quiso darse cuenta de que podia ser ambas cosas, puesto que los niños no suelen ser más que locos pequeños, y los locos, por lo general, son niños grandes.

Pero los unos no han llegado todavía á poseer la razon, y los otros ya la han perdido.

Los niños gritan de impaciencia, y los locos de desesperacion.

Los niños se acercan á la luz, y la luz huye de los locos.

Los niños son alegres pobres de nacimiento que loquean causando risa. Los locos son infelices pobres despojados que niñean arrancando lágrimas.

La viuda debió comprender todo esto.

Miró profundamente á su compañero, y á un tiempo asomaron la risa á sus labios y las lágrimas á sus ojos.

Aquellas lágrimas de compasion encerraban un misterio hasta para la misma Amelia.

Sus adoradores nunca habian alcanzado más que risas burlonas.

Aquel era su primer llanto... de amor.

Amelia llevó su pañuelo á los ojos, despues de haber contemplado al niño loco por el cristal de sus lágrimas.

Luégo, como si su orgullo quisiera borrar las huellas de su ternura, la jóven viuda apoyó con negligencia la cabeza en el respaldo del carruaje, cerró los ojos y se fingió dormida.

Digitized by Google

Cuando, despues de largo rato, el pintor levantó la vista del álbum para mirar á Amelia, Amelia dormia realmente.

Las niñerías y locuras del pintor le inspiraban sin duda confianza.

El jóven contempló su hermosura con el mismo respetuoso cariño con que admiraba los cuadros de su magnífico modelo.

¡Quién sabe si las imágenes del sueño de Amelia estarian relacionadas con la dulce contemplacion del artista!...

VIII.

—«¡Bárcena!»—gritó con voz destemplada un empleado de los más subalternos de la Administracion del ferro-carril de Isabel II.

—¡Amelia, Amelia!... gritaron casi al mismo tiempo con voz alegre dos señoritas, asomando á la puertecilla, ya abierta, del carruaje donde habian viajado solos el pintor y la viuda.

Esta despertó y corrió á los brazos cariñosos de aquellas amigas que la esperaban, con tal ánsia y tal fuerza de egoismo, que se la llevaron sin darle tiempo más que para dirigir una triste mirada y contestar con un saludo de despedida al entónces conmovido pintor.

Corria, como he dicho, el año de gracia de 1863.

El pintor, que se dirigia á Madrid, contemplaba ya en el andén la rápida marcha de la viuda, llevada en vo-

Digitized by Google

landas por sus amigas hácia una linda casa de campo que se alzaba en medio del frondoso valle.

El monstruo de corazon de fuego que le habia arrastrado con Amelia por una suave pendiente de ilusiones artístico-amorosas, lanzaba en la estacion de Bárcena un terrible silbido de desesperacion, porque no acababan de vencerse los rudos obstáculos que la naturaleza oponia á su paso á traves de los montes.

La seccion del ferro-carril de Bárcena á Reinosa era todavía un proyecto en accion, lleno de dificultades por los largos y costosísimos túneles.

¿Serian aquel dulce sueño de la viuda y aquella larga y casta contemplacion del artista, los laboriosos trabajos que pudieran conseguir—con permiso de los ingenieros de caminos—un túnel moral por donde al fin acaben de comprenderse y comunicarse aquellos dos corazones?

Si una casualidad los ha hecho viajar juntos, ¿qué otra casualidad, y cuándo, y cómo y dónde podrá volver á reunirlos?

¡Ay!... Los hombres y las mujeres pasamos la mitad de la vida en la dulce tarea de forjarnos ilusiones, y la otra mitad en el cruel y doloroso empeño de desvanecerlas.

SEGUNDA PARTE.

REALIDADES.

I.

—Federico está, como ahora decimos, *chifladó*, amigos mios. Desde que hizo su viaje á Alemania...

Digitized by Google

—Vamos, le habrá trastornado el juicio alguna de aquellas vírgenes rubias y pálidas del Norte.

—Alguna Margarita de este Fausto... con pinceles.

—Alguna Laura trasplantada en flor desde el Mediodía para este Petrarca... con paleta.

—Ó tal vez alguna paleta de las orillas del Rhin, trocada en Dulcinea por la fantasía del pintor del Manzánares.

—Todo eso son *ingeniosidades*, como diria un maestro del habla castellana en pleno Parlamento. Nos divertimos con un ausente, que es el pintor, delante de un retrato de mujer, que no tiene pelo de alemana.

—Ni pelo de tonta tampoco.

—Ni esos ojos son del Norte.

—Tienen todo el fuego del sol del Mediodía.

—La verdad es que esos ojos han hecho un milagro, puesto que Federico, que no pintaba más que paisajes, se ha convertido en retratista.

—Y el retrato está hablando.

—¿Qué sabes tú? ¿Sabes *quién es ella?*...

—Hombre, no. Pero hay retratos que tienen tales rasgos de verdad, que... Vamos, yo creo que he visto á esa mujer en alguna parte.

Este diálogo era sostenido por varios amigos del pintor en el estudio de éste, ante un pequeño lienzo que cubria una ligera gasa de color de rosa ántes de la invasion de aquellos jóvenes de buen humor, que habian profanado el templo del arte en ausencia del gran sacerdote.

La ausencia se prolongaba, y los amigos del artista

Digitized by Google

dejaron el estudio, despues de volver á cubrir el lienzo con aquella gasa, cuyo color casaba tanto con el de los sueños nacidos en un ligero viaje al vapor.

II.

¿Tendré yo que hacer una injusticia á la penetracion de mis lectores, diciéndoles quién era el pintor de quien de tan fácil manera se habian burlado aquellos amigos inconsiderados?

¿Ni quién el original de aquel retrato?

¿Ni qué viaje era ése á que me referia?

Lo único que yo he de decir á mis lectores, ántes de dar un paso más en esta segunda parte de mis ligerísimos apuntes novelescos, es que ha trascurrido bastante tiempo para que los ingenieros de caminos hayan conseguido el triunfo de ver á la locomotora atravesando los montes que se oponian á su paso desde Bárcena á Reinosa.

Los túneles han costado mucho dinero y algunas vidas... Pero ¿qué ménos han de costar los prodigiosos adelantos de la civilizacion y las nuevas conquistas del progreso?

El hombre sucumbe. Sí, pero la humanidad avanza y se perfecciona.

¿Ha avanzado, se ha perfeccionado algo con el trascurso del tiempo la inteligencia secreta é íntima de aquellos dos espíritus separados tan bruscamente entre los silbidos atronadores de una máquina de vapor, á la vista

Digitized by Google

del fantasma espantable de unas montañas resistentes y ya vencidas?

El retrato de Amelia, hecho *de memoria* por el antiguo compañero de viaje, ofrece desde luégo un resultado práctico de los trabajos llevados á cabo de una parte para la consecucion de aquel túnel moral, pero vivamente comunicativo, que habiamos deseado.

Amelia se habia tambien pintado mil y mil veces al que ya llamo Federico, durante la larga ausencia, forzosa é inevitable. Y si no tenía el retrato sobre un caballete en su tocador, que es el estudio de artistas que no falta nunca á las damas elegantes, en cambio le tenía siempre en su imaginacion y en su alma, tanto más apasionada, cuanto más Amelia se acercaba á la época de decadencia de su hermosura sin hallar aquel *justo medio* de sus sueños de amores.

Porque las mujeres son así.

Sienten más cuando están más cerca de brillar ménos.

Reconcentran, alimentan y avivan el fuego de su corazon á medida que el tiempo implacable apaga el fuego de sus ojos.

Suelen brotar las primeras flores en su alma cuando los primeros copos de nieve blanquean entre los rizos de sus cabellos.

Y ¡qué tristeza debe apoderarse de la mujer que ve, oye y siente dentro de sí misma todas las sonrisas, todas las músicas, todos los perfumes primaverales, y se convence de que las primeras nieblas del invierno impiden que el sér soñado se asome al cristal de sus ojos y

Digitized by Google

vea todos aquellos encantos interiores que á un tiempo son su alegría y su desesperacion!

III.

—¡Al fin voy á verla!—se decia Federico, poco despues de abandonar sus amigos el estudio, entrando él y llegando con mano temblorosa á levantar aquel velo rosado que cubria la imágen de sus sueños, ya por mitad artísticos y amorosos.

¡Qué hubiera dicho, qué hubiera hecho á saber que aquella imágen habia sido profanada por las burlas de media docena de incapaces de comprender las solicitudes de su alma y el pertinaz empeño de su imaginacion de artista!

—¡Al fin voy á verla! ¡Tal vez voy á oirla!... Tanto tiempo deseándolo y buscando la ocasion, y al fin es la casualidad la que va á ponérmela cerca... Y, sin embargo, no sé si debo alegrarme. ¡He abandonado tanto tiempo á la naturaleza, para acariciar esta imágen!

Merece ser explicado ese monólogo del artista.

Federico habia buscado con empeño á su compañera de aquel brevísimo viaje. Habia trabajado poco y habia soñado mucho, y el único fruto de sus sueños para el arte habia sido el retrato de una mujer.

El retratista habia arrebatado los pinceles al que estaba ya glorificado por los esplendores de la luz, la trasparencia del agua, la diafanidad del cielo, la pureza del ambiente y la poesía de los horizontes.

Digitized by Google

Federico empezaba á sentir prematuros remordimientos.

Habia abandonado á la naturaleza por una mujer.

Habia renunciado á los goces tranquilos, positivos, perennes, inagotables, del culto de un amor de toda su vida de artista, por las inquietudes y recelos que le ofrecia el culto de un ideal que habia surgido al vapor en su fantasía, y al que la realidad y la prosa de la vida pudieran dar formas monstruosas y desesperantes.

Sus delirios de amante le habian hecho hijo ingrato.

La madre, la naturaleza, como todas las madres, llena de abnegacion y calma en el olvido; allí estaba representada en algun hermoso país arrinconado, sonriente en medio del abandono, serena y sin celos ante el triunfo de aquella imágen de mujer que dominaba como reina absoluta en el estudio del artista.

Sí; la madre sonrie al hijo mimado entre flores, pájaros, bullentes cascadas, cielo sin nubes y horizontes serenos.

Y aquella sonrisa, aquel amor inmutable, sin celos, sublime en el olvido y el infortunio, era para el artista ingrato lo que la dulce sonrisa de una madre para el hijo desvelado, inquieto y febril tras los efímeros goces de una larga orgía.

IV.

Pero al fin Federico iba á verla y á oirla. Iba á ver y á oir otra vez, la segunda de su vida, al original de aquel retrato hecho de memoria, pero con tal exactitud y ri-

Digitized by Google

queza de detalles, que Amelia hubiera enloquecido al verle y hubiera sonreido más triunfante que al dar la última mano á su tocado ante la luna de su espejo, para ir á brillar como un sol entre sus satélites en los salones de un baile de la aristocracia.

Y era en un gran baile donde iba á verla.

Federico oyó el nombre de Amelia entre los que le citó un amigo al ocuparse de las mujeres hermosas que habian de ser el encanto y la delicia de la fiesta aristocrática.

Despues oyó la descripcion de las bellezas físicas de aquella Amelia; se convenció de que no podia ser otra que la que habia dormido y despertado casi en sus brazos en aquel ligerísimo viaje, y no necesitó más para pedir á su amigo que le presentase en aquella casa, cuyos salones queria reducir ya con su imaginacion á los estrechos límites de un wagon de primera clase, sin más concurrencia que su persona y la de la encantadora viuda.

Pero luégo, más sereno, más dueño de sí, deseó otra cosa. Deseó verla y oirla sin que ella se apercibiese de su presencia, para poder apreciar sus verdaderas cualidades dentro del mundo, á ver si las realidades correspondian en todo á sus sueños, que le habian siempre representado una mujer fuera de toda ley vulgar, exenta de las preocupaciones que á sus ojos habian empequeñecido siempre á la hermosa mitad del género humano.

Y llegó la deseada noche; y fué al baile, haciendo el inmenso sacrificio de desenterrar el frac, profundamente odiado por su instinto y su delicado gusto de artista.

Los salones estaban literalmente llenos de todo lo más

Digitized by Google

escogido que encierra la sociedad madrileña, si, con esta calificacion, hemos de comprender la parte de la sociedad que *á toda costa* bulle, brilla y se agita entre dos luces en la Castellana ó el Buen Retiro, y á la luz del gas en los teatros, y á la luz de mil bujías en todos los salones descritos hasta la saciedad por esos literatos de guante blanco y pluma perfumada, que marean á los ídolos del gran mundo con el incienso del galicismo hiperbólico.

V.

Federico corrió de salon en salon con las precauciones y el recato del que va á sorprender alevosamente un secreto.

No; no era aquel jóven ingenuo, aquel niño franco y leal, aquel artista mimado por la naturaleza, acostumbrado al sencillo y santo goce de sorprender de frente los más dulces misterios de su hermosa madre.

No; no era entónces aquel pintor que, inmóvil, desde su hábil punto de vista, á la luz del sol, bajo el azul y esplendoroso pabellon del cielo, tomaba con el pincel el primer tinte amarillento de las hojas otoñales, el brillo plateado de las ondas del lago, el oro bruñido del rayo solar que se quiebra entre las ramas del bosque, los contornos de la gigante sombra que proyecta sobre el césped el cuerpo esbelto y elegante del álamo.

No; Federico era entónces un ladron que se deslizaba sobre alfombras á la vista de todo el mundo, pero esquivando, huyendo la vista de su víctima, que era á la vez su ídolo.

Digitized by Google

Federico era entónces un ladron de su propio sosiego, porque hay ignorancias que son garantía de tranquilidad, y él trataba de suspender aquella garantía, saliendo de su más feliz ignorancia.

En fin, Federico era todavía más que un ladron; era un asesino que, con premeditacion y alevosía, iba á matar su ideal en medio de las realidades más prosáicas de la vida.

Todas las circunstancias favorecian la perpetracion del crímen.

Amelia apareció á los ojos de Federico sin que éste fuera apercibido por la viuda, y en los momentos en que ella recibia con la sonrisa más deliciosa los homenajes de media docena de universales galanteadores, de esos que parecen cortados por el mismo demonio para hacer de la imaginacion de la mujer un infierno de vanidad.

La viuda estaba en esa edad en que no tiene que perder mucho tiempo la mujer si su estado de soledad le cansa.

Su belleza física era quizás más esplendorosa que cuando se ofreció á los ojos del artista viajero, porque entónces no estaba realzada por los primores del tocado y por ese tinte subido de magnificencia y poderío que presta á los encantos naturales el terreno en que la mujer templa todas sus armas para ganar la batalla que libra su orgullo.

En esa batalla, la mujer tiene por rivales á todas las mujeres que se presenten en el mismo campo. Hasta á sus más íntimas amigas.

Digitized by Google

Amelia, aunque fatigada de sus triunfos de salon, era todavía mujer.

Uno de aquellos galanteadores dañosos cometió la indiscrecion de nombrar con elogio á una dama que habia llamado la atencion de la concurrencia por su belleza y su elegancia, y Amelia se sonrió con desden, casi al mismo tiempo que estrujaba entre sus brazos y se comia á besos á aquella celebrada hermosura, á quien prodigó el dulce nombre de amiga.

Federico, oculto tras una cortina, lo habia visto y oido todo. Su ídolo empezaba á vacilar sobre el pedestal.

Los movimientos de la estatua empezaron á marearle. Pero estaba colocado de modo que no podia retroceder en su empeño, aunque renunciase á las glorias del famoso escultor, rey de Chipre.

VI.

Federico, torturado en su escondite, temblando como un niño que ve arrebatado por el viento el globo de brillantes colores que ántes sujetaba con un hilo entre sus débiles manos, tuvo un momento rápido de inmensa satisfaccion.

La viuda quedó un momento sola. En aquel momento debió olvidarse que estaba en un baile donde la disputaban el cetro de la belleza.

En aquel momento miró hasta con indiferencia su imágen reflejada en el cristal de un espejo que tenía enfrente, y en el cual, á poco que se hubiera fijado, hubiera podido descubrir unos ojos que escudriñaban hasta sus más recónditos pensamientos.

Digitized by Google

La vaguedad de la mirada de Amelia; el tinte melancólico de su fisonomía; el dulce y natural abandono de su hermosa cabeza, indicaban que en aquel momento la dominaba un recuerdo encantador, porque á la vez una ligera sonrisa entreabria sus labios.

Federico se creyó en aquel momento compensado de su profundo disgusto, porque su imaginacion le llevó al wagon de primera clase en que habia viajado con la viuda.

Pensó que aquella mujer recordaba entónces los sencillos accidentes de su breve y encantador compañerismo en la Montaña.

La vió sonreir como entónces; creyó verla dormirse con aquel mismo confiado abandono; oia la música deliciosa de aquellas delicadas frases con que habia provocado sus íntimas confidencias de artista.

Poco faltó para que Federico saliese de su escondite y echase por tierra todos sus planes de implacable asesino.

Aquel momento fué rápido y la transicion horriblemente brusca.

Un señor gordo y colorado, y con media docena de condecoraciones en el frac, sacó de su dulce distraccion á Amelia y se la llevó, todo lo mal que pudo, entre las parejas que entónces respondian á los arrebatadores compases de un wals.

VII.

Pero Amelia volvió pronto á su asiento, al lado de la

Digitized by Google

amabilísima y espléndida señora de la casa, con quien sostuvo un animado diálogo, que fué el golpe de gracia para el ídolo levantado al vapor por los sueños del artista.

De aquel diálogo sacó en sustancia Federico que la viuda, aquella hermosa viuda, traspuesta sólo dos minutos en la imaginacion del artista al orígen de sus sueños, no sólo se permitia la debilidad de aspirar al trono nunca vacante de los salones, menospreciando toda otra candidatura, sino que era susceptible de otras debilidades, incomprensibles en el original idealismo de aquel retrato que absorbia toda la luz de su estudio.

Amelia se habia dejado convencer por la señora de la casa de que la viudez es un peligro siempre inminente, más que una libertad eternamente adorable.

Esta era una preocupacion sin excusa á los ojos del hijo de Apéles.

Amelia se habia persuadido, por gracia del talento hábil de la susodicha señora, de que la belleza física se va, y luégo la hermosura moral que queda jamas se percibe por los tontos, que constituyen la inmensa mayoría en el parlamento del gran mundo.

Esto era tambien imperdonable en una mujer que no debia olvidar los votos de un pintor que podia pertenecer á las minorías revolucionarias de dicha cámara.

Amelia se habia convencido tambien, en aquel maldito diálogo, de que el reinado de la viuda es más efímero y de más alarmantes responsabilidades que el reinado de la mujer casada, que reina, gobierna, si sabe, y declina toda responsabilidad en su *primer* ministro. La señora de la casa no habia dicho *único*.

Digitized by Google

Esta era una inmoralidad ménos admisible, áun con el discreteo ingenioso de aquel Mefistófeles con faldas que, *haciendo los honores de su casa*, trabajaba de tan extraño modo en favor del enlace de la viuda con aquel señor gordo, colorado, con el pecho lleno de condecoraciones, marqués, senador del reino y eterno aspirante á la mano de Amelia.

En fin, que la viuda se habia dejado convencer de que debia ceñirse la corona de marquesa, por solicitud de un hombre que ni era clásico ni romántico, ni pertenecia al centro parlamentario del amor en que Amelia habia buscado en vano su ministro responsable, ni aspiraba á figurar en escuela alguna antigua ni moderna, porque para eso son precisas las ideas, y el marqués, sin el peso enojoso de tan apreciables señoras, habia vivido siempre tan colorado y tan guapote.

Aquella noche, mejor dicho, aquella madrugada, Amelia se acostó suspirando ante un recuerdo de viaje que la hacía sufrir sonriéndola. Pero se durmió, murmurando con la indiferencia más natural del mundo: — « Seré marquesa. »

Y Federico, despues de mirar con doloroso desencanto el retrato consabido; sufriendo todavía las horribles torturas de su malaventurado escondite, se acostó y se durmió diciendo: — « Y los sueños, sueños son.»

VIII.

Pero la viuda tuvo tambien su formal empeño de imitar en lo del asesinato de su ideal, ó de la esperanza de

Digitized by Google

su ideal, al famoso paisajista, autor de un solo y desconocido retrato.

Dando treguas á su proyectado enlace, ya comentado de mil modos y en tonos diferentes por la sociedad que frecuentaba, fué á pasar parte del estío en unos concurridísimos baños á donde acuden más gentes por moda que por enfermedad, aunque tambien es una enfermedad la moda, y de costosísimo tratamiento.

Acaso hubiera dejado el establecimiento balneario más pronto, por indicaciones oficiosas de su futuro, si no hubiera sabido, por referencia de una de sus amigas, que estaba á punto de pasar por aquellos pintorescos sitios un artista consumado, cuyas señas particulares coincidian con las de su pintor de marras.

Amelia se empeñó en sorprender al artista en pleno ejercicio de sus funciones, y se salió con la suya.

Federico, aún no del todo desengañado, se abrazaba de nuevo á sus lápices y pinceles de paisajista, con el amor y casi el arrepentimiento del hijo pródigo que torna á los brazos siempre abiertos de la clemente y solícita madre.

Pero la casualidad, no siempre propicia para los sueños largamente acariciados, quiso que la viuda y prometida esposa, que aún no podia desprenderse de sus achaques de ilusa, llegase de puntillas cerca de un roble que daba sombra al estudio ambulante del artista, cuando éste, efecto de desvelos desconocidos de la viuda, ó arrullado en demasía por los susurros de la tibia brisa entre las hojas, por la charla inocente de los pájaros y el eterno murmullo del arroyo que cerca se despeñaba,

Digitized by Google

dormia, y áun creo que se permitia roncar como un mortal cualquiera, con los lápices y pinceles entre la hierba, y con las hojas del consabido álbum pasándose y repasándose graciosamente, merced al airecillo burlon y francote de la montaña.

—¡Oh profanacion!—debió exclamar para sus adentros la viuda, sin recordar que ella tambien se habia dormido muchas veces cuando ménos lo pensaba.

¡Dios mio! ¡Qué horror!... Dormirse de aquel modo, como el más imbécil de los aldeanos, cerca de ella, que, no sabiendo qué hacerse en su desesperacion, iba á hacerse marquesa; cerca de ella, que deseaba verle despierto por la inspiracion más viva ante los risueños y hermosos cuadros que le ofrecia aquella pródiga madre cuyo culto cariñoso tanto le habia ponderado en aquel viaje de eterna y ya infeliz memoria!...

IX.

Pero áun no fué tan grande el desencanto, que hiciera desistir á la viuda de su idea, fácil de realizar ántes de ceñirse la corona prometida.

Al dia siguiente volvió con tenaz empeño al lugar poético de aquella prosáica profanacion.

¡Oh delicia! El pintor... pintaba.

Le veia tan niño y encantador como en su dia de incubacion de ilusiones.

Soñaba que se miraba el artista en el cristal de sus ojos de viuda, más que en las rosadas tintas de los horizontes lejanos.

Digitized by Google

Casi estuvo por correr á decirle al Marqués que renunciaba á la corona.

Pero no se movió del sitio en que se hallaba oculta, porque hasta allí llegó en alas del vientecillo montañés una hoja del álbum pintoresco, que recogió solícita, al mismo tiempo que se acercaba al pintor una linda aldeana con una carta en la mano.

Federico abandonó los pinceles, tomó, con aquella carta, la mano que se la ofrecia, y atrajo hácia sí á la linda montañesa, que se resistió débilmente, para recibir al cabo por vía de porte un beso más sonoro que el charlar de los pájaros, el chicheo de la brisa y el murmullo del arrroyo.

La *montañesuca* echó á correr riendo como una loca, y el artista se quedó riendo á carcajadas como un tonto.

La viuda huyó... casi llorando, porque el pintor, que le habia dicho que le sobraban todos los amigos ante los cuadros de la naturaleza, tenía la debilidad de no ver un estorbo en las rosadas mejillas de una linda aldeana.

X.

Y la viuda se casó con el consabido Marqués y Senador del reino.

Y Federico lo supo por *La Correspondencia de España*.

Y le mandó como regalo de boda el único retrato que habia hecho en su vida, con una tarjeta respaldada, que decia: «Me hizo V. soñar, y he despertado.»

Digitized by Google

Y recibió en cambio aquella hoja del álbum, con este letrero: «Poco despues de encontrar esa hoja, perdí, por un beso de V., mi última ilusion.»

Conque, fórjenselas VV., que VV. se las irán matando.

Digitized by Google

Digitized by Google

TRONCOS Y RAMAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

TRONCOS Y RAMAS.

I.

En una de las más bellas póblaciones del litoral cantábrico ocurrió, no hace muchos años, un suceso que ha quedado en la oscuridad más profunda para la humanidad doliente... del alma, y que yo quiero sacar á la luz pública hoy que, para los dolores de la materia, no hay doctor que no se crea una panacea ambulante, llamando á són de bombo y platillo, y con éxito inconcebible, á los mismos desahuciados.

Porque, en medio de todo, cuando uno se encierra dentro de sí mismo, se estremece de espanto al considerar las enfermedades contagiosas que invaden al espíritu, enflaquecido por tan variadas clases de fiebre, sin que nos ocurra tener por cadáveres más que á los que conduce la piedad cristiana al campo cubierto de cruces y flores.

Y, sin embargo, todos los dias nos codeamos con difuntos de color sano y estómago á prueba de langostinos.

El pulso es regular, el paso firme, y el apetito no ne-

Digitized by Google

cesita los despertadores del ajenjo, la pimienta y la mostaza.

El estrago ha sido, por decirlo así, *íntimo;* y la falta de aprension del enfermo no le ha permitido ver que se moria poco á poco; y, ya cadáver, vaya V. á decir que se ha muerto, al que come, bebe, duerme, triunfa y se divierte.

II.

Rosalía estaba enferma de muchísimo cuidado, y se hubiera reido del que se lo hubiera dicho, cuando se hallaba veraneando alegremente, tomando baños de mar por pura distraccion y hasta por capricho de la moda, que ha hecho convenir á muchas gentes formales en que, al llegar los fines de Junio, hay que salir á bañarse en alguna parte, léjos del punto de habitual residencia.

¿Rosalía enferma?

¿Con un estómago como el suyo, que le hablaba tan alto cuando en mesas de etiqueta se resistia con dengues que la exquisita elegancia impone?

¿Con unos colores como los suyos, que la misma elegancia le obligaba á bajar de tono, haciendo en el tocador que, con un suave polvo de arroz, palideciesen las vivísimas rosas de sus mejillas?

¿Con un vigor como el que ella poseia para dar doscientas vueltas de wals *corrido* por el salon más extenso, sin que el cansancio la rindiese, como no fuera en apariencia, porque tambien la elegancia y la fina coquetería exigen cierta languidez y rendimiento en los finales de los bailes de buen tono?...

Digitized by Google

Pues, sí, señor; estaba enferma de muchísimo cuidado Rosalía, que, sin saber aún en qué lado tenía el corazon, sabía ya que le era absolutamente preciso casarse con un ignoto tio indiano, que debia llegar á todo vapor al puerto donde ella se bañaba por lujo, y donde ella bailaba lo mismo en salon cerrado que en campo abierto.

Miéntras el novio *se pasa por agua* para llegar á los piés de su sobrina y prometida esposa, ésta, nuestra enferma, se nos ofrece por primera vez á las observaciones de la interna y abstrusa patología, en pleno tocador, frente á frente de su espejo y de una cajita de sándalo tallado por hábil artista chino.

Era, para una mujer de la belleza de Rosalía, como estar frente á dos espejos; porque si el de cristal le decia: «¡Qué hermosa eres!», de la cajita de sándalo salian, con el suave perfume de la madera, una porcion de papeles, firmados por sus adoradores, que la inundaban con las hiperbólicas frases del diccionario galante.

Y Rosalía, sonriendo, sacaba una y otra epístola del fondo de aquella caja que, más que de rubio sándalo, debiera ser negra como el ébano, por lo que tenía de tumba.

Y, revolviendo juguetonamente aquel respetable archivo, se engolfó nuestra enferma en un largo monólogo, cuya sustancia, si es que la tenía, venía á decir, poco más ó ménos, lo siguiente:

—Pues, señor, todos estos chicos me dicen que soy muy hermosa y que me quieren mucho. Algunos de ellos son muy guapos; talento no le falta á Emilio, y Eduar-

Digitized by Google

do y Julio estoy segura de que se casarian conmigo de buena gana. Pero... ¿Y luégo?...—Mamá tiene razon, y, como la tiene, no necesito dársela. Talento, juventud, corazon... de todo encuentro en los autores de estas solicitudes amorosas. Pero ¡ay!... «Donde no hay harina, todo es mohina»... y yo necesito mucha harina... mucha!... Mi adorado ropero, mi tocador querido, las galas para el baile, mi palco abierto en la Ópera, mi... ¡oh!... ¡cuántas cosas que están á punto de faltarme, si Dios y *mi tio en Indias* no lo remedian!...

—*¿En Indias?*...—continúa—no; ya no está en Indias. El vapor debe hallarse ya casi á la vista, y mi tio me pedirá la mano prometida y me ofrecerá los prometidos millones...—¿Eh?... ¿qué me decia Eduardo en esta carta?... «Pero sospecho, Rosalía, que no tienes corazon, »porque aún no he visto en tus ojos hermosos, ni he »sentido en tu acento de sirena una chispa de ese amor »que...»—¡Já, já!... ¡amor! ¡Qué tontería!... Amor... corazon... ¡Medradas están algunas de mis compañeras de colegio por haberse dejado llevar por aquello de

«El impulso del querer...»

Y aquí dió fin á su monólogo, cerrando de golpe la caja de sándalo y llevando locamente el compas sobre ella con sus manojitos de jazmines, al tararear la famosa cancion de *El Juramento.*

¡Pobre cajita de sándalo de Rosalía! ¡Sepulcro de tantas esperanzas muertas, profanado por aquellos hermosos y blancos dedos que luégo recorrieron las teclas

Digitized by Google

del piano con los juguetones y graciosos preludios del ária de *las joyas* de Margarita!

¿Lo ven ustedes?—Esa muchacha está enferma, y su madre,—como quien dice, la vanidad,—parece que le ha aconsejado que no sea tonta y que se case sin amor, con tal de que se case *con millones*.

Pues yo sé que, cuando conozca á su sexagenario tio, no ha de arrepentirse, y, cuando reciba los regalos de boda, la enfermedad será más grave.

Pero, señor, ¿no podrémos encontrar oportunamente para Rosalía un remedio que no sea peor que la enfermedad?...

III.

¿Saben ustedes cómo suele hacer un equipaje un muchacho soltero, aunque tenga sus puntas de diplomático?

Pues ahí tienen á nuestro segundo protagonista de esta novela en miniatura, Cárlos de Herrera, secretario de embajada de aficion, y con licencia sin límites, por gracia.

Ha sido trece años estudiante de várias carreras, y la única que ha cursado con algun aprovechamiento ha sido la de San Jerónimo, deteniéndose con preferencia marcada en la lujosa Institucion que existe abierta entre las Cuatro Calles y la iglesia de los Italianos.

Ha ayudado á su ejemplar y pródigo padre á comerse la inmensa fortuna que les dejó un abuelo, que tuvo la feliz ocurrencia de morirse por no ver la facilidad con que se

Digitized by Google

puede digerir un capital inmenso, cuyas rentas pueden dar de comer á veinte familias dilatadas.

El padre de Cárlos, que lo ha perdido todo ménos el amor despilfarrador para su hijo, no ha querido que éste vea su muerte entre las últimas boqueadas de un patrimonio que ya agoniza en manos de usureros, almas caritativas que se perecen por ayudar á mal morir á los capitales de la gente de rumbo.

Para evitar al padre pródigo tan inmenso dolor de última hora, allí se encontraba, poco conforme con su estado, la viuda heredera de un hermano rico, económico y hasta previsor, pues cualquiera diria que se habia ido al otro mundo para suplir con su viaje las imprevisiones inconcebibles de su inverosímil hermano, contando, por supuesto, con las impaciencias ingénitas del temperamento de una viudez irreverente.

Y dígaseme ahora que Cárlos no tiene, hasta por herencia paterna, todos los caractéres de un enfermo casi desahuciado, en los momentos en que le hallamos, como lo indica la introduccion de este capitulillo, haciendo su equipaje, y no, por cierto, para ir á ocupar su puesto de secretario de embajada en una córte extranjera.

¿Enfermo él, que ha tratado constantemente á su estómago como á un esclavo de hierro del despotismo sultánico de su caprichoso y heredado desórden? ¿Él, que sabe aguantarse desde la media noche á la madrugada con el traje de etiqueta, entre el teatro de la Ópera, los sofocantes salones aristocráticos y los eternos respiraderos del gas y el humo del tabaco y las epidémicas inhalaciones de la pasion del Casino?...

Digitized by Google

¿Él enfermo, cuando *todavía* le queda tiempo para desenviciar á un potro sobrado, trotando firme, ceñido, elegante, á lo largo de las alamedas del Parque de Madrid, casi en las horas en que el sol se acuesta y los serenos se levantan?

Pues, sí, señor; estaba enfermo de gravedad Carlitos, en los momentos en que hacía su equipaje, á lo soltero, delante de un su ayuda de cámara, que abria los ojos con estupefaccion al ver cómo aquel mundo y aquellas maletas recibian en su seno, á puñetazos y confundidas y en desórden, las prendas de vestir de su jóven amo, que todavía guardaban en los bolsillos las cuentas no pagadas, pero en cuyas cifras iban envueltos los intereses usurarios de un sastre de buena tijera, que sabe dónde, cómo y á quién ha de *sentar las costuras.*

—Mira, Juan, estoy cansado—dice por fin Cárlos á su sirviente.—Tráeme todo lo que queda fuera, échalo de golpe y porrazo en la primer maleta que encuentres con la boca abierta, y lárgate, y no vuelvas hasta la hora de la salida para la Estacion del Norte.

Y Juan cumple perfectamente la órden de su señorito. Deja caer con estrépito en el fondo de un maletin camisas, pañuelos, cepillos, cajas de carton, papeles y retratos; hace una ligera reverencia y vase por el foro, cerrando tras sí la puerta, como si presumiese discretamente que su amo iba á entregarse á uno de esos monólogos en que el hombre hastiado se hace con la mayor sencillez estúpido confidente de sí mismo.

Para empezar á hablar solo, Cárlos tomó pretexto de unos retratos y unas cartas que se habian desprendido

Digitized by Google

de sus ligaduras de seda al caer entre las camisas en el fondo de la maleta.

—¿De quién es este retrato? ¡Ah! sí, de Luisa. ¡Qué bonita estaba entónces esta mujer, y qué bien ponia la pluma cuando me lloraba mi inconstancia y mis desvíos!—Aquí está una carta suya... «19 de Mayo de »1870...» Papel azul, como sus ojos; córte dorado, como sus cabellos; tinta negra, como mis perfidias... ¡Já, já! ¡Qué chica ésta! Empeñaba estaba, como Mariquita, en que habia de casarse conmigo... ¡Pobrecilla! «Querido Cárlos: Eres un ingrato, cuando me has he»cho esperarte en vano en la alameda de nuestros amo»res... Las lilas florecientes me han dado enojos, y las »acacias sólo esperaban que vinieses tú á darme el bra»zo para dejar caer sobre nosotros su lluvia de copos de »nieve perfumada. Tienes mal corazon, ó no le tienes, »y yo soy una tonta cuando no sigo los consejos de mi »tia...»

—¡Su tia!...—dice, riendo á carcajadas, Cárlos.—Mire V. por donde una carta de esa muchacha sensible viene á recordarme mi proyectado enlace con otra tia... Sí, la cuñada de mi augusto padre, que me espera con los brazos abiertos, el reuma articular en la pierna izquierda, y saliendo, ya que no como salió Vénus de la espuma del mar, como sale una señora de sus años y con sus millones de una pila de mármol de unos baños termales. Y la verdad es que esta boda... ¡Si lo supiera mi bella Luisita, abandonada, como otras muchas, entre lilas y acacias!... Pero... ¡bah! ¿Escrúpulos ahora, cuando mi padre, como quien dice, el *dolce far niente*,

Digitized by Google

las necesidades adquiridas y los empeños atrasados, me están gritando como energúmenos?...

—Señorito,—dice Juan, desde la puerta del foro,—el coche está á la puerta, y los mozos suben ya por el equipaje.

—*¡Allons, enfans! ¡Partons pour la Sirie!*... Es decir, marchemos hácia la Estacion del Norte.

Y Cárlos cierra de golpe su mundo y sus maletas, sin miedo á la confesion de *hijo del siglo* que acaba de hacer al retrato de una mujer encantadora y pobre, relegada con sus idilios amorosos al rincon de un maletin de viaje por la escandalosa fuerza mayor del numerario de una quintañona reumática.

¿Lo ven ustedes? ¡Cuando yo lo decia! Ese chico es un enfermo sin aprension, muy capaz de morirse sin conocerlo, y de enterrarse en vida en la caja de hierro de la administracion patrimonial de su tia y prometida esposa.

—¡Pobre Cárlos! ¡Desdichada Rosalía!... ¡Gran Dios! ¡Morir tan jóvenes!...

—¡Ah! ¡Qué idea! ¡Si hubiera términos hábiles de poner frente á frente á los dos desahuciados! La conciencia suele encontrar espejos en ajenos ojos, y luégo... ¡quién sabe! ¿No podriamos tropezar con una especie de homeopatía moral, con su *similia similibus curantur?*...

IV.

Acababa de salir del baño doña Trinidad Cifuentes, viuda de Herrera, cuando apareció ante sus ojos un pre-

Digitized by Google

cioso negrito, irreprochable pigmeo de su raza, portador de una carta de su amo D. Feliciano de la Cantera y Marmolejo, recien venido del otro mundo para hacer en éste la felicidad propia y la de su sobrina Rosalía.

—¿Conque ha llegado ya el bueno de D. Feliciano? ¡Qué deseos tengo de volverle á ver, despues de tantos años de vida ultramarina, en la que fué corresponsal de mi querido padre, cuando yo no pensaba en casarme, y ménos en ser viuda, y muchísimo ménos en volver á pecar con este picaron de sobrino de mi difunto!—¡Mira, negrito; dile á tu amo que no se moleste en tomar el tren para venir á visitarme; que he terminado mi tanda de baños, y mañana mismo estaré en la ciudad, donde tendrémos ocasion de hablar de todo un poco y de algo más que ya nos tiene mutuamente curiosos y hasta cierto punto interesados. Entrégale esta tarjeta con las señas de mi casa.

Despidióse el lindo embetunado de Cuba, haciendo una pirueta por saludo y enseñando toda su esplendorosa caja de dientes, que hizo suspirar á doña Trinidad con el recuerdo de la que ella lucia en los tiempos de sus primeras sonrisas al difunto tio de su prometido y deseado Cárlos.

Pero ¿dónde anda Carlitos miéntras su presunta pasea con la timidez del reumatismo articular de su pierna izquierda, cuyas punzadas disimula cuanto puede, para que no le salgan á la cara cuando sus ojos buscan los del amor cotizado en falso?

¿Dónde ha de estar Carlitos? Abrazado á la caja, es decir, paseando del brazo del viejo administrador y ma-

Digitized by Google

yordomo de su futura, al que empieza á dar sus instrucciones para el porvenir, todas en consonancia con el deliberado propósito de fincarse á modo de árbitro, y pródigo y liberalísimo señor de la hacienda, y acaso de la vida de doña Trinidad, que absolutamente para nada le preocupaba, pudiendo asegurarse desde luégo que, áun casada con el sobrino de su difunto, la buena y mal aconsejada señora seguiria, por lo mismo, siendo de hecho la *viuda de Herrera.*

Cárlos oyó la amorosa voz de su millonada, y, soltando el brazo del ministro de su hacienda, corrió al gabinete del norte de sus esperanzas de mayor esplendor y despilfarro, miéntras el viejo cajero y mayordomo quedaba diciendo para su sayo, ó para las guardas de sus llaves:

—Pues, señor, lo digo y lo repito. Esto es una inmoralidad que no debia encontrar la puerta tan abierta en la Sede católica, apostólica, romana. Porque, aunque diga el vulgo que *á Roma se va por todo*, no me parece cristiano esto de ir tambien allí por una licencia... de las mayores licencias que se puede permitir un licencioso.—Y ¡vaya V. á abrir los ojos á la señora! ¡Cá! No; no me atrevo á tanto; porque si le digo que el Amor decretó hace tiempo su jubilacion, será ella muy capaz de declararme cesante. Cuando el reumatismo articular, que le hace ver las estrellas, no la obliga tambien á ver la verdad en el espejo, mejor es que siga en su feliz ignorancia.»

¡Qué ajeno estaba el sesudo mayordomo de que la casualidad fraguaba ya una porcion de coincidencias que

Digitized by Google

habian de librar las llaves de su administracion de las garras del alegre sobrino de la tia millonaria!

V.

La escena pasa en la ciudad más bella del litoral cantábrico. Hijos de Santander, de Bilbao, de San Sebastian... apropiaos la alusion lisonjera, puesto que amais vuestra cuna. Pero yo no diré el nombre de la ciudad hermosa, porque sería tanto como echar abajo el embozo del anónimo de los personajes verdaderos de esta verdadera historia, que en són de novela os estoy contando, con el santo fin patológico *interno* de que en la introduccion he hecho alarde.

Estamos en el precioso comedor de un magnífico hotel, con alegres vistas al mar, propiedad de nuestra enferma y señora doña Trinidad Cifuentes, viuda de Herrera.

Rico y extenso aparador de roble tallado, ostentando, escalonadas por tamaños, bandejas de fina y bruñida plata con las cifras de la dueña, y, por docenas, desde el sopero al platito de postres, las piezas de una hermosa vajilla de porcelana, original de aquel país donde los niños salen del vientre de su madre familiarizando el estómago y la cabeza con la trascendencia ponzoñosa del opio.

La sillería y el vestido de las paredes casan con el aparador con la propiedad irreprochable con que están casadas las dos parejas que, una enfrente de otra, se hallan sentadas á la mesa, cubierta de finísimo mantel,

Digitized by Google

sobre cuya blancura destacan soberbiamente tres firmes y esbeltos jarrones de la China que, colocados simétricamente, ostentan con orgullo monumentales ramos de flores.

Doña Trinidad tiene á su izquierda al recien venido indiano, y enfrente tiene Cárlos, á su derecha, á su compañera de íntimas enfermedades, la incomparable Rosalía.

En realidad, son cuatro enfermos que nada tienen que echarse en cara, pues, en el crímen de compra-venta que premeditan alevosamente bajo el amparo de la ley santa del matrimonio, compradores y vendedores padecen el mismo extravío mental y de conciencia, y, si en el templo llegasen á entrar de aquella suerte, deberian ser arrojados del templo á latigazos, y entregados, por primera providencia, á la observacion preliminar facultativa del más rígido director de manicomio.

No puedo asegurar si en la colocacion de las parejas ha tenido participacion administrativa el concienzudo mayordomo, ó si ha sido efecto del capricho de doña Trinidad, ú obra del movimiento natural, sencillo é inconsciente de los cuatro comensales. Pero el caso es que la luz de un sol espléndido, que entra por una galería de cristales inundando el comedor, baña los juveniles rostros y da de espaldas al sexagenario y á la quintañona; que siempre el astro-rey busca con los favores de sus caricias á las flores, y se olvida de los arrugados y carcomidos troncos, al besar y colorear las verdes, esbeltas y flexibles ramas.

La presentacion mutua ha sido tan inopinada y el

Digitized by Google

tránsito de la sala al comedor tan rápido, que Cárlos y Rosalía apénas aciertan á cruzarse tal cual frase obligada entre el caballero que atiende y cumple y la dama que admite ó excusa atenciones y cumplimientos, miéntras doña Trinidad y D. Feliciano se despachan á su gusto, charlando sobre historias pasadas, no de «andante caballería», como aquellas que placian tanto al valenciano poeta Arolas.

Los dos viejos, tal vez poseidos de la autoridad de sus millones, quizas engañados por la ilusion de eso que se llaman restos *del que tuvo y retuvo*, no se preocupaban un instante de la bien clara turbacion de aquellos dos jóvenes que habian entablado conocimiento al ser presentados por sus cómplices como reos de un mismo crímen.

Cárlos, tan desenvuelto en ocasiones parecidas; tan diestro y desembarazado en la mesa, en el servicio de una dama, con arreglo á las más exigentes leyes de la elegancia y la etiqueta, estaba torpe, por distraido, é inoportuno á veces por curiosidad, más despierta que el apetito, en ambos jóvenes.

Alguna vez, en sus distracciones, habia tirado el salero sobre el mantel, sin recordar la fuerza de ley conyugal que eso tiene en algunos países; y, ya en los postres, en vez de ofrecer un dulce á su bella adlátere, tuvo la fatal ocurrencia de ofrecerle una aceituna sevillana.

La sonrisa con que recibió Rosalía alguna de esas distracciones de ocasion, no era aquella sonrisa de punzante y juguetona coquetería con que habia causado tantas veces la desesperacion de sus adoradores, sino la sonrisa

Digitized by Google

de una mujer que se distrae profundamente y no está en lo que se celebra.

Entre sus cavilosidades, Rosalía y Cárlos se buscaban á hurtadillas el rostro, y si éste es el espejo del alma, mutuamente debian verse retratados en lo más íntimo, de paso que, con aspecto compasivo, estudiaban el por qué, á ningun precio, se entregaban tanta juventud y gentileza en manos del enemigo; pues, sin duda como cuerpos de ejércitos beligerantes, estaban colocados frente á frente de sus respectivos prometidos esposos.

Algun relámpago, alguna chispa eléctrica de misterioso sentimiento brotaba entre los nubarrones de ideas de aquellas cabezas pensativas; porque, de vez en cuando, como con miedo de que los viejos distraidos fijasen su atencion en lo que pasaba enfrente, Cárlos y Rosalía se inclinaban recelosos á derecha é izquierda, como si buscasen sombra á sus indefinibles impresiones en el ancho y precioso monumento de flores que en el centro de la mesa se alzaba.

Alguna vez se rozaban, con aquel movimiento de infantil recato, las cabezas hermosas de aquellos jóvenes, agitadas por el aire tempestuoso de unas mismas ideas, como se besan dulcemente las verdes copas de dos álamos que el viento de la tarde agita.

Los troncos, es decir, los viejos, no han podido apercibirse de aquel roce y aquellos besos no buscados de las ramas, y la voz de doña Trinidad despierta por fin á los enfermos jóvenes, con el anuncio de que el café espera sobre el velador de la sala.

Y el café es un buen despertador; y VV. van á ver

Digitized by Google

cómo, despues de haberle tomado juntos y distraidos, Rosalía y Cárlos van á entregarse, más que á las dulzuras de un sueño tranquilo, á la continuacion de sus inquietantes reflexiones en piadosísimos monólogos, pues siguen en su manía de hablar á solas, síntoma marcadísimo de sus profundas dolencias.

VI.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!—dice ella, no para encomendarse á la Santísima Trinidad, sino pensando en la proyectada union de la señora viuda de Herrera y el jóven diplomático, miéntras se despoja lentamente de su traje y de sus joyas.—Estoy asustada al considerar el porvenir que espera á un chico tan simpático al lado de una señora que... ¡Dios me perdone!... No, y ella debe tener la culpa... A falta de otros encantos, ha interpuesto la fuerza de sus millones entre la autoridad y mal consejo del padre y la debilidad y complacencia del hijo. Porque éste... no, no puede ser; él no es capaz de suicidio tan espantoso y comercio tan abominable. Me miraba con un rostro tan compungido y sufria unas distracciones tan elocuentes, que... Ya voy creyendo que ese chico me interesa demasiado.

Aquí hay una ligera pausa de esas que señalan los autores dramáticos en las acotaciones de sus obras, y durante la cual Rosalía ha librado sus piececitos de sus prisiones de rico tafilete y punto de seda; ha dado des-

Digitized by Google

ahogo á la exuberante fuerza comprimida de sus magníficos cabellos, quitándoles con rosada y piadosa mano sus grilletes de acero, concha y oro; y, alzando el embozo de fina holanda, se ha metido de un salto en su lecho virginal, incorporándose á toda la altura de la emplumada cabecera, como quien está más dispuesto á la cavilacion que al sueño.

¡Oh! ¡Qué hermosa estaba Rosalía en aquella actitud, dejando entrever, á traves del hilo trasparente y de la guarnicion de encaje, la magnificencia de sus formas esculturales y la blancura marmórea de aquel alto pecho, que amenazaba romper su delicada y ténue envoltura con la fuerza impulsiva que le comunicaban las internas agitaciones!...

¡Pobre doña Trinidad, con toda su millonada, si Cárlos hubiera podido presenciar, siquiera entre bastidores, el espectáculo seductor de aquella hermosa maniática monologuista, cuyos ignorados tesoros virginales estaban ofrecidos á una vejez anticipada por los cálculos tenaces del tanto por ciento y los ardorosos rigores de un clima extraño y enervante!...

—Porque, al fin, yo...—prosigue Rosalía, cada vez más agitada y con los ojos fijos en los pliegues de la blanca colgadura de su lecho.—Yo... ¡pobre de mí! ¿qué he de hacer? Lo que mamá dice, y dice bien. Una mujer no tiene otra carrera que el matrimonio, y las carreras se siguen para subir, no para bajar, en la escala social. Y, para subir, no encuentro otra mano mejor que la del tio Feliciano. ¡Si encontrára la de un sobrino... como Cárlos, por ejemplo!—¿Dónde está la diplomacia de ese

Digitized by Google

pobre jóven diplomático? ¿No es ridículo su enlace?...— Pero, ¿y á mí qué me importa?...

Y así, dando vueltas á la cuestion del ajeno matrimonio; faltándole poco á poco la colgante luz que envuelve y suaviza una abierta magnolia de cristal esmerilado; Rosalía continúa en su íntimo desvelo, aunque al fin aparentemente dormida, pues hasta en su agitado sueño se empeña en seguir acriminando á doña Trinidad más que al gentil y elegante Cárlos, á quien compadece entre blandos suspiros, de paso que disculpa su propia locura con esa fácil y socorrida dialéctica con que el mísero corazon humano se esfuerza en representarse casi como virtudes las flaquezas que más le humillan.

¡Ah, lindo y lilliputiense negrito de D. Feliciano! Tú has sido el satélite y mensajero fatal del indiano Mercurio, al presentarte á Rosalía con cazadora blanca, contraste de tu cútis de ébano bruñido, para ofrecerle aquellos cofrecillos de marfil y plata, y aquellas resplandecientes bandejas, repletos unos y otras de sortijas, brazaletes, pañuelos de la India con pajaritos de realce, córtes de vestido de seda y terciopelo, y abanicos de nácar, sándalo y pluma; prendas pretorias todas de una mano rugosa y fria, más cerca del mármol del propio sepulcro que de la cuna de dulces amores que deben nacer en el pecho de esa vírgen enferma, que parece que duerme y está desvelada.

¡Ay! Aquel negrito risueño, portador de las ofrendas de ese millonario egoista que quiere tener mujer para que le ayude á sufrir la gota próxima y los infiltrados achaques ultramarinos; aquel charolado lacayuelo futu-

Digitized by Google

ro, manecilla obligada de las portezuelas de los carruajes del indiano, es el funesto fantasmilla que se atreve á interponerse todavía en los sueños de la enferma, entre la amorosa compasion que la inspira Cárlos y los sofismas absurdos con que trata de amordazar á su tímida conciencia.

VII.

¿Y Cárlos? ¿Duerme? . . . . . .

¡Qué ha de dormirse Cárlos! ¿Ni á qué traducir al idioma vulgar su monólogo, hijo de las mismas fuentes turbias que el de Rosalía? Pronunciado fué tan en voz alta, que casi pudo oirle doña Trinidad, si esta buena señora no se hubiera aletargado con el olor del bálsamo tranquilo, contratante perfumado y rubio de una ligera tregua de los dolores reumáticos.

Hasta la hora del alba se ha pasado Carlitos comparando la fotografiada romántica belleza de la que lloró por él entre las lilas y las acacias, con el espléndido y hermoso y chispeante realismo de la fisonomía de aquella compañera de crímenes imprevistos por las leyes y hermana en enfermedades *íntimas*, que se habia distraido con él en la mesa y que habia cantado, tras el café, al piano, tan pronto con la *Traviata* como con *Lucía*, con *Mignon* como con la *Sonámbula* y Margarita del *Fausto*.

¡Oh casual coincidencia de impresiones! Tambien Cárlos compadecia; tambien Cárlos se disculpaba; tambien acriminaba al viejo más que á la niña; tambien veia la

Digitized by Google

fuerza, el arrastre de los consejos de una madre inconsiderada y codiciosa del mayor esplendor de su hija; tambien...

Sí, en todo tambien y lo mismo. Hasta en notar que se interesaba demasiado por la suerte de Rosalía; hasta en lo de dormirse al fin sólo para soñar con todo aquello y con *ella;* con aquella cabecita modelo que se inclinaba insinuante, pensativa y temerosa hasta rozar la suya; con aquellos ojos dulcemente velados y vivamente penetrantes que le sondaban á hurtadillas á la sombra protectora de aquel jarron chino, que parecia querer verter sobre ellos toda la flora cantábrica.

Y, en fin, si en sus sueños no hallaba Cárlos un negrito sonriente que se interpusiera entre las capciosas disculpas de sí mismo y de su atentado, y la tierna y dulce compasion hácia Rosalía; encontraba, en cambio, al viejo administrador y mayordomo, complaciente y sumiso, con el sombrero en la mano izquierda y alargándole con la derecha las llaves de la caja de que habian de salir sus nuevos alardes de arrojado en el Casino, y los flamantes y gallardos potros con los hierros de Varela y Zapata, dóciles á su mano y á su espuela en los certámenes de equitacion del Retiro y Recoletos.

Y despertaron los dos más tarde que de costumbre, y con esa pesadez con que se sale del sueño agitado por pesadillas.

Y lo primero que ella vió estremecida en el espejo de su tocador, fué la eterna sonrisa del negrito, que asomaba á la puerta del gabinete para anunciar á su amita la afectuosa salutacion matinal del Sr. D. Feliciano.

Digitized by Google

Y él, envuelto en un elegante batin y medio adormilado en una ancha butaca, con las poesías de Alfred de Musset abiertas sobre sus rodillas, vió aparecer al serio administrador que le iba á enseñar, de parte de su señora, el regalo de boda que habia recibido del indiano y el que ella se disponia á enviar á Rosalía, digno, por su riqueza, de la soberana y juvenil hermosura á quien estaba dedicado.

El viejo mayordomo no pudo notar el temblor de Cárlos, que dejó caer al suelo el libro del desventurado autor de *Rolla*, al examinar el fondo de aquella caja de terciopelo que abierta se le presentaba.

En el fondo de aquella caja se ajustaba artísticamente un collar con magnífico medallon de oro, esmeraldas, perlas y brillantes, de cuyo centro salia, echando chispas por sus ojos de flameantes carbones, un áspid que alargaba la cabeza fuera del marco, como para morder en alguna parte codiciada.

Cárlos se estremeció súbitamente, pensando á un mismo tiempo en la muerte de aquella criminal cuanto hermosa reina de Egipto, y en la garganta y en el pecho de su ya más que compadecida Rosalía, sobre los cuales habian de brillar todos los horrores simbólicos de aquella rica joya, elegida (pensaba él) por su ignorante y reumática futura, sin duda por no haber encontrado otra de más precio. Porque ya se empeñaba él en descubrir en doña Trinidad alardeos humillantes de lo inmenso de una fortuna cuya codiciada posesion le causa ahora (no sabe por qué) anticipados remordimientos.

Digitized by Google

VIII.

Cuando, algunas horas despues, fué Cárlos con su prometida esposa á visitar á Rosalía, al contemplar aquel cuello de cisne y aquel nacimiento del seno, mal velado por la trasparente guarnicion de la túnica, sintió el áspid venenoso de la envidia por aquel otro que estaba destinado á amagar, con ojos inmóviles y chispeantes, un golpe á que excitaba la riqueza misma de los adivinados tesoros.

Y Cárlos, miéntras doña Trinidad y D. Feliciano hablaban de proyectos financieros y de las dos bodas combinadas, y del dia en que debian celebrarse, tomó pretexto de aquel temeroso estuche, abierto sobre el piano de Rosalía, para dirigir á ésta frases entrecortadas y tímidas, en que se descubria aquella compasion dulce de la velada y del agitado sueño, como se descubria en los ojos de Rosalía y en la elocuencia de su sonrisa forzada, que ella quisiera probarle que hay enfermedades cuyos síntomas se descubren con más facilidad en la de otro que en la propia fisonomía.

Y así, poco á poco, las miradas de compasion profunda se avivaban, hasta el punto de asustarse mutuamente con la fuerza de aquel dulce sentimiento que les hacía reconcentrarse y hallar dentro de sí propios la huella morbosa del crímen premeditado, y al mismo tiempo el acento de una voz que vibraba con claridad creciente y que les hablaba de dignidad, y honor, y elevacion de

Digitized by Google

ideas, apagando por grados todos los sordos rumores de la vanagloria y la soberbia.

Ellos no se daban cuenta de lo que les pasaba. Pero una mirada intensa; una frase nacida ingenuamente del corazon ya despierto; el roce á veces casual, pero eléctrico, de sus febriles manos, les hacía temblar, en presencia sobre todo de los viejos capitalistas, que nada podian sospechar ni temer en sus proyectos, cambiados ya los regalos y señalado ya el dia infeliz del engaño, del sacrificio y del doble crímen.

Entónces, en aquellos rápidos instantes de la propia é inconsciente sorpresa, miraban en torno suyo como asustados, y ella acudia turbada á dar vueltas á los papeles de música que le ofrecia como recurso heróico el atril de su piano, y él se ponia á repasar, aturdido, las hojas de algun libro ó de algun álbum que hallaba cerca.

Se buscaban por instinto, y se huian con inquietud y sobresalto. El negrito y el mayordomo eran ya para ellos dos fantasmas, cuya eterna sonrisa y doradas llaves de cajero les hacian el efecto de esos ojos fijos, voraces, persistentes, creaciones de la pesadilla, que hacen llorar á los niños con fiebre en la cuna.

IX.

¿Y qué eran ellos, más que unos pobres niños enfermos?...

Niños voluntariosos hasta entónces, que, por los bienes heredados y por educacion viciada, no habian dado un paso en serio en su camino, y hallaban siempre muy

Digitized by Google

natural y sencillo jugar con los más nobles afectos y correr locamente y con aturdimiento infantil hácia un abismo, con tal de que en el fondo vieran la satisfaccion de los deseos irresistibles y de los caprichos cuya realizacion no habia encontrado nunca obstáculo; fáciles, pero lamentables victorias, que impiden que la mujer y el hombre se formen con elevacion y grandeza, que esto sólo puede ser obra de las rudas contrariedades y de las tenaces luchas de la vida.

¡Ah! Pero los niños enfermos marchaban poco á poco á la convalecencia. Cuando los hórridos fantasmas que habian acariciado como juguetes, los espantaban ya y les hacian llorar en su cuna de impalpables flores, era que la misteriosa y única medicina posible empezaba á obrar prodigios.

La misma dolencia, por la antigua y providencial relacion amistosa de sus viejos y poderosos agentes, ha traido aparejado el remedio, que hubiera sido peor que la enfermedad si hubiera ejercido repentina y rudamente toda su fuerza.

¡Oh, influencia activa y benéfica, lenta, pero segura, de los homeopáticos revulsivos y despertadores de la conciencia humana!...

¡Oh, bendito amor!...—Dios me perdone y les perdone á VV. al penetrar como cazadores furtivos en un santuario, y al sonreir con malicia ante un secreto que en vano ocultan nuestros jóvenes convalecientes, y que acabará por conocer todo el mundo ántes que los dos viejos, orgullosos de su mayordomo y de su lilliputiense negrito.

Digitized by Google

X.

Espléndido está el baile con que la señora doña Trinidad Cifuentes, viuda de Herrera, obsequia á sus numerosos amigos en su precioso hotel con vistas al mar, en celebridad de su próxima reincidencia conyugal, premeditada con el elegante y gentil sobrino del difunto.

Aunque la fiesta se anunció como familiar y sencilla, el mayordomo de la viuda, que conoce al dedillo las debilidades morales, como las físicas, de su señora, lo ha dispuesto todo de manera que el pobre Cárlos, en la penosa convalecencia, viese una vez más, ya batidas las cataratas de sus ojos íntimos, el alarde fastuoso del altísimo precio en que estaba tasada la joya de su graciosa juventud, puesta en venta.

Ni la viuda ni su mayordomo pensaron un momento en la humillacion del caviloso jóven. Pero la humillacion resultaba de la fuerza fatal de los hechos, y alcanzaba tambien y tal vez más á Rosalía, y eso que el tio indiano ningun alarde iba á hacer allí de sus riquezas, como no fuese en una maroma de oro que, á guisa de cadena, le colgaba desde el cuello al bolsillo izquierdo del chaleco, y en tres brillantes, tamaños como castañas de indias, que, en su pechera, estaban empeñados en ofender á un mismo tiempo á la vista y al buen gusto.

Que los dos enlaces estaban definitivamente concertados, con plazo breve y perentorio, como el que daba D. Juan Tenorio á las marmóreas estatuas de sus víctí-

Digitized by Google

mas, lo decia tambien en la fiesta el reptil de oro, esmeraldas y brillantes que amenazaba morder el blanco pecho de Rosalía, pues doña Trinidad habia tenido tenaz empeño en que su regalo de boda resplandeciese en aquella noche de sus satisfacciones.

Blanca, muda y fria estatua de mármol semejaba tambien así la prometida de su tio, como si tuviera *ya* la conciencia de que le ponia sello de esclava en mercado aquel collar con aquel reptil que se agitaba fosforescente y vivo con las ondulaciones del alto pecho de la niña, como lagarto que asoma á tomar el sol entre los apretados capullos que se mecen en los rosales.

Y el baile se habia roto con un rigodon iniciado por doña Trinidad, que habia colocado á Cárlos á su izquierda, con toda la gracia terpsicórea que podia concederle su reumatismo, y enfrente al pesado y panzudo D. Feliciano con su preocupada y hermosa víctima.

La anticipada indignacion del avergonzado dios Himeneo se traducia elocuentemente en los chicheos incesantes de los espectadores pasivos, no ménos que en las miradas profundamente expresivas que se cruzaban entre Rosalía y Cárlos á cada vuelta y cambio del rigodon, en que el contacto impensado de sus manos desarrollaba á la vez en ellos las fuerzas de la electricidad y el magnetismo.

¡Ah, coincidencias raras y misteriosas de la vida humana! ¡Por qué caminos tan ignorados é imprevistos venís á ejercer vuestro influjo!

Doña Trinidad tuvo el capricho de que la concurrencia oyese y admirase la voz de la futura de su antiguo

Digitized by Google

amigo D. Feliciano; éste apoyó á la señora de la casa con toda la autoridad de que ya se juzgaba revestido, y una vieja marquesa, sin rentas y sin gusto, que tenía la manía de los trocitos de zarzuela antigua, hizo que allí dominase el afan de oir á Rosalía.....—¿qué dirán ustedes?—nada ménos que aquella cancion de *El Juramento* de que tanto se habia burlado nuestra heroína, al recuerdo de los amores *pobres* de sus pobres compañeras de colegio.

Y no hubo más remedio que cantar lo que se pedia.

Rosalía, acompañándose diestramente al piano, empezó por aquello de

«Es el desden acero
De doble filo»,

para parar en lo otro, de

«El impulso del querer,
No se puede resistir....»

Pero ¡de qué modo obedecia ella á aquel *impulso!* ¡Qué emocion tan extraña daba doble encanto á su voz, cuando se creyó Cárlos obligado á acercarse á volver las hojas de los papeles, con mano que temblaba sobre el atril, con los ojos fijos sobre los de Rosalía, y precisamente en el instante en que se llegaba á lo de

«Llamando amor está.
Si el alma te despierta,
¡Ay! abre sin tardar.»

Y los chicheos de críticos maliciosos siguieron á las felicitaciones y á los aplausos.

Y como doña Trinidad se habia permitido el lujo de

Digitized by Google

bailar una dancita habanera con el indiano, Cárlos se juzgó con derecho á abrir un poco la puerta al amor que llamaba, ciñendo luégo con su brazo tembloroso el esbelto talle de Rosalía, y lanzándose con ella al tumultuoso océano de emociones de un wals *corrido*.

Y ¡vaya si corrieron en aquel wals, arrastrados por la embriaguez de un vértigo indefinible, aquellos dos corazones que, sin conocerlo, abusaban demasiado de la medicina que los habia llevado á la convalecencia!

Doña Trinidad llegó á sentir celos verdaderos al ver trasfigurada á Rosalía en su mágico y celeste arrebato, y se llevó la mano á la pierna izquierda para culparla de no permitirle otros movimientos que los suaves, acompasados y poco fantásticos de la terrera dancita americana.

—Me parece que esos diablos de sobrinos bailan demasiado mejor que nosotros; decia al mismo tiempo á su antigua y celosa amiga el bueno de D. Feliciano.

Y hasta las parejas más infatigables se habian sentado ya fatigadas; y nuestros convalecientes seguian, sin embargo, solos y olvidados de sí mismos en su feliz arrebato, sin poner casi los piés en la alfombra, y como si en aquel abrazo lícito quisieran levantarse con su vuelo sobre las miserias que les rodeaban, y, más aún, sobre sus propias miserias.

Rosalía no quiso, despues de aquel wals, sufrir los disparos de las miradas curiosas, y fué á descansar y á reponerse sola de sus emociones, asomada á la galería que dominaba el mar cercano.

Y Cárlos fué á buscarla allí, con el pretexto de anun-

Digitized by Google

ciarle que la fiesta concluia. Pero, como las tempestades siempre dejan huellas, los ojos de Rosalía se le presentaron humedecidos á la luz de la luna que bañaba la extensa galería de cristales, y una de las gotas de rocío que habian subido del corazon á aquellos ojos, habia rodado suavemente hasta la cabeza del áspid que se agitaba sobre el pecho, y allí, pura y temblorosa, resplandecia como afrenta de las perlas y brillantes de aquel precioso regalo de boda.

—¡Rosalía!

—¡Cárlos!

—Estamos perdidos.

—¡Dios nos salve!

—Aún es tiempo.. .. si comprende V. mi felicidad de esta noche.

—Aún es tiempo..... si aprecia V. el valor de mis lágrimas.

¡Pobres muchachos!..... ¡Estaban tan conmovidos! Es claro; la debilidad natural en la convalecencia. Ese diablo de sistema nervioso ha de hacer siempre de las suyas. Es un agua-fiestas, hasta en las grandes solemnidades del espíritu y en los brillantes desahogos de la conciencia humana.

¡Vaya, vaya! No ha sido nada, aunque ha podido ser mucho. Yo, como historiador y amigo vuestro, os felicito de véras por el éxito progresivo del *similia similibus*, porque sois unos buenos muchachos que bailais el wals admirablemente, lo cual impedirá que esta noche goceis el sueño largo y tranquilo que yo os deseo.

Con que, ¡hasta mañana, que va á ser un gran dia!...

Digitized by Google

XI.

Y lo fué. —¡Vaya si lo fué!..... Yo voy creyendo que es el severo é inflexible mayordomo de doña Trinidad el que inspira á esta buena señora las ideas de las comidas de cuatro cubiertos, de los bailes de parejas cambiadas entreverados de canto de ángel, y en fin, de los paseos vespertinos por la playa, no muy conformes, por cierto, con las prescripciones facultativas acerca de los dolores reumáticos.

Lo cierto es que esta tarde tenemos paseo por la playa, al que estaban invitados tambien el padre de Cárlos y la mamá de Rosalía. Pero el uno no quiere salir del aristocrático Círculo de Recreo de la ciudad, y la otra tiene bastante que hacer con las visitas de las amigas que vienen de Madrid, y que desean conocer y estudiar la exposicion de regalos de boda de la niña.

De manera que, despues de un ligero refresco en aquel comedor que ustedes han visto, en el que no han faltado chocolate con mojicon para los viejos y sorbetes de frambuesa para los jóvenes, se ponen en marcha por la puerta del jardin las dos parejas, escoltadas esta vez por el silencioso y risueño negrito, portador de los abrigos de los expedicionarios y de unos taburetes de tijera y asiento de alfombra, por si las piernas de doña Trinidad flaquean ó la humanidad de D. Feliciano se rinde.

Cárlos y Rosalía disimulaban admirablemente los efectos de las profundas impresiones de la víspera, y hasta se permitian bromas increibles acerca del wals

Digitized by Google

famoso, de paso que escuchaban, de boca de sus prometidos, que se hallaban á cuarenta y ocho horas no más del cumplimiento de la promesa y del impío, aunque sagrado, juramento.

Sucedió que, al fin, caminando los chicos muy de prisa, y los viejos, que parecian los papás, muy rezagados, aquéllos llegaron á atravesar la playa todita entera, despues de haber tenido tiempo Rosalía de hacer maquinalmente en la arena con su sombrilla una porcion de garabatos, de esos que hacen las niñas con la frente dulce y graciosamente inclinada, miéntras oyen palabras que les llegan al corazon, aunque, como entónces sucedia, estén hablando tambien cerca las charlatanas aguas del mar, con el fiero tumulto y ruda algarabía de las olas del Cantábrico.

Llegó el negrito sudando tinta á comunicar la órden de *alto* de los futuros imperfectos de los jóvenes, y á Rosalía le entró gana de llorar al oir la órden en la boca de eterna risa de aquel perrillo ratonero de D. Feliciano.

Pero Cárlos, firme en el propósito heróico que habia concebido en la introduccion del paseo, tomó al negrito de la mano, le acercó al pié de una roca escalonada que estaba cerca, y le dijo:

—Contesta de mi parte, negro Panchito, á tu amo y á la amita, que por este difícil camino de piedra, subiendo mucho, mucho, se llega á un lugar que recuerda el paraíso. Que Rosalía y yo vamos por delante, poquito á poco, y que «aquel que nos ame, que nos siga.»—Cuidado con que se te olvide una palabra!

Digitized by Google

El negrito hizo una picaresca señal de inteligencia, enseñó más que nunca su hermosa caja de dientes, y echó á correr, dando volteretas por el arenal, al encuentro del indiano.

Éste y doña Trinidad se asustaron al ver desde léjos la ascension que por la roca emprendian los niños locos; y cuando, despues de haber oido el recado de Cárlos, llegaron al pié de la escabrosa y empinada escala, fabricada por las olas en las altas mareas, resolvieron esperar á los niños, pero *sentados*, que era como los debian esperar la obesidad de D. Feliciano y la doliente pierna izquierda de su amiga, expuesta temerariamente á un recargo grave con las inhalaciones salitrosas de la playa.

Y allí los dejarémos juntos, como las valvas de una ostra vieja que no hay quien arranque de su peña nativa, ó como dos troncos secos y unidos por las raíces que se hunden en la arena infecunda, miéntras seguimos á las verdes, flexibles y floridas ramas que se besan en lo alto á impulso de una brisa benéfica; á las dos gaviotas jóvenes que se acarician dulcemente con las blancas alas, miéntras buscan en el pico del peñon que mira al cielo el asiento de su amoroso nido.

XII.

¡Ah! ¡Cómo hablan, cómo gritan, cómo se desahogan el corazon y la conciencia humana ante los espectáculos sublimes de la naturaleza!

Fecunda, noble y generosa madre, que perdona á los

Digitized by Google

hijos ingratos; allí está, allí está con el seno abierto en la azul inmensidad de los cielos y en la inmensidad profunda de los mares, recibiendo sonriente y serena la silenciosa confesion de dos turbados corazones, que no la conocian ni la amaban, arrastrados por los desesperantes deseos que la soberbia mundanal engendra y enciende.

Allí están ellos, mudos, estáticos, conmovidos, ante la fuerza atractiva del misterio de los horizontes lejanos. Todo aquello es ignoto para sus sentidos y para sus corazones, que despiertan á una nueva vida y que se lo hablan todo en silencio.

Sus manos se estrechan elocuentemente, y sus miradas son las corrientes eléctricas en que se comunican todos los santos afectos y todas las nobles ideas que se acaban de definir ante aquel espacio sin límites y en aquella hora sin medida.

La luz del sol no es ya más que una línea rojiza y trémula entre el mar y el cielo, y apénas deja percibir las bandadas de gaviotas que se reclaman al nido, y las velas de las barcas pescadoras, que, impelidas por brisa suave y bonancible, tornan al puerto con el pobre fruto de todo un dia de rudo y azaroso trabajo.

Parece como que los rumores de las olas se van apagando al hacerse más graves y solemnes en la hora melancólica del crepúsculo, en que la luz, las aguas, las aves y brisas marinas, la naturaleza entera se prepara al reposo y al sueño, como satisfecha del cumplimiento de un misterioso y santo destino.

Y ellos están allí, dudando de si ellos mismos desfa-

Digitized by Google

llecen poco á poco, al sentir la íntima satisfaccion de un destino cumplido y de una gloria realizada en el lirismo mudo, cuanto elocuente, de aquel amoroso arrebato, en que las cabezas de las floridas ramas se confunden en un casto beso, y en que los propósitos de eterna salud de los *convalecidos* no necesitan fortalecerse con altos juramentos, despues de aquella hora de solemne silencio en que se lo han jurado todo.

. . . . . .

¡Oh, realidad miserable y prosáica de la vida! ¡Cómo te detestan desde la altura de las rocas las dos jóvenes y flexibles ramas, con el temor de encontrarse allá abajo con los dos viejos troncos fincados torpemente en la arena!

Pero ignoran que el negrito ha subido dos veces, como un gato montes, en su busca, y que no ha podido dar con el escondite paradisiaco de que al fin salen ellos, bajando lentamente por las rocas, con las manos enlazadas y con los corazones temblando á la vez de amor y de miedo.

Ignoran que, maldiciendo de las calaveradas de su gentil sobrino, y resintiéndose gravemente de sus dolores reumáticos, doña Trinidad, cansada de esperar y celosa de aquellas ascensiones fuera del programa, se ha retirado pesadamente, apoyándose afligida en el brazo de D. Feliciano, que murmuraba á su oido repetidas veces:—«¡Cuando yo le decia á V. que esos diablos de sobrinos bailaban demasiado mejor que nosotros!»

. . . . . .

Y la salud se recobró por completo. Porque aquella

Digitized by Google

ascendente y graciosa escapatoria provocó al fin una explicacion que no tuvieron más remedio que dar, con harto sentimiento suyo, los padres de Cárlos y Rosalía, despues de oir las declaraciones y firmísimos propósitos de sus hijos, los cuales pasaron por locos para mucha gente que no sabe lo que se pesca en achaques de afecciones íntimas.

Y D. Feliciano se consolaba, diciendo á su postrada y doliente amiga:—«¡Qué diablos! Más vale que haya sido ántes; porque si dejan para despues de realizarse las dos bodas la segunda parte de aquel wals *corrido*..... ¡Lo que es yo me luzco!..... Vayan benditos de Dios!»

Y benditas de Dios fueron aquellas dos ramas floridas, que se doblaban años despues con el peso dulce de sus frutos, ofreciéndolos cariñosa y humildemente, como santo consuelo, á los secos y solitarios troncos.

¡Ah! ¡Cuántos enfermos del alma, de la índole de Cárlos y Rosalía, se mueren al cabo, para afrenta de la sociedad humana, por no buscar, ó no encontrar á tiempo, algo así como los revulsivos lentos, pero seguros, de nuestro salvador y precioso *similia similibus*!....

FIN DE EL LIBRO AZUL.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA..	V
PRÓLOGO.	VII
El Sol de Perico.	17
Los Hombrecillos.	61
Los Farsantes.	71
Los Catadores.	81
Las Clases.	91
Costumbres literarias.	107
El Cómico de aficion.	127
Gato escaldado.	145
Vino y Toros.	157
Luz y Sombra.	169
La Carrera de San Jerónimo.	185
La Donna è mobile.	201
Ántes del baile, en el baile y despues del baile.	209
De ayer á hoy.	217
La Noche de Reyes.	227
Una Soirée.	237
¡Hoy sale..... hoy!..	249
Dos Cajas..	263
Lo vivo y lo pintado..	277
Troncos y ramas.	313

FIN DEL ÍNDICE.

Digitized by Google